KRISHNAMURTI

EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

LA MUTACIÓN PSICOLÓGICA



Kairós

Jiddu Krishnamurti

EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN

La mutación psicológica



SUMARIO

CAPÍTULO I

Como saben, van a impartirse aquí un total de diez charlas y habrá algunas discusiones al final, con lo cual dispondremos de mucho tiempo para hablar.

Esta mañana me gustaría empezar señalando la gran importancia que tiene la libertad. La mayoría de nosotros no queremos ser libres. Contamos con nuestra familia, tenemos responsabilidades, deberes, y nos atenemos a ello. Estamos limitados por leyes sociales, por cierto código moral, y estamos agobiados por las dificultades y los problemas diarios; si podemos encontrar alguna clase de consuelo o algún medio de escape de todo este conflicto y desdicha, quedamos satisfechos con gran facilidad. La mayoría de nosotros no queremos ser libres de ninguna forma, en ningún sentido, en ningún aspecto, y sin embargo considero que una de las cosas más esenciales en la vida es descubrir por uno mismo cómo ser libre de manera completa y total. ¿Es posible que la mente humana estando tan fuertemente condicionada, tan estrechamente aprisionada en sus afanes cotidianos, tan llena de miedos y ansiedades, tan insegura por el futuro y en constante demanda de seguridad, produzca en sí misma una mutación radical, que sólo puede darse con la libertad completa?

Creo que cada uno de nosotros debería interesarse de verdad por este problema, al menos durante las tres semanas que permaneceremos aquí. Deberíamos interesarnos, no sólo verbalmente, sino ahondar mucho más en nosotros mismos a través del análisis verbal o lingüístico para descubrir si es posi-

ble ser libres. Sin libertad, uno no puede descubrir lo que es verdadero y lo que es falso; sin libertad, no hay profundidad en la vida; sin libertad, somos esclavos de toda clase de influencias, de todas las presiones sociales y de las innumerables exigencias con las que nos encontramos constantemente.

¿Se puede, pues, como individuo, profundizar realmente en uno mismo, investigando de manera intensa e implacable, y descubrir si es posible que cada uno de nosotros sea completamente libre? Desde luego que sólo con la libertad puede haber un cambio. Y, en efecto, tenemos que cambiar, no superficialmente, no en el sentido de quitar un poco de aquí y de allá tan sólo, sino que tenemos que producir una mutación radical en la estructura misma de la mente. Por eso creo que es tan importante hablar sobre el cambio, discutir sobre él y ver hasta dónde puede llegar cada uno de nosotros en relación a este problema.

¿Saben qué entiendo por "cambio"? Cambiar es pensar de una manera totalmente distinta, es producir un estado mental en el que nunca haya ningún tipo de ansiedad ni de sensación de conflicto, ni de esfuerzo por lograr algo, por ser o llegar a ser algo. Cambiar es liberarse por completo del miedo. Para descubrir lo que significa estar libre de todo temor, creo que uno debe comprender la cuestión del que enseña y el enseñado, y así descubrir qué es el aprender. En ello, no hay maestro ni persona a la que se enseñe; todos estamos aprendiendo. Tienen, pues, que librarse por completo de la idea de que alguien les va a instruir, o a decirles lo que hay que hacer, lo cual significa que la relación con el que habla es por completo distinta. Estamos aprendiendo, no se les está enseñando. Si de verdad comprenden que no están aquí para que alguien les enseñe, que no hay instructor que les instruya, ni salvador que les salve, ni *gurú* que les diga lo que hay que hacer, si de verdad comprenden este hecho, entonces tienen

que hacerlo todo ustedes mismos, y eso requiere una cantidad de energía enorme.

La energía se disipa, se degrada y se pierde del todo cuando existe la relación del que enseña y el enseñado; por tanto, durante estas charlas y en las discusiones sucesivas, espero que no se plantee una relación de este tipo. Sería verdaderamente maravilloso que pudiéramos eliminarla por completo, de modo que sólo quedase el proceso del aprender.

Generalmente aprendemos a través de los estudios, con los libros, con la experiencia o con instrucción ajena. Éstas son las formas habituales de aprendizaje. Confiamos a la memoria lo que hay y lo que no hay que hacer, lo que hay y no hay que pensar, cómo sentir y cómo reaccionar. Mediante la experiencia, el estudio, el análisis, el inquirir o el examen introspectivo, almacenamos conocimientos en forma de memoria, y entonces la memoria responde a posteriores retos y exigencias, y de ahí surge más y más aprendizaje. Nos sentimos muy familiarizados con este proceso, es nuestra única manera de aprender. Como no sé pilotar un avión, aprendo, se me instruye, adquiero experiencia, retengo un recuerdo de ésta, y entonces vuelo. Éste es el único proceso de aprender que conocemos la mayoría de nosotros. Aprendemos con los estudios, la experiencia o la instrucción. Lo que se aprende se confía a la memoria como conocimiento, y ese conocimiento opera siempre que hay un reto o siempre que hemos de hacer algo.

Pues bien, yo creo que existe una manera de aprender absolutamente distinta y voy a hablar un poco sobre ello; sin embargo, para comprenderlo y aprender de dicha manera, tienen que estar completamente libres de toda autoridad, porque si no tan sólo se les estará instruyendo y repetirán lo que hayan oído. Por eso es muy importante comprender la naturaleza de la autoridad. La autoridad impide aprender, un apren-

der que no radica en la acumulación de conocimientos en forma de memoria. La memoria siempre se rige por patrones, no entiende de libertad. Una persona que está cargada de conocimientos, de información, que está agobiada por lo que ha aprendido, nunca será libre. Puede ser sumamente erudita, pero esa acumulación de conocimientos le impide ser libre, y por tanto es incapaz de aprender.

Acumulamos diversas formas de conocimiento –científico, psicológico, técnico, etcétera– el cual es necesario para el bienestar físico de las personas, pero también acumulamos conocimientos para sentirnos seguros, para vivir sin trastornos, para actuar siempre dentro de los límites de nuestra propia información y así sentirnos seguros. Siempre queremos estar seguros, nos da miedo la incertidumbre, y por ello, acumulamos conocimientos. De toda esa acumulación psicológica es de lo que estoy hablando, y eso es precisamente lo que obstaculiza por completo la libertad.

Así pues, desde el momento en que uno empieza a investigar qué es la libertad, tiene que poner en tela de juicio no sólo la autoridad, sino también el conocimiento. Si simplemente se les instruye, si se limitan a escuchar lo que oyen, lo que leen y lo que experimentan, descubrirán que nunca pueden ser libres, porque siempre están operando dentro de la estructura de lo conocido. Esto es, en efecto, lo que nos sucede a la mayoría de nosotros; por tanto, ¿qué puede hacer uno?

Uno ve cómo funciona la mente y el cerebro, que pertenece al mundo animal. Es progresivo y evolutivo, y vive y actúa dentro de los muros de su propia experiencia, de su propio conocimiento, de sus esperanzas y temores. Está perpetuamente activo para salvaguardarse y protegerse, y, en cierta medida, tiene que estarlo, porque de lo contrario, no tardaría en destruirse. Tiene que tener cierto grado de seguridad, de modo que, a menudo, se enriquece acumulando toda clase de

información, obedeciendo toda clase de normas, creando un modelo en el que vivir y, consecuentemente, nunca siendo libre. Si uno observa su propio cerebro, cómo funciona, se da cuenta de ese modo de existencia ajustada a un modelo, en el cual no hay espontaneidad alguna.

¿Qué es, pues, aprender? ¿Hay un aprender diferente, un aprender que no sea acumulativo, que no sea una simple experiencia en la memoria o conocimiento que crea modelos y obstaculiza la libertad? ¿Existe una manera de aprender que no se convierta en una carga, que no paralice la mente, sino que, por el contrario, le dé libertad? Si se han planteado alguna vez esta pregunta, no de modo superficial, sino profundamente, sabrán que uno ha de descubrir por qué se aferra la mente a la autoridad, ya sea la autoridad del instructor, del salvador, del libro o la del conocimiento y la experiencia propia. ¿Por qué se aferra la mente a dicha autoridad?

Como ustedes ya saben, la autoridad adopta muchas formas. Nos encontramos con la autoridad de los libros, la de la iglesia, la del ideal, la de su propia experiencia y la del conocimiento que han ido acumulando. ¿Por qué se aferran a esas formas de autoridad? En lo tecnológico hay necesidad de ellas, lo cual es sencillo de entender y evidente, pero estamos hablando del estado psicológico de la mente; y, prescindiendo por completo de la autoridad de la tecnología, ¿por qué se aferra la mente a la autoridad en el plano psicológico?

Es obvio que la mente se aferra a la autoridad porque le da miedo la incertidumbre y la inseguridad; le da miedo lo desconocido, lo que pueda pasar mañana. Pero ¿podemos ustedes y yo vivir sin la más mínima autoridad, autoridad en el sentido de dominación, aserción, dogmatismo, agresividad, querer tener éxito, querer ser famoso, querer ser alguien? ¿Podemos vivir en este mundo –ir a la oficina, etcétera– en un estado de completa humildad? Es algo muy difícil de des-

cubrir, ¿verdad? Aunque yo creo que sólo en dicho estado de completa humildad –que es el estado de una mente que está siempre dispuesta a no saber– puede uno aprender. De lo contrario, siempre se estaría acumulando y, por tanto, dejando de aprender.

De modo que: ¿puede uno vivir cada día en ese estado? ¿Comprenden mi pregunta? Es seguro que una mente que de verdad está aprendiendo no se hallará sujeta a autoridad alguna, ni tampoco la buscará, ya que se encuentra en un estado de constante aprender –no sólo de lo externo, sino también de lo interno– y no pertenece a ningún grupo, a ninguna sociedad, a ninguna raza o cultura. Si uno está aprendiendo constantemente de todo sin acumulación, ¿por qué ha de haber autoridad o instructor? ¿Cómo es posible que sigan los pasos de alguien? Y ésa es la única manera de vivir, no aprendiendo de los libros, no, no me refiero a eso, sino aprendiendo de sus propias exigencias internas, de la actividad de su propio pensamiento, de su propio ser. Entonces su mente siempre estará fresca, lo mirará todo como si fuera nuevo y no con la cansada mirada del conocimiento, de la experiencia, o de lo que ha aprendido. Si uno comprende esto de forma real y profunda, cesa toda autoridad; y entonces el que habla carece por completo de importancia.

El extraordinario estado que la verdad revela y la inmensidad de la realidad, nadie puede proporcionárselos. No existe autoridad, no hay guía. Tienen que descubrirlo ustedes mismos y, con ello, dar algo de sentido a todo este caos al que llamamos vida. Es un viaje que hay que emprender completamente solo, sin compañero, sin marido ni esposa ni libros. Sólo pueden iniciar este viaje cuando realmente ven la verdad de que deben caminar completamente solos. Entonces *están* solos; no por amargura, no por cinismo ni por desesperación, sino porque ven el hecho de que la soledad es absolu-

tamente necesaria. Este hecho y su percepción son lo que le liberan a uno para caminar solo. Uno es el libro, el salvador y el maestro. Tienen, pues, que investigar, tienen que aprender de ustedes mismos, lo cual no significa acumular conocimientos de uno mismo y mirar con éstos la actividad de su propio pensamiento. ¿Lo comprenden?

Para aprender sobre uno mismo y para conocerse, deben observarse con frescura, con libertad. No pueden aprender de ustedes mismos si se limitan a usar sus conocimientos, es decir, a mirarse a ustedes mismos basándose en lo que han aprendido de un instructor, de un libro o de su propia experiencia. El "tú" es una entidad grandiosa, es algo complejo y vital, enormemente vivo y en constante cambio, que experimenta toda clase de experiencias, es un torbellino de enorme energía; y no hay nadie que pueda enseñarles nada al respecto, ¡*nadie*! Eso es lo primero que hay que ver. Una vez que lo comprendan, que realmente vean esa verdad, quedarán liberados de una gran carga, habrán dejado de esperar que otra persona les diga lo que deben hacer, y entonces aparece el principio de ese extraordinario aire de libertad.

Así pues, uno tiene que conocerse, porque sin conocerse a sí mismo el conflicto no puede terminar, no pueden cesar el miedo ni la desesperación, no puede haber comprensión de la muerte. Cuando uno se comprende, comprende también a todos los seres humanos, la totalidad de las relaciones humanas. Comprenderse a sí mismo es aprender del cuerpo físico y de las diferentes respuestas de los nervios, es darse cuenta de todo el proceso del pensamiento; es comprender los celos y la brutalidad, y descubrir qué es el afecto y qué es el amor; es comprender todo lo que es el "yo", el "otro".

El aprender no es un proceso en el que se sientan las bases del conocimiento. El aprender es a cada instante, es un movi-

miento en que uno se observa infinitamente sin condenar, sin interpretar ni evaluar en ningún momento, sino tan sólo observando. En cuanto uno condena, interpreta o evalúa, tiene un patrón de conocimiento y de experiencia, y ese patrón le impide a uno aprender.

Sólo es posible una mutación en la raíz misma de la mente cuando uno se comprende a sí mismo, y dicha mutación ha de producirse, tiene que haber un cambio. No uso la palabra "cambio" en el sentido de ser influido por la sociedad, por el clima, la experiencia o cualquier otro modo de presión. La presión y las influencias simplemente les impulsarán con cierto propósito. Me refiero al cambio que se produce sin esfuerzo cuando uno se comprende a sí mismo. Desde luego que hay una gran diferencia entre el cambio producido por un impulso y el que se efectúa de modo espontáneo, natural y libre.

Ahora bien, si son serios –y creo que sería un poco absurdo haber recorrido todo este camino para asistir a estas charlas con este calor y aguantar una serie de incomodidades si no fueran serios–, estas tres semanas aquí les ofrecerán una buena oportunidad para aprender, observar de verdad e indagar con profundidad. Porque en realidad uno tiene la sensación de que la vida es muy superficial. Sabemos y hemos experimentado mucho, podemos hablar con mucha inteligencia, pero en realidad carecemos de profundidad. Vivimos en la superficie y, además, tratamos de conseguir que ese vivir superficial sea muy serio. No, no es eso, me estoy refiriendo a una seriedad que no está meramente en el nivel superficial, a una seriedad que penetra hasta lo más profundo del propio ser. La mayoría de nosotros no somos de verdad libres, y creo que, a menos que seamos libres –libres de las preocupaciones, de los hábitos, de las incapacidades psicosomáticas y del miedo–, nuestra vida seguirá siendo terrible-

mente superficial y vacía, y así es como envejecemos y morimos.

Así que, durante estas tres semanas, vamos a ver si podemos abrirnos paso en esta existencia superficial que hemos cultivado tan cuidadosamente para así sumergirnos en algo mucho más profundo. Pero ese proceso de ahondar no se lleva a cabo por medio de la autoridad; no es cuestión de que otra persona nos diga cómo hay qüe hacerlo, porque no hay nadie que se lo pueda decir. Aquí, lo que vamos a hacer es aprender juntos la verdad de todo esto, y una vez comprendan realmente qué es lo verdadero, habrá cesado toda esperanza en la autoridad; ya no necesitarán ningún libro, ni ir a ninguna iglesia o templo y habrán dejado de ser seguidores. Hay una gran belleza, una gran profundidad y un gran amor en la libertad, cosas de las cuales ahora no sabemos absolutamente nada porque no somos libres. De modo que nuestro mayor interés, a mi entender, es investigar en dicha libertad, no sólo a través del análisis verbal o lingüístico, sino también estando libres de las palabras.

Hace mucho calor, lo siento, pero hemos hecho todo lo posible para lograr que el interior de la carpa esté bastante fresco. No podemos celebrar estas reuniones más temprano porque hay muchos que vienen de lejos, así que tendremos que soportar este calor como parte de las incomodidades.

Como ustedes ya saben, uno tiene que ser disciplinado, no por imposición ni por un control rígido, sino por medio de la comprensión de todo lo que entraña la disciplina, aprendiendo de ésta. Tomen como ejemplo algo inmediato: el calor. Uno puede darse cuenta de este calor y no sentirse molesto por ello, ya que nuestro interés y nuestra indagación, que es el proceso mismo de aprender, es mucho más importante que el calor y la incomodidad del cuerpo. El aprender requie-

re, pues, disciplina, y el acto mismo de aprender es disciplina; y, por tanto, no tiene que haber una disciplina impuesta ni un control artificial, es decir, uno quiere escuchar, no sólo lo que vamos diciendo, sino también todas las reacciones que esas palabras despiertan en uno mismo. Uno quiere percibir todo movimiento del pensar, todo sentimiento y todo gesto. Esto, en sí mismo, es disciplina y esa disciplina siempre es extremadamente flexible.

Creo, pues, que lo primero que debemos descubrir –como seres humanos que vivimos en una cultura o en una comunidad determinada– es si realmente reclamamos libertad, tal como lo hacemos con los alimentos, el sexo y la comodidad, y hasta dónde estamos dispuestos a llegar, y con qué grado de profundidad, para ser libres. Creo que eso es lo único que podemos hacer en esta primera charla, o, más bien, lo único que podemos hacer durante estas tres semanas, puesto que es lo único que podemos compartir, nada más que eso. ¿Lo entienden? Porque todo lo demás se convierte en mero sentimentalismo, devoción y emotividad, lo cual es demasiado inmaduro. Sin embargo, si ustedes y yo estamos realmente buscando, inquiriendo y aprendiendo lo que significa ser libres, todos podremos participar de esa abundancia.

Como he dicho al principio, en toda esta cuestión no hay instructor, no hay instruidos, sino que cada uno de nosotros está aprendiendo, pero no de otra persona. No están aprendiendo del que habla ni del prójimo; están aprendiendo de ustedes mismos, y si aprenden así, entonces son el que habla, son el prójimo. Si aprenden de ustedes mismos, pueden amar a su prójimo. De no ser así, no pueden, y todo ello seguirá siendo meras palabras. No pueden amar a su prójimo si son competitivos. Toda nuestra estructura social, económica, política, moral y religiosa, se basa en la competitividad. Y, al mismo tiempo, decimos que tenemos que amar al prójimo.

Algo así es imposible, ya que donde hay competitividad no puede haber amor.

De manera que, para comprender qué es el amor y qué es la verdad, ha de haber libertad, y nadie puede darles eso, tienen que descubrirla por ustedes mismos, trabajando de firme.

12 de julio de 1964

CAPÍTULO II

El otro día, cuando nos reunimos aquí, estuve hablando de la necesidad de libertad; y con esta palabra, "libertad", no me refiero a la libertad superficial o fragmentaria en ciertos niveles de la propia conciencia. Hablé de ser libre por completo, libre en la raíz misma de la propia mente, en todas las actividades físicas, psicológicas y parapsicológicas de uno mismo. La libertad implica una ausencia total de problemas, ¿no es así? Porque cuando la mente es libre, puede observar y actuar con total claridad; puede ser lo que es sin contradicción. Para mí, una vida llena de problemas –ya sean económicos o sociales, privados o públicos– destruye y distorsiona la claridad. Y uno necesita claridad, necesita una mente que vea con claridad un problema a medida que éste surge, una mente que pueda pensar sin confusión, sin condicionamiento, una mente que tenga la cualidad del afecto y del amor, lo cual no tiene nada que ver con la emotividad ni con el sentimentalismo.

Para encontrarse en ese estado de libertad –que es sumamente difícil de comprender y que requiere mucha investigación–, uno debe contar con una mente sin perturbaciones, que esté silenciosa; una mente que esté funcionando en su totalidad, no sólo en la periferia, sino también en el centro. Dicha libertad no es una abstracción, ni es un ideal. El movimiento de la mente en libertad es una realidad, y los ideales y abstracciones no tienen nada que ver con eso. Dicha libertad sobreviene de modo natural, espontáneo, sin ninguna clase de coerción, disciplina, control ni persuasión, cuan-

do comprendemos todo el proceso del principio y el final de los problemas. Una mente que tenga un problema, lo cual es una verdadera perturbación, y que haya escapado de él, sigue estando paralizada, atada, no es libre. La mente que no resuelve cada problema según va surgiendo, de cualquier tipo –físico, psicológico o emocional–, no puede gozar de libertad y, por tanto, tampoco de claridad de pensamiento, de actitud, ni de percepción.

La mayoría de los seres humanos tiene problemas. Entiendo por "problema" toda perturbación prolongada por la respuesta inadecuada a un reto, es decir, por la incapacidad de afrontar una cuestión de manera total, con todo nuestro ser, o por la indiferencia que resulta de la aceptación habitual de los problemas y el limitarse a soportarlos. Un problema aparece cuando no se afronta cada cuestión, ni se llega hasta el final de ella, no mañana o en alguna fecha futura, sino a medida que surge, cada minuto, cada hora, cada día.

Cualquier tipo de problema –consciente o inconsciente– es un factor que destruye la libertad. El problema aparece cuando no comprendemos algo en su totalidad. Un problema puede ser el dolor, las molestias físicas, la muerte de alguien o la falta de dinero; también puede ser la incapacidad de descubrir por uno mismo si Dios es una realidad o simplemente una palabra sin sustancia. Además, existen los problemas de relación, tanto personales como sociales, individuales y colectivos. El no comprender las relaciones entre los seres humanos en su conjunto engendra problemas, y la mayoría de nosotros padecemos dichos problemas –de los cuales surgen las enfermedades psicosomáticas– que paralizan nuestra mente y nuestro corazón. Al estar agobiados por esos problemas, recurrimos a varias formas de evasión: rendimos culto al Estado, aceptamos la autoridad, esperamos que otra persona nos resuelva los problemas, caemos en una inútil re-

petición de plegarias y ritos, y nos entregamos a la bebida, al sexo, al odio, al sentimiento de lástima por uno mismo, etcétera.

Hemos cultivado, pues, con sumo cuidado una red de evasiones –racionales o irracionales, neuróticas o intelectuales– que nos permite aceptar y, por tanto, soportar todos los problemas humanos que surgen. Pero estos problemas, inevitablemente, engendran confusión, de manera que la mente nunca es libre.

Ahora bien, no sé si ven como yo la necesidad de no tener ningún problema, pero no una necesidad fragmentaria, no la necesidad de un día concreto porque se vean forzados súbitamente a enfrentarse a una determinada cuestión, sino la absoluta necesidad desde el mismo inicio del propio pensamiento acerca de estas cosas hasta el final de nuestra vida. Es probable que no sientan la urgencia de esto, pero si uno ve de forma muy clara y objetiva, no abstracta, que el estar libre de problemas es tan necesario como el alimento o el aire puro, entonces, partiendo de esa percepción, uno actúa, tanto psicológicamente como en los quehaceres cotidianos, es decir, que está presente en todo lo que uno hace, piensa y siente.

Así pues, al menos durante esta mañana el tema central es estar libre de problemas. Mañana podremos abordarlo de modo distinto, pero eso no importa. Lo fundamental es ver que una mente en conflicto es destructiva, debido a que está deteriorándose constantemente. El deterioro no es una cuestión de vejez o de juventud, sino que sobreviene cuando la mente está atrapada en el conflicto y tiene muchos problemas sin resolver. El conflicto es el núcleo del deterioro y de la decadencia. No sé si ven esta verdad. Si la ven, la cuestión es cómo resolver el conflicto. Pero, primero, uno ha de percibir por sí mismo la verdad de que una mente que tenga un problema de cualquier clase, en cualquier aspecto y dure lo

que dure, es incapaz de pensar con claridad, de ver las cosas como son –cruda, implacablemente–, sin ningún sentimiento de lástima por uno mismo.

De hecho, la mayoría de nosotros estamos acostumbrados a eludir de inmediato cualquier problema que surja y nos resulta muy difícil permanecer con éste: simplemente observándolo sin interpretar, condenar ni comparar, sin tratar de modificarlo, o de hacer algo con él. Eso requiere mucha atención en uno mismo; sin embargo, para la mayoría de nosotros un problema nunca es tan serio como para que queramos prestarle toda nuestra atención, ya que vivimos una vida muy superficial y nos contentamos fácilmente con respuestas triviales y rápidas. Queremos olvidar el problema, dejarlo aparte y seguir con otra cosa. Sólo cuando el problema nos afecta íntimamente, como en el caso de la muerte, o de no poseer nada de dinero, o cuando el marido o la esposa nos ha abandonado, sólo entonces el problema se convierte en una crisis. Pero nunca dejamos que un problema produzca una crisis real en nuestra vida, siempre lo eludimos con explicaciones, con palabras o con otras cosas que utilizamos como defensa.

Así pues, sabemos a lo que nos referimos con la palabra "problema". Un problema es una cuestión a cuyo fondo no hemos llegado y que no hemos comprendido por completo; por tanto, no ha terminado y se repite una y otra vez. A la hora de comprender un problema, tenemos que comprender las contradicciones –tanto las inusuales como las cotidianas– de nuestro propio ser. Pensamos una cosa y hacemos otra. Decimos una cosa, pero la sentimos de modo muy distinto. Existe el conflicto del respeto y la falta de respeto, la grosería y la cortesía. Por un lado, está el sentido de la arrogancia y el orgullo y, por otro, jugamos con la humildad. Ya saben las numerosas contradicciones que todos tenemos, tanto conscientes como ocultas. Pero ¿cómo surgen esas contradicciones?

Miren, como ya he dicho repetidamente, no se limiten a escuchar al que habla, sino escuchen también su propio pensamiento, observen cómo operan sus propias reacciones, dense cuenta de su propia respuesta cuando se formula una pregunta, de modo que se vayan conociendo.

La mayoría de nosotros, ante un problema, queremos saber cómo resolverlo, qué hacer, cómo trascenderlo, cómo liberarnos de él, o cuál es la respuesta. A nosotros no nos interesa nada de eso, queremos saber por qué surge un problema, ya que si podemos hallar la raíz de un problema, comprenderlo y llegar hasta el final, habremos encontrado la respuesta a todos los problemas. Si sabemos cómo hay que encarar un problema de forma completa, podremos comprender cualquier otro que surja en el futuro.

¿Cómo surge un problema psicológico? Veamos esto primero, dado que los problemas psicológicos distorsionan toda actividad de la vida. Cuando la mente, al aparecer un problema psicológico, lo comprende, lo resuelve y no arrastra su recuerdo hasta la hora siguiente o hasta el día siguiente, sólo entonces es capaz de afrontar un nuevo reto con frescura y claridad. Nuestra vida es una serie de retos y respuestas, y debemos ser capaces de encarar por completo cada reto porque, de lo contrario, cualquier situación nos traerá más problemas. ¿Lo comprenden? Todo el interés está en ser libre, en no tener problemas: con Dios, con el sexo, o con cualquier cosa. Si Dios se convierte en un problema, no vale la pena buscar a Dios, porque para descubrir si existe lo que llamamos Dios, ese algo supremo que supera la capacidad de la mente, la mente de uno ha de ser muy clara, inocente, libre, y no quedarse paralizada por ningún problema.

Por eso ya he dicho desde el principio que la libertad es esencial. He oído decir que incluso Karl Marx, el dios de los comunistas, escribió que los seres humanos han de tener li-

bertad. Para mí, la libertad es absolutamente necesaria: libertad al principio, en el medio y al final. Y esa libertad queda negada cuando arrastro un problema hasta el día siguiente. Eso significa que uno no sólo tiene que descubrir cómo surge un problema, sino también cómo hacer que desaparezca por completo, eliminarlo quirúrgicamente, para que no se repita, para no llevarlo a cuestas, sin tener la sensación de que pensando en dicho problema uno encontrará una respuesta mañana. Si se arrastra el problema hasta el día siguiente, se propicia el terreno en el cual el problema se arraiga, y entonces la necesidad de eliminar el problema se convierte en otro problema. Por consiguiente, hay que actuar de modo tan drástico e inmediato que el problema termine por completo.

Así pues, tenemos dos cuestiones: descubrir cómo surge el problema y también cómo acabar con él instantáneamente, tanto si el problema es la esposa, los hijos, la falta de dinero, Dios, o lo que sea.

Lo que estoy diciendo no es ilógico. Les he mostrado, de forma lógica y razonable, la necesidad de acabar con un problema y no arrastrarlo hasta el día siguiente. ¿Les gustaría hacer alguna pregunta sobre esto?

Pregunta: No comprendo por qué dice que el dinero no es un problema.

Krishnamurti: Es un problema para muchas personas. En ningún momento he dicho que no lo sea. Veamos, he dicho que un problema es algo que uno no comprende por completo, ya sea con respecto al dinero, al sexo, a Dios, a la relación con su esposa, con alguien que les odie, o lo que sea. Si uno padece alguna enfermedad, o tiene muy poco dinero, eso se convierte en un problema psicológico. También el sexo puede convertirse en un problema. Estamos investigando cómo

surgen los problemas psicológicos, no cómo afrontar uno determinado. ¿Lo comprenden? ¡Dios mío! Es muy sencillo.

Como ustedes ya saben, en Oriente hay personas que renuncian al mundo y vagan de pueblo en pueblo, mendigando con su platito. A través de los siglos, los *brahmanes* de la India han establecido la costumbre de que se respete a toda persona que renuncie al mundo, y la gente debe alimentarlos y vestirlos. Para alguien así, evidentemente, el dinero no es ningún problema, ¡pero no vayan a pensar que estoy defendiendo esa costumbre! Me limito a señalar que la mayoría de nosotros tenemos problemas psicológicos. ¿No tienen problemas, no sólo con el dinero, sino también con el sexo, con Dios y con las relaciones humanas? ¿No les interesa si les quieren o no? Si uno tiene muy poco dinero y quiere más, eso se convierte en un problema, se preocupa por ello, hay un sentimiento de ansiedad, o se vuelve envidioso porque alguien posee más dinero. Todo eso falsea la percepción, y precisamente de ese tipo de problemas es de lo que estamos hablando. Tratamos de descubrir cómo surge un problema de esa naturaleza. Creo que he dejado esto bastante claro, ¿o quieren que continuemos un poco más?

De hecho, un problema surge cuando uno tiene una contradicción. Si no hay contradicción de ningún tipo, no habrá problema. Si uno no tiene dinero, trabajará, mendigará, pedirá ayuda o hará algo, y eso no supondrá ningún problema.

PREGUNTA: Pero ¿qué sucede cuando no se puede hacer nada?

KRISHNAMURTI: ¿Qué quiere decir con eso de que «no se puede hacer nada»? Si tienen una habilidad o estudios, ejercerán de una cosa u otra. Si no, irán a la obra.

Comentario: A partir de cierta edad, el hombre ya no puede trabajar en nada.

Krishnamurti: Pero cuenta con las prestaciones sociales del Estado.

Comentario: No, no las tiene.

Krishnamurti: Bueno, entonces se muere y se terminó el problema. Pero, señora, ése no es su caso, ¿verdad?

Comentario: No, no es mi problema.

Krishnamurti: Entonces está hablando de otra persona y no nos estamos refiriendo a eso. Aquí hablamos de usted como ser humano con problemas, y no de un pariente o amigo.

Comentario: Aparte de mí no tiene a nadie que lo cuide, sólo yo. ¿Cómo voy a venir a escucharle y dejarlo sin ayuda?

Krishnamurti: No venga.

Comentario: Pero es que yo quiero venir.

Krishnamurti: Entonces, no lo convierta en un problema.

Pregunta: ¿Quiere usted decir que cuando existe una situación embarazosa o desfavorable, como la falta de dinero, la mente puede superarla?

Krishnamurti: No. Como ven ya se me han adelantado, tratando de resolver el problema. Quieren saber cómo afrontarlo, pero no hemos llegado a eso todavía. Me he limitado a exponer

el problema, pero no he dicho qué hay que hacer. Cuando dicen que la mente tiene que superar un problema, o cuando preguntan lo que debería hacer un pariente o amigo que es anciano y no tiene dinero, ¿ven lo que están haciendo? Están escapando del hecho real. Un momento, escuchen lo que estoy diciendo, no acepten ni rechacen lo que yo les diga, sino simplemente escúchenlo. No quieren afrontar el hecho de que ustedes son los que tienen el problema, y no otra persona. Si pueden resolver sus propios problemas como seres humanos, pueden ayudar a otra persona a resolverlos, o no, depende. Pero cuando se refieren a los problemas de otra persona y preguntan: «¿qué tengo que hacer?», se encuentran en una situación en la cual no hallan una respuesta, y, por tanto, eso se convierte en una contradicción. No sé si ha quedado claro todo esto.

PREGUNTA: Debido a una incapacidad surgida cuando era niño, soy analfabeto y eso me ha supuesto un gran problema durante toda la vida. ¿Cómo puedo resolverlo?

KRISHNAMURTI: Todos se preocupan muchísimo por resolver un problema, ¿verdad? Yo no. Lo siento. Como he dicho nada más empezar las charlas, no estoy interesado en resolver problemas, sean suyos o míos. No soy su consejero ni su guía. Ustedes son su propio maestro y su propio discípulo. Están aquí para aprender y no para preguntarle a otra persona lo que hay que hacer o lo que no hay que hacer. No se trata de qué deben hacer con una persona inválida, que no tiene suficiente dinero, que es analfabeta, etcétera. Están aquí para aprender ustedes mismos de los problemas que tienen, y no para que yo les instruya. Así que no me asignen esa función equivocada, porque no les instruiré. Si lo hiciera, me convertiría en un líder o en un *gurú* y contribuiría a agravar toda la explotación que existe en el mundo. De manera que

–ustedes y yo– estamos aquí para aprender y no para que nos instruyan. Estamos aprendiendo, no por medio de los estudios ni por la experiencia, sino por el hecho de estar alerta, despiertos, totalmente conscientes de nosotros mismos; de modo que nuestra relación es por completo distinta de la del instructor y el instruido. El que habla no les está instruyendo, ni diciendo lo que deben hacer. Eso carecería por completo de madurez.

PREGUNTA: Si somos incapaces de ver todo lo que está implicado en un problema, ¿cómo podemos llegar a su raíz y resolverlo?

KRISHNAMURTI: Están tan ansiosos por saber qué deben hacer, que no me han dado la oportunidad de abordarlo. Les ruego que me escuchen durante unos minutos, si les parece. No les estoy diciendo qué deben hacer con sus problemas. Simplemente indico cómo hay que aprender y qué es aprender, así descubrirán que a medida que van aprendiendo de su problema, éste termina. Sin embargo, si esperan que alguien les diga qué hacer, se volverán como un niño irresponsable que está siendo dirigido por otra persona, lo cual comportará tener aún más problemas. Es así de sencillo y simple. Por tanto, les ruego que esto les quede claro en su corazón y en su mente de una vez por todas.

Estamos aquí con el fin de aprender, no para que nos instruyan. Ser instruido es memorizar lo que se escucha en la memoria; pero repetir simplemente lo que se ha acumulado en la memoria no soluciona los problemas. Sólo hay madurez en el proceso de aprender. De la falta de madurez, nace el uso del conocimiento, de lo que simplemente ha sido memorizado como medio de cara a resolver los problemas humanos, y eso sólo genera más modelos, y más problemas.

El simple deseo de resolver un problema es eludirlo, ¿verdad? Uno no ha penetrado en él, no lo ha estudiado, explorado, ni comprendido; no conoce su belleza ni su fealdad ni su profundidad, el único interés es resolverlo y dejarlo a un lado. Este impulso por resolver un problema sin haberlo comprendido es evadirse y, por tanto, se convierte en otro problema, y toda evasión engendra problemas posteriores.

Bien, uno tiene un problema y quiere comprenderlo en su totalidad; no quiere escapar, no quiere verbalizar, ni quiere contárselo a nadie, simplemente quiere comprenderlo. Uno no está esperando que alguien le diga qué hay que hacer. Uno ve que nadie puede decirle qué debe hacer, y si alguien se lo dijera y uno aceptase sus palabras, sería sumamente ridículo y absurdo. Uno tiene, pues, que aprender sin que le instruyan y sin recurrir al recuerdo de lo que ha aprendido con problemas anteriores al encararse a un problema en el presente. ¡Qué lástima que no vean la belleza de todo esto!

¿Saben qué significa vivir en el presente? No, me temo que no. Vivir en el presente es no tener continuidad en absoluto. Pero éste es un tema que discutiremos en alguna otra ocasión.

Uno tiene un problema y quiere comprenderlo, quiere aprender de él. Para eso, no puede remontarse a los recuerdos del pasado a fin de afrontarlo, ya que el nuevo problema requiere un nuevo enfoque y uno no puede abordarlo con sus recuerdos improductivos y estúpidos. El problema sigue activo, de modo que hay que afrontar el presente activo, y por tanto el elemento tiempo también hay que dejarlo a un lado.

Uno quiere descubrir cómo surgen los problemas psicológicos. Como ya he dicho, si uno puede comprender toda la estructura del origen de los problemas y, de esa manera, estar libre de crearlos, sabrá como actuar con el dinero, el sexo, el odio y con todo en la vida; y en ese proceso en que uno ha de

enfrentarse a todo ello, no se generarán más problemas. Uno tiene, pues, que descubrir cómo surge un problema psicológico y no cómo resolverlo. ¿Me entienden? Nadie puede decirme cómo surge; tengo que comprenderlo por mí mismo.

A ver, así como yo exploro en mí mismo, han de explorar también en ustedes mismos y no limitarse a escuchar mis palabras. Si no van más allá de las palabras y si no se miran a ustedes mismos, las palabras no les ayudarán; se convertirán en una mera abstracción, no en una realidad. La realidad es el proceso real de su propia indagación, la cual descubre, y no la indicación verbal de ese proceso.

¿Está claro todo esto hasta aquí?

Como ya he dicho, para mí, la libertad es de suma importancia. Pero la libertad no puede comprenderse sin inteligencia, y la inteligencia sólo puede darse cuando uno ha comprendido completamente por sí mismo el origen de los problemas. La mente ha de estar alerta, atenta, ha de hallarse en un estado de extrema sensibilidad para que cada problema se resuelva a medida que surge. De lo contrario, no existe verdadera libertad, sólo habrá una libertad fragmentaria y superficial, la cual no posee valor alguno. Es como el hombre rico que dice ser libre. ¡Dios mío!, es esclavo de la bebida, del sexo, de la comodidad, de un montón de cosas. O como el hombre pobre que dice: «Soy libre porque no tengo dinero», pero tiene otros problemas. Así pues, la libertad y la perpetuación de dicha libertad no pueden ser una mera abstracción; para nosotros, como seres humanos, tienen que ser una absoluta necesidad porque sólo pueden amar cuando hay libertad. ¿Cómo pueden amar si son ambiciosos, codiciosos y competitivos?

No me den la razón, señores. Me están dejando hacer a mí todo el trabajo.

A uno no le interesa resolver el problema, ni buscar a alguien que le diga el modo de resolverlo. Ningún libro, ningún

guía, ninguna iglesia, sacerdote, ni salvador puede decírselo a uno. Hemos jugado con eso miles de años y todavía seguimos cargados de problemas. Ni ir a la iglesia, confesarse, ni rezar; nada de ello resolverá nuestros problemas, sólo seguirán multiplicándose, como está sucediendo hoy en día. Así pues, ¿cómo surge un problema?

Como he señalado, cuando no existe contradicción en nuestro interior no hay problema. La contradicción en uno mismo implica un conflicto de deseo, pero el deseo en sí mismo nunca es contradictorio. De hecho, lo que crea contradicción son los objetos del deseo. Cuando uno pinta cuadros, escribe libros, o lleva a cabo cualquier actividad insulsa, quiere ser famoso, reconocido. Como nadie le reconoce a uno, se genera una contradicción y se siente desgraciado. Uno siente miedo de la muerte, a la que no ha comprendido, y en lo que llama amor, hay contradicción. Ve, pues, que el deseo es el principio de la contradicción, no el deseo mismo, sino los objetos del deseo es lo contradictorio. Si trato de cambiar o de negar los objetos del deseo, diciendo que me voy a aferrar a una sola cosa y a nada más, eso también se convierte en un problema porque uno tiene que resistir, tiene que levantar barreras contra todo lo demás. Por tanto, lo que debe hacer no es tan sólo cambiar o reducir los objetos del deseo, sino comprender el deseo mismo.

Pueden pensar: «¿Qué tiene que ver todo esto con los problemas? Creemos que es el deseo el que genera conflicto y contradicción». Sin embargo, yo les he de señalar que no es el deseo, sino los objetos o fines contradictorios del deseo los que crean la contradicción. Y no es bueno tratar de tener un único deseo. Eso es como el sacerdote que dice: «Sólo tengo un deseo, el de alcanzar a Dios», pero en realidad tiene innumerables deseos, de los cuales no es ni siquiera consciente. De modo que uno debe comprender la naturaleza del deseo y

no limitarse a controlarlo o a negarlo. Toda la literatura religiosa dice que hay que destruir el deseo, vivir sin él, lo cual no sirve de nada. Uno debe comprender cómo surge el deseo y qué es lo que le da continuidad, no cómo acabar con él. ¿Entienden el problema? Pueden ver cómo surge el deseo, es bastante sencillo.

Hay percepción, contacto, sensación, incluso sensación sin contacto; y de la sensación surge el deseo. Uno ve un coche: su línea, su forma y su belleza, me atraen, y lo quiero. Pero destruir el deseo es dejar de ser sensible a todo. En cuanto se es sensible, uno está dentro del proceso del deseo. Veo un objeto hermoso o a una mujer guapa, lo que sea, y surge el deseo; o veo a una persona con gran inteligencia e integridad, y quiero ser como ella. De la percepción nace la sensación, y de la sensación, el comienzo del deseo. Eso es lo que realmente sucede, no hay nada de complicado en ello. La complejidad empieza cuando interviene el pensamiento y este último da continuidad al deseo. Uno piensa en el coche, en la mujer o en el hombre inteligente, y ese pensamiento da continuidad al deseo. De lo contrario, el deseo no tiene continuidad. Uno puede mirar el coche y nada más. ¿Lo comprenden? Porque en cuanto hago la más mínima concesión al pensamiento, pensando en ese coche, se le da continuidad al deseo y empieza la contradicción.

PREGUNTA: ¿Puede haber deseo sin que haya ningún objetivo?

KRISHNAMURTI: No existe eso; no existe el deseo en abstracto.

PREGUNTA: Entonces, el deseo está siempre relacionado con un objetivo, pero antes usted ha dicho que tenemos que com-

prender el mecanismo del propio deseo y no preocuparnos por el objetivo.

KRISHNAMURTI: Señor, he señalado cómo surge el deseo y cómo le damos continuidad por medio del pensamiento.

Lo siento, pero tenemos que dejarlo aquí, continuaremos el próximo jueves.

14 de julio 1964

CAPÍTULO III

Creo que hay una gran diferencia entre comunicación y comunión. En la comunicación se comparten las ideas por medio de palabras, agradables o desagradables, por medio de símbolos y por gestos, y las ideas pueden traducirse ideológicamente o interpretarse con arreglo a las peculiaridades, idiosincrasia y experiencias de uno mismo. Pero en la comunión considero que sucede algo muy distinto, ya que no se comparten ni se interpretan ideas. Pueden o no estar comunicándose por medio de palabras, pero están en relación directa con lo que están observando y están en comunión con su propia mente y su propio corazón. Uno puede estar en comunión con un árbol, por ejemplo, o con una montaña o un río. No sé si se habrán sentado alguna vez bajo un árbol y tratado de estar en verdadera comunión con él. No es sentimentalismo ni es emotividad: están directamente en contacto con el árbol. Hay una extraordinaria relación de intimidad; en dicha comunión tiene que haber silencio, tiene que haber una profunda sensación de quietud; sus nervios y su cuerpo están en reposo y el propio corazón casi se detiene. No hay interpretación, no hay comunicación ni participación. No son el árbol, ni se identifican con él, sólo existe una sensación de intimidad en una gran profundidad silenciosa. No sé si lo habrán intentado alguna vez. Inténtenlo en alguna ocasión, cuando su mente no esté parloteando, cuando no esté vagando de un lado para otro, cuando no estén monologando, cuando no recuerden lo que han hecho o lo que tienen que hacer. Olvidando todo eso,

traten simplemente de entrar en comunión con una montaña, un arroyo, una persona, un árbol, o con el flujo mismo de la vida. Eso requiere una sensación de quietud asombrosa y una atención peculiar, no concentración, sino una atención que surja con facilidad y con gozo.

Pues bien, me gustaría entrar en comunión con ustedes esta mañana con respecto a lo que estuvimos hablando el otro día. Estábamos hablando de la libertad y su cualidad. La libertad no es un ideal, ni algo que está lejos, no es la formación de ideas de una mente apresada, lo cual sería sólo una teoría. La libertad sólo puede existir cuando la mente deja de estar anulada por cualquier clase de problemas. Una mente que tenga problemas nunca podrá entrar en comunión con la libertad, ni darse cuenta de la extraordinaria cualidad de ésta.

La mayoría de las personas tienen problemas y se limitan a soportarlos, se acostumbran a los problemas y los aceptan como parte de su vida, pero esos problemas no se resuelven aceptándolos, ni acostumbrándose a ellos, es como si echaran arena sobre ellos, pero en realidad siguen ahí, aflorando, y la mayoría de la gente vive en ese estado: aceptando perpetuamente problema tras problema, un dolor tras otro. Hay un sentimiento de desilusión, de ansiedad y de desesperación, pero lo aceptan. Ahora bien, si nos limitamos a aceptar problemas y a vivir con ellos, es evidente que no los habremos resuelto en absoluto. Podemos decir que están olvidados, o que ya no importan, pero sí importan, infinitamente, porque distorsionan la mente, falsean la percepción y destruyen la claridad. Para la mayoría de nosotros, cuando tenemos un problema, éste afecta a todas las facetas de nuestra vida. Puede ser un problema de dinero, de sexo, de ignorancia, o el deseo de realizarse, de hacerse famoso; sea lo que fuere, nos interesa tanto ese problema, el cual consume nuestro ser, que creemos

que resolviéndolo quedaremos libres de toda nuestra desdicha, pero mientras una mente pequeña y limitada esté tratando de resolver un problema particular, sin relación con todo el flujo de la vida, nunca podrá estar libre de problemas, pues cada uno de ellos está relacionado con otro; y si se limitan a tomar uno y tratar de resolverlo de modo fragmentario, lo que están haciendo será completamente inútil. Es como cultivar una parcela de un campo y creer que lo han cultivado todo. Tienen que cultivar todo el campo, tienen que afrontar todos los problemas.

Como decía el otro día, lo importante no es la resolución de un problema, sino su comprensión, por muy doloroso, acuciante, inminente y apremiante que sea. No soy dogmático ni autoritario, pero considero que el interesarse tan sólo por un problema determinado revela una mente muy mezquina y pequeña, y una mente así, que esté perpetuamente tratando de resolver su propio problema particular, nunca podrá hallar cómo dejar atrás los problemas. Puede escapar de varias maneras, puede amargarse, volverse cínica o entregarse a la desesperación, pero nunca podrá comprender el problema de la existencia en su totalidad.

Así pues, si hemos de encarar los problemas, debemos hacerlo abarcando todo el contexto del que surgen, y no simplemente centrándonos en un solo problema. Cualquiera de ellos, por muy intrincado, por acuciante o apremiante que sea, está relacionado con todos los demás. Es, pues, importante no pensar fragmentariamente en ese problema, una de las cosas más difíciles de hacer. Cuando nos hallamos ante un problema urgente, doloroso e insistente, la mayoría de nosotros creemos que debemos resolverlo aisladamente, sin tomar en consideración toda la trama de problemas. Pensamos en él de un modo fragmentario, pero una mente fragmentaria es muy estrecha de miras, es, si se me permite la palabra, una

mente burguesa. No vayan a pensar que estoy insultando, no uso ese término de forma despectiva, sino que simplemente es indicativo de lo que en realidad es la mente. La mente que quiere resolver de manera aislada un problema determinado es mediocre. Una persona que esté consumida por los celos quiere obrar en el acto, hacer algo, reprimir sus celos o vengarse, pero ese problema particular está profundamente relacionado con otros. Debemos, por tanto, considerar todo el conjunto, y no tan sólo una parte.

Cuando hablamos de los problemas, ha de comprenderse que no tratamos de hallar respuesta a ninguno en concreto. Como ya he señalado, la indagación que trate meramente de hallar una respuesta a un problema es una evasión de éste. Tal evasión puede ser cómoda o dolorosa, puede requerir cierta capacidad intelectual, etcétera, pero, sea lo que fuere, sigue siendo una evasión. Si hemos de resolver nuestros problemas, si hemos de quedar libres de ellos, liberados de todas las presiones que implican, de modo que la mente se quede completamente calmada y pueda percibir (porque sólo puede percibir estando libre), entonces el principal interés deberá ser no saber cómo resolver cualquier problema, sino comprenderlo. Comprender es mucho más importante que resolver un problema. La comprensión no es la capacidad ni la agudeza de una mente que ha adquirido diversas formas de conocimiento analítico y que es capaz de analizar un problema determinado. Una mente que comprende está en comunión con el problema. Estar en comunión no es identificarse con el problema. Como ya he dicho, para estar en comunión con un árbol, con un ser humano, con un río o con la extraordinaria belleza de la naturaleza, debe existir cierta calma, cierta sensación de apartamiento, de estar lejos de las cosas.

Lo que tratamos de hacer aquí es aprender la manera de estar en comunión con el problema. Pero ¿comprenden la di-

ficultad de dicha afirmación? Cuando hay comunión con otra persona, el pensamiento del "yo" está ausente. Cuando están en comunión con un ser querido, con su esposa, con su hijo, cuando le estrechan la mano a un amigo, en ese momento (si no es meramente falso sentimentalismo, una sensación, o todo eso a lo que llamamos amor, sino algo muy distinto, algo vital, dinámico y real), hay una ausencia total de todo el mecanismo del "yo" con su proceso del pensamiento. Del mismo modo, el estar en comunión con un problema implica observación completa sin identificación, ¿no creen? Sus nervios, el cerebro, el cuerpo, la entidad completa, están calmados. En ese estado pueden observar el problema sin identificación, y ése es el único estado en el que se puede dar su comprensión.

Como ustedes ya saben, el que llaman artista puede pintar un árbol o escribir un poema acerca de él, pero yo me pregunto si está realmente en comunión con el árbol. En el estado de comunión, no se busca un medio de expresión. Es de muy poca importancia el que expresen esa comunión con palabras, en el lienzo o en la piedra; pero la vanidad aparece en el momento en que quieren expresarla, mostrarla, venderla, hacerse famosos, etcétera.

Comprender un problema por completo es estar en comunión con él. Entonces hallarán que el problema no es nada importante y que lo que sí importa es el estado de la mente que se halla en comunión con el problema. Una mente así no crea problemas; pero la que no sea capaz de estar en comunión con el problema, que sea egocéntrica, egoísta, que quiera expresarse y otras tantas cosas inmaduras, esa mente estrecha de miras, es la que crea los problemas.

Así es que, como decía el otro día, para comprender los problemas, cualquier problema, tienen que comprender todo el proceso del deseo. Somos contradictorios psicológicamen-

te y, por tanto, lo somos al actuar. Pensamos una cosa y hacemos otra, vivimos en un estado de contradicción con nosotros mismos porque, si no, no habría problemas. Y es que la contradicción surge cuando no hay comprensión del deseo. Para vivir sin el más mínimo conflicto de cualquier tipo, uno ha de comprender la estructura y la naturaleza del deseo, no reprimirlo, controlarlo, tratar de destruirlo, ni simplemente entregarse a él, como hace la mayoría. Esto no significa echarse a dormir, vegetar y limitarse a aceptar la vida con toda su degeneración. Lo que significa es ver por sí mismo que el conflicto, de cualquier tipo –ya sea reñir con la esposa o con el marido, con la comunidad, con la sociedad, con lo que sea–, deteriora la mente, la vuelve obtusa e insensible.

Como dije el otro día, el deseo por sí mismo no está en estado de contradicción; son los objetos del deseo y la relación de éste con dichos objetos los que crean la contradicción. El deseo sólo encuentra continuidad cuando hay identificación por parte del pensamiento con ese deseo. Para observar tiene que haber sensibilidad; nuestros nervios, ojos y oídos, todo nuestro ser, tiene que ser sensible, y sin embargo la mente ha de estar calmada. Entonces, uno puede mirar un coche bonito, una mujer guapa, una casa espléndida o una cara extremadamente viva e inteligente; uno puede observar estas cosas, verlas como son, y ahí termina el asunto. Pero ¿qué es lo que suele suceder? Hay deseo, y el pensamiento al identificarse con ese deseo, le da continuidad.

No sé si me explico con claridad. Discutiremos este punto un poco más adelante.

Lo importante es observar sin introducir el pensamiento, pero no conviertan esta afirmación en un problema. No digan: «¿Cómo voy a observar, cómo voy a ver y a sentir sin dejar que intervenga el pensamiento?». Si perciben ustedes solos todo el proceso del deseo y la contradicción produci-

da por sus metas y la continuidad que el pensamiento da al deseo, si ven toda esa maquinaria en funcionamiento, no se plantearán esa pregunta.

Como ustedes ya saben, a la hora de aprender a conducir un coche, no basta con que nos hablen de ello, tienen que sentarse al volante, hacer arrancar el vehículo, usar los frenos y aprender todas las maniobras de la conducción. Del mismo modo, tienen que conocer el mecanismo tan sumamente delicado del pensamiento y del deseo, y no limitarse a que les instruyan acerca de él. Tienen que observarlo, aprender ustedes solos, y eso requiere una actitud sensible.

Lo importante es, pues, no la resolución del problema, sino su comprensión. Un problema surge sólo cuando hay contradicción y conflicto; y este último implica esfuerzo. El esfuerzo por lograr o llegar a ser algo, por cambiar esto por lo otro, el esfuerzo por acercarse a una cosa y alejarse de otra; ese esfuerzo halla su origen en el deseo: el deseo al que el pensamiento ha dado continuidad. Tienen, pues, que aprender acerca de todo este proceso; aprender, y no limitarse a que les instruya el que habla, cosa que no sirve de nada. Lo que oyen por teléfono puede ser bonito o puede ser desagradable, puede ser real o falso por completo; pero lo importante es lo que oyen y no el instrumento en sí. La mayoría de nosotros concedemos importancia al instrumento, creemos que éste nos va a enseñar algo, y yo les he avisado constantemente de esta forma particular de estupidez.

Están aquí para aprender, y escuchan, no tan sólo al orador, sino a ustedes mismos. Están en comunión con su propia mente. Están observando el funcionamiento del deseo y la forma en que surgen los problemas. Están entrando en intimidad con ustedes mismos, y esa intimidad sólo puede sentirse profundamente cuando abordan el problema con mucha calma, sin decir: «Tengo que resolver esto tan horrible», ni

agitarse o excitarse cuando estén en ello. Están descubriendo cómo surge un problema y cómo lo perpetúa el pensamiento dando continuidad a un deseo determinado. Vamos, pues, a aprender cómo aparece un problema y cómo termina, sin dedicar tiempo para pensar en él, sino acabar con él de manera inmediata.

Sea cual sea el problema, el pensamiento le da continuidad. Si dicen algo que me agrada, el pensamiento se identifica con ese placer y quiere seguir viviendo en él; por tanto, les considero amigos míos y les veo con frecuencia. Pero si dicen algo que me ofende, ¿qué pasa? También le doy continuidad a ese sentimiento concreto al pensar en él. Lo que han dicho puede ser verdad, pero no me gusta, y por tanto les evito o quiero desquitarme. Éste es el mecanismo que crea problemas y les da continuidad.

Creo que esto ya está bastante claro. Al pensar constantemente en algo, uno le da continuidad. Ya conocen la confusión con que piensan en ustedes mismos y en su familia, todos los recuerdos placenteros y las ilusiones que tienen puestas en ustedes mismos; piensan constantemente en todo eso y, por tanto, le dan continuidad. Pero si empiezan a comprender todo el proceso y a aprender ustedes mismos cuáles son los caminos de la continuidad, cuando surja un problema, podrán estar en completa comunión con él, ya que no interviene el pensamiento; y por tanto poner fin al problema de inmediato. ¿Entienden?

Miren, señores, vamos a ocuparnos de un problema muy común: el deseo de seguridad. La mayoría de nosotros queremos sentirnos seguros. Ésta es una de las exigencias de la faceta animal de los seres humanos. Es evidente que deben sentir cierta seguridad en lo físico, deben tener un lugar donde vivir y deben saber dónde van a comer la próxima vez, a no ser que vivan en Oriente, donde pueden andar jugando con la

inseguridad física, vagando de pueblo en pueblo y todo eso. Por fortuna o por desgracia, aquí no pueden hacer eso, si lo hicieran, les meterían en la cárcel por andar vagabundeando.

En el animal, en el bebé y en el niño, es muy fuerte el impulso de sentirse físicamente seguros, y la mayoría de nosotros exigimos sentirnos psicológicamente seguros; en todo lo que hacemos, pensamos y sentimos queremos estar seguros. Por eso somos competitivos, por eso somos celosos, sentimos codicia y envidia, somos crueles. Por eso nos preocupamos tanto por cosas insignificantes. Esta demanda insistente de seguridad psicológica ha existido durante millones de años, y nunca hemos investigado su verdad. Hemos dado por sentado que debemos tener seguridad psicológica en nuestra relación con la familia, con nuestra esposa o nuestro marido, con los hijos, con la propiedad y con lo que llamamos Dios, y queremos sentirnos seguros a toda costa.

Ahora bien, uno quiere estar en comunión con esta demanda de seguridad psicológica, porque es un problema real, ¿comprenden? El no sentirnos psicológicamente seguros significa, para la mayoría de nosotros, hundirnos, o bien volvernos neuróticos o raros. Pueden ver esa mirada peculiar en la cara de muchas personas. Uno quiere descubrir la verdad de todo esto, quiere comprender toda esa exigencia de seguridad, pues es el deseo de estar seguro en la relación lo que engendra celos, ansiedad, lo que hace surgir el odio y la desdicha en que vivimos la mayoría de nosotros. Y después de haber exigido seguridad durante tantos millones de años, ¿cómo puede la mente, estando tan condicionada, descubrir la verdad de la seguridad? Para descubrir esa verdad, por supuesto, uno tiene que estar en comunión con ella. No puede decírmelo otra persona; eso sería demasiado ridículo. Uno tiene que aprenderlo por sí mismo, tiene que investigarlo, y descubrirlo; ha de estar en completa intimi-

dad con esa exigencia de seguridad, si no, nunca sabrá uno si existe o no la seguridad. Éste es probablemente el gran problema para la mayoría de nosotros. Si uno descubre que la seguridad no existe en absoluto, no hay problema, ¿verdad? Entonces uno se sitúa fuera de esa batalla por la seguridad, y, por tanto, su acción en la relación humana es enteramente distinta. Si su esposa quiere fugarse, se fugará, y uno no convierte eso en un problema, no odia a nadie, no se vuelve celoso, envidioso, furioso, etcétera.

Ya veo que ahora están prestando mucha más atención. Muy bien. Están mucho más familiarizados que yo con esta clase de cosas. Personalmente, uno no quiere convertir la seguridad en un problema, no quiere crear en su vida ningún tipo de problema: económico, social, psicológico o el llamado religioso. Uno ve muy claro que una mente con problemas se vuelve obtusa e insensible, y que sólo es inteligente una mente extremadamente sensible en alto grado. Y como este anhelo de seguridad es tan profundo y perpetuo en cada uno de nosotros, uno quiere descubrir la verdad acerca de la seguridad, pero ésa es una cuestión muy difícil de investigar, porque, no sólo desde la niñez, sino desde el principio mismo de los tiempos, siempre hemos querido sentirnos seguros: seguros con nuestro trabajo, con nuestros pensamientos y sentimientos, creencias y dioses, con nuestra nación, familia y propiedad. Por eso, la memoria, la tradición y toda la acumulación del pasado desempeñan un papel tan sumamente importante en nuestra vida.

Sin embargo, toda esa experiencia hace aumentar la sensación de seguridad. ¿Comprenden? Toda experiencia se registra en la memoria y se suma al cúmulo de cosas que nos han ido pasando. Esa experiencia acumulada se convierte en un punto de referencia permanente mientras uno vive, y desde esa referencia, sigo experimentando; por tanto, toda ex-

periencia posterior se une a esa acumulación de memoria en que uno se siente sano y salvo, y lo refuerza. ¿Entienden? Así pues, hay que darse cuenta de ese extraordinario proceso de condicionamiento en su totalidad. No se trata de saber cómo librarse del condicionamiento, sino de estar en comunión con él en todo momento. Entonces, uno puede afrontar el deseo de seguridad sin convertirlo en un problema.

¿Está claro esto hasta aquí? ¿Quieren hacer preguntas llegados a este punto?

PREGUNTA: No hay comunión porque la mente está abrumada por el "yo".

KRISHNAMURTI: Señor, les estoy preguntando algo. Les pregunto: ¿Qué es la comunión? Pero ¿qué pasa cuando oyen esa pregunta? Entra en funcionamiento todo el mecanismo de su mente condicionada y la contestan, pero en realidad no han escuchado la pregunta. Pueden haber pensado o no en ella antes, pueden haber pensado en ella casualmente; o tal vez han leído sobre ello en algún libro y repiten lo que han leído, pero no están escuchando. Cuando el que habla les dice: «Traten de entrar en comunión con un árbol», por fuerza, si están interesados, primero tienen que descubrir qué significa. Vayan a sentarse bajo un árbol, o a la orilla de un río, o a la sombra de un monte, o simplemente miren a su esposa o a su hijo. ¿Qué significa "estar en comunión"? Significa que no deben existir las barreras del pensamiento entre el observador y lo observado. El observador no se identifica con el árbol, con la persona, con el río, con la montaña ni con el cielo, sencillamente, no hay barreras. Si hay un "yo", con sus complejos pensamientos y ansiedades, que está observando el árbol, no hay comunión con él. Estar en comunión con alguien o con algo requiere espacio y silencio; su cuerpo, nervios, mente,

corazón, todo su ser ha de estar calmado, totalmente quieto. No digan: «¿Cómo voy a permanecer calmado?» No lo conviertan en otro problema. Sencillamente vean que no hay comunión si el mecanismo del pensamiento está actuando, lo cual no quiere decir que se pongan a dormir.

Probablemente, nunca habrán hecho esto; nunca habrán estado en comunión con su esposa o su marido, con quien duermen, respiran, comen, tienen hijos, y todo lo demás. Probablemente, nunca habrán estado en comunión ni siquiera con ustedes mismos. Si son católicos, van a la iglesia y reciben lo que se llama la comunión, pero no es eso. Esas cosas carecen de madurez.

Cuando hablamos así sobre comunión con la naturaleza, con las montañas, o de unos con otros, la mayoría no sabemos qué significa y tratamos de imaginarlo. ¿Entienden? Especulamos con ello y decimos que es el "yo" el que impide dicha comunión. ¡Por Dios, no conviertan la comunión en otro problema más! Ya tenemos bastantes. De modo que limítense a escuchar. Están en comunión conmigo y yo con ustedes. Les estoy diciendo algo y, para comprenderlo, tienen que escuchar, pero el escuchar significa atención sin esfuerzo, dar descanso a los nervios; no significa decir: «Tengo que escuchar» y, por tanto, poner en tensión los nervios y todo el cuerpo. Significa que han de escuchar con placidez, facilidad, en silencio, con el fin de descubrir qué quiere transmitir el que habla. Esto de lo que les hablo puede ser un auténtico disparate, o puede ser algo real, y tienen que escuchar para descubrirlo. Pero ésa parece ser una de sus mayores dificultades. No están escuchando de verdad; en su mente están peleándose conmigo, erigiendo una muralla de palabras.

Lo que estoy diciendo es que lo importante en todo esto es aprender a estar en comunión con ustedes mismos de un modo agradable y feliz, para que puedan seguir el más mí-

nimo movimiento del pensar y del sentir, sin tratar de corregirlos, sin decir que son buenos o malos, sin todos esos juicios ridículos y burgueses de mentes pequeñas y retorcidas. Simplemente hay que observar, pero sin identificarse con ningún pensamiento o sentimiento agradable o desagradable, y comprobarán que pueden estar en comunión con ustedes mismos.

La mayoría de nosotros queremos sentirnos psicológicamente seguros, insistimos en ello, y por eso la familia se convierte en una pesadilla, llega a ser algo terrible, ya que la usamos como medio para nuestra propia seguridad. Luego es la nación la que se convierte en nuestra seguridad, y pasamos por todo lo del nacionalismo. La familia es algo bueno, pero cuando se utiliza como un medio de seguridad se convierte en un veneno mortal.

Con el fin de descubrir lo verdadero acerca de la seguridad, tienen que estar en comunión con ese deseo de estar seguros tan profundamente arraigado, el cual se está repitiendo constantemente de diversas formas: buscan la seguridad, no sólo en la familia, sino también en los recuerdos y en el dominio o la influencia de otra persona. Retoman el recuerdo de alguna experiencia o relación que les complació, que les dio esperanza y seguridad, y se refugian en ese recuerdo. Existe la seguridad basada en la habilidad y en el conocimiento; también la basada en el nombre y en la posición, y la que se nutre de la capacidad, por ejemplo, pintando o tocando el violín o haciendo cualquier cosa que les dé una sensación de seguridad.

Sin embargo, una vez estén en comunión con el deseo que les impulsa a buscar seguridad, y perciban que ese deseo es el que crea contradicción –porque en la Tierra, nunca está nada seguro, ni siquiera ustedes mismos–, cuando hayan descubierto eso y no se hayan limitado a que les hablen de

ello y hayan resuelto el problema por completo, habrán salido de todo ese entorno de contradicción y estarán, pues, libres de todo temor.

¿Es esto suficiente por hoy?

No sé si están en algún momento en silencio en su interior. Cuando caminan por la calle, la mente está completamente calmada, observando y escuchando sin pensamiento alguno. Cuando conducen, miran el camino, los árboles, los coches que pasan a su lado, se limitan a observar sin que haya reconocimiento, sin que se ponga a actuar todo el mecanismo del pensamiento. Cuanto más actúa el mecanismo del pensamiento, más se desgasta la mente y éste no deja espacio para la inocencia, pero sólo una mente inocente puede ver la realidad.

16 de julio de 1964

CAPÍTULO IV

Considero que hay una enorme diferencia entre cambio y mutación. El mero cambio no les conducirá a ninguna parte. Uno puede llegar a ser superficialmente adaptable, muy astuto para amoldarse a distintos ambientes y circunstancias de la sociedad, así como a diversas formas de presión interior y exterior, pero la mutación requiere un estado mental completamente distinto, y esta mañana desearía señalar la diferencia entre ambos. Cambio significa "alteración, reforma, sustitución de una cosa por otra"; implica un acto de voluntad, consciente o inconsciente, y teniendo en cuenta la confusión, el hambre, la opresión y la desdicha total que existe en los países asiáticos subdesarrollados, es evidente que tiene que haber un cambio radical, un cambio radical revolucionario. Tiene que haber no sólo un cambio físico o económico, sino también psicológico, cambio en todas las facetas de nuestro ser, en lo externo y en lo interno, para así gozar de una mejor existencia humana. Creo que esto es bastante obvio y hasta los más conservadores lo aceptan. Pero aunque aceptemos este hecho tan evidente, me temo que la mayoría de nosotros no hemos profundizado lo suficiente en qué es lo que está implicado en el cambio. ¿Alcanzan alguna profundidad el ajuste, la sustitución o la reforma? ¿O se trata tan sólo de un pulimento superficial, de una limpieza de la moralidad en la relación humana? Creo que deberíamos comprender lo mejor posible todo lo relacionado con este proceso de cambio antes de que abordemos la mutación.

Aunque el cambio es necesario, para mí es siempre superficial. Al decir cambio, me refiero a un movimiento producido por el deseo o la voluntad, una iniciativa con un objetivo concreto, hacia una actitud o acción bien definida. Todo cambio tiene evidentemente un motivo tras de sí. El motivo puede ser personal o colectivo, puede estar manifiesto u oculto; puede ser un motivo bondadoso, generoso, o bien de miedo, de desesperación, pero cualquiera que sea la naturaleza del motivo, en cualquier aspecto, la iniciativa o el movimiento que surgen a partir de él producen cierto cambio. Creo que esto está bastante claro. La mayoría de nosotros nos mostramos muy susceptibles, individual y colectivamente, en el momento de modificar nuestras actitudes por influencia, por presión y también cuando hay una nueva invención de cualquier tipo que afecta directa o indirectamente a nuestra vida. Es posible hacernos cambiar de pensamientos u orientarlos de otra manera, a través de un artículo de prensa o la propaganda de una idea. La religión organizada insiste en educarnos desde la niñez siguiendo cierta forma de creencia, condicionando así la mente, pero cualquier cambio que introduzcamos durante el resto de nuestra vida generalmente está dentro de los límites modificados de esa creencia.

Así pues, muy pocos de nosotros cambiamos si no es por un motivo. El motivo puede ser altruista o personal, limitado o amplio; puede ser el miedo a no obtener una recompensa, o a no alcanzar lo que se nos ha prometido. Uno se sacrifica por lo colectivo, por el Estado, por una ideología o por una forma determinada de creencia en Dios. Todo ello implica cierto cambio producido consciente o inconscientemente.

Pues bien, lo que llamamos cambio es una continuidad modificada de lo que ha existido, y en el así denominado cambio, hemos llegado a ser muy hábiles. Estamos haciendo constantemente nuevos descubrimientos en física y en

matemáticas, inventando cosas nuevas, preparando el viaje a la Luna, etcétera. En ciertas áreas nos estamos volviendo extraordinariamente cultos y estamos muy bien informados; pero esta clase de cambio implica la capacidad de amoldarse al nuevo ambiente, a las nuevas presiones que éste crea. Pero ¿eso es todo? Uno percibe las implicaciones de esta forma superficial de cambio, y, sin embargo, uno sabe interiormente, en lo profundo, que ha de haber un cambio radical, un cambio que no esté producido por ningún motivo ni por presión. Uno comprende que debe darse una mutación en la raíz misma de la mente, porque si no, tan sólo seremos como los monos inteligentes, con extraordinarias capacidades, pero de ninguna manera seremos seres humanos de verdad.

Comprendiendo, pues, todo esto hondamente, dentro de uno mismo, ¿qué puede uno hacer? Vemos que tiene que haber un cambio revolucionario, una completa mutación en la raíz misma de nuestro ser, de lo contrario, nuestros problemas, tanto económicos como sociales, aumentarán inevitablemente y serán cada vez más críticos. Uno necesita una mente nueva y fresca, y para eso tiene que haber, en la totalidad de la propia conciencia, una mutación que no esté producida por un acto de voluntad y que, por tanto, no tenga un motivo.

No sé si me estoy explicando con claridad.

Viendo la necesidad de un cambio, uno puede poner voluntad para hacerlo, entendiéndose por voluntad el deseo reforzado por la determinación con un objetivo concreto, e iniciado por el pensamiento, el miedo y la rebeldía. Pero ese cambio producido por la acción del deseo y de la voluntad, sigue siendo limitado, es una continuidad modificada de lo que ha existido, como puede uno ver por lo que está ocurriendo en el mundo comunista, y también en los países capi-

talistas. Tiene que haber, pues, una extraordinaria revolución, una revolución psicológica en el ser humano, en las propias personas, pero si es con miras a algo, si su revolución es con arreglo a un plan, sigue estando dentro de los límites de lo conocido y, por tanto, no será un cambio en absoluto.

Veamos: uno puede cambiar, puede forzarse a pensar de modo diferente o adoptar una serie de creencias distintas; puede acabar con un hábito determinado, librarse del nacionalismo, reforzar el pensamiento, hacerse un lavado de cerebro, en vez de que lo haga un partido político o una iglesia ..., tales cambios en uno mismo son bastante fáciles de llevar a cabo; sin embargo, uno ve la completa inutilidad de todo eso, porque es superficial y no conduce a una comprensión profunda en la cual uno pueda vivir, ser y actuar. ¿Qué se puede hacer entonces?

¿Comprenden la pregunta? Espero haberla expuesto con claridad. Si uno hace un esfuerzo por cambiar, ese esfuerzo tiene un motivo, lo que significa que el deseo inicia un movimiento con un objetivo determinado. Existe la acción de la voluntad, y, por tanto, cualquier cambio que se produzca es una mera modificación, en realidad, no tiene nada de cambio.

Veo muy claro que he de cambiar y que el cambio tiene que producirse sin esfuerzo. Todo esfuerzo por cambiar es víctima de sí mismo, ya que implica la acción del deseo y de la voluntad conforme a un modelo, a una fórmula o concepto preestablecido. Entonces, ¿qué puedo hacer?

No sé si ven del mismo modo que yo todo esto, lo extraordinario que es, no sólo en lo intelectual, sino como factor vital en la propia vida. Durante millones de años, el ser humano ha estado realizando un incesante esfuerzo por cambiar y, sin embargo, sigue siendo preso de la desdicha, de la desesperación, del miedo, y sólo cuenta con algún destello

ocasional de gozo y de delicia. Pero ¿cómo va a desprenderse de su carga sin llevar a cabo un esfuerzo, esa entidad que ha sido tan fuertemente condicionada durante tanto tiempo? Esta es la pregunta que nos estamos planteando. Pero el desprenderse de la carga no debe convertirse en otro problema, ya que, como ya señalé el otro día, un problema es algo que no comprendemos, algo cuya terminación no tenemos capacidad de alcanzar.

Para producir esta mutación –no, no "producir", no es esa la palabra...– tiene que haber mutación, y ésta debe ocurrir ahora. Si introducen el tiempo en la mutación, el tiempo crea el problema. No hay mañana, no hay tiempo en absoluto para que uno cambie con él, pues el tiempo es pensamiento. Es ahora o nunca. ¿Comprenden?

Uno ve la necesidad de este cambio radical en sí mismo, como ser humano, como parte de toda la raza humana, y también ve que el tiempo –que es pensamiento– no tiene que ser uno de esos factores. El pensamiento no puede resolver este problema. Uno ha ejercitado el pensamiento durante miles y miles de años, pero no ha cambiado, continúa con sus hábitos, con su codicia, su envidia, sus temores, y sigue atrapado en el modelo competitivo de la vida. Es el pensamiento el que ha creado este modelo, pero el pensamiento no puede, en ninguna circunstancia, cambiar este modelo sin crear otro, pues el pensamiento es tiempo. Uno no puede, pues, recurrir al pensamiento ni al tiempo para producir una mutación, un cambio radical; no puede ejercer la voluntad, ni dejar que el pensamiento guíe el cambio.

¿Qué queda pues? Uno ve que el deseo, que es voluntad, no puede producir una verdadera mutación en sí mismo. El ser humano ha jugado con eso durante siglos, y no se ha producido ningún cambio fundamental en él. Ha usado también el pensamiento para producir un cambio en sí mismo (el pen-

samiento en forma de tiempo, de "mañana", con todas sus exigencias, invenciones, presiones e influencias), y tampoco ha habido transformación radical alguna.

¿Qué puede hacer uno, entonces?

Pues bien, si uno ha comprendido toda la estructura y la actividad de la voluntad, ésta deja de actuar por completo, y si uno ve que el uso del pensamiento o del tiempo como moneda de cambio no es más que un aplazamiento, entonces el proceso del pensamiento termina. Pero ¿a qué nos referimos cuando decimos que vemos o comprendemos algo? ¿Es la comprensión meramente intelectual o verbal, o significa ver algo como un hecho real? Uno puede decir que comprende, pero la palabra no es la cosa. La comprensión intelectual de un problema no es su resolución. Cuando sólo comprendemos algo verbalmente, es decir, lo que llamamos comprensión intelectual, la palabra llega a ser extraordinariamente importante, pero cuando hay verdadera comprensión, la palabra no es nada importante, no es más que un medio de comunicación. Hay un contacto directo con la realidad y con el hecho. Si vemos como hecho real la inutilidad de la voluntad, y también la del pensamiento o el tiempo para producir esta transformación radical, entonces la mente, al haber rechazado toda la estructura de la voluntad y del pensamiento, carece de instrumento con el que iniciar la acción.

Ahora bien, hasta aquí ustedes y yo hemos estado en comunicación verbal, y tal vez hayamos establecido también entre nosotros cierta comunión; pero antes de seguir adelante, considero importante comprender lo que entendemos por comunión. Si han caminado alguna vez solos, entre los árboles de un bosque o a lo largo de la orilla de un arroyo, y han sentido la quietud, la sensación de vivir plenamente con todo –con las piedras, con las flores, con el arroyo, con los árboles y con el cielo–, sabrán qué es la comunión. El "yo", con sus

pensamientos, ansiedad, placeres, recuerdos, reminiscencias y desesperación, habrá cesado por completo. No hay un "yo" como observador separado de lo observado, sólo hay un estado de completa comunión. Y espero que sea eso lo que hayamos establecido aquí. No es un estado hipnótico. El que habla no les está hipnotizando; ha explicado con mucho cuidado, y verbalmente, ciertas cosas, pero hay algo más que no puede explicarse verbalmente. Hasta cierto punto, pueden obtener información a través de las palabras que usa el que habla, pero, al mismo tiempo, deben recordar que la palabra no es la cosa y que no hay que dejar que la palabra interfiera en su propia percepción directa del hecho. Cuando están en comunión con un árbol –si alguna vez lo están–, no tienen la mente ocupada con qué clase de árbol es y si es útil o no. Están directamente en comunión con el árbol. Del mismo modo, debemos establecer este estado de comunión entre ustedes y el que habla, porque lo que viene ahora es una de las cosas más difíciles de las que se pueda hablar.

Como he dicho, ha terminado la acción de la voluntad, la acción del pensamiento como tiempo y el movimiento que se inicia por cualquier influencia o presión. Por tanto, la mente, que ha observado y comprendido todo eso de modo no verbal, goza de una quietud absoluta y no introduce ningún proceso consciente o inconsciente. Todo esto es algo que hay que ver antes de que podamos avanzar.

Puede ser que conscientemente no quieran actuar sin un propósito concreto porque han observado la inutilidad de toda clase de cambio calculado, desde el de los comunistas hasta el de los conservadores más reaccionarios. Ven lo ridículo que es todo eso, pero interiormente, en lo inconsciente, sienten el enorme peso del pasado, que les empuja en determinada dirección. Están condicionados por ser europeos, cristianos, científicos, matemáticos, artistas o técni-

cos; y también existe la tradición de mil años, explotada con sumo cuidado por la iglesia, la cual ha imbuido al inconsciente de ciertas creencias y dogmas. Puede ser que rechacen todo esto conscientemente, pero en el inconsciente el peso de todo ello sigue estando ahí, siguen siendo cristianos, ingleses, alemanes, italianos o franceses; siguen estando gobernados por intereses nacionales, económicos y familiares y por las tradiciones de la raza a la que pertenecen; y cuando se trata de una raza muy antigua, el grado de influencia es mucho más profundo.

Ahora bien, ¿cómo se elimina ese peso? ¿Cómo podemos liberar al inconsciente de su pasado de forma inmediata? Los analistas creen que el inconsciente puede limpiarse de modo parcial o incluso total por medio del análisis: mediante la investigación, la exploración, la confesión, la interpretación de los sueños, etcétera, para que, por lo menos, sean seres humanos normales, capaces de ajustarse al entorno actual; pero en el análisis están siempre el analizador y lo analizado, un observador que interpreta lo observado, lo cual es una dualidad, una fuente de conflicto.

Vemos, pues, que el mero análisis de lo inconsciente no nos llevará a ninguna parte; puede ayudarnos a ser un poco menos neuróticos, un poco más buenos con la esposa, con el prójimo, o algo así de superficial, pero no estamos hablando de eso. Vemos que el proceso analítico –que implica tiempo, interpretación y el movimiento del pensar en forma de observador que analiza la cosa observada– no puede deshacerse de lo inconsciente, y por tanto rechazamos por completo el proceso analítico. Desde el momento en que percibimos el hecho de que el análisis no puede eliminar la carga del inconsciente en ninguna circunstancia, el análisis queda descartado, excluimos el análisis. ¿Qué ha pasado, pues? Como ya no hay analizador separado de lo analizado, él es eso, no

es una entidad separada. Entonces, uno ve que lo inconsciente tiene muy poca importancia. ¿Entienden?

He insistido en lo trivial que es lo consciente, con sus actividades superficiales, su parloteo incesante, etcétera, pero lo inconsciente también es muy trivial. Lo inconsciente, al igual que lo consciente, sólo se convierte en algo importante cuando el pensamiento le da continuidad. El pensamiento también es pertinente; es útil en el ámbito de la tecnología, etcétera, pero el pensamiento es por completo inútil de cara a producir una transformación radical. Cuando vemos cómo da continuidad el pensamiento, termina la continuidad en calidad de pensador.

Espero que comprendan todo esto; se necesita una gran atención.

Lo consciente o lo inconsciente tiene muy poca importancia, sólo la tiene cuando el pensamiento le da continuidad. Cuando perciben la veracidad de que todo el proceso del pensar es una reacción del pasado, que no es posible afrontar la enorme demanda que implica la mutación, tanto lo consciente como lo inconsciente pierden importancia y la mente deja de estar influida o dirigida por cualquiera de los dos, por tanto, deja de iniciar cualquier tipo de actividad, está completamente quieta, calmada, en silencio. Aunque la mente perciba que debe haber un cambio, una revolución o una transformación absoluta en la raíz de nuestro propio ser, no inicia ninguna actividad con un propósito marcado; y en esa percepción total, en ese completo silencio, la mutación se ha producido. Así pues, la mutación sólo puede darse de forma indirecta, cuando la mente deja de iniciar cualquier actividad y, por tanto, está completamente calmada. Y en dicha calma hay mutación, porque la esencia de nuestro ser queda al descubierto y se desvanece. Ésa es la única revolución verdadera, no las de tipo económico ni social, y no puede ser producida por

la voluntad ni por el pensamiento. Tan sólo en ese estado de mutación podrán percibir algo que está más allá del alcance de las palabras, algo que es supremo, más allá de toda teología y de todo reconocimiento.

Espero que no se hayan dormido. Tal vez tengan la amabilidad de plantear alguna pregunta.

PREGUNTA: Por lo que he experimentado, el pensar me encadena al aislamiento porque me impide entrar en comunión con las cosas que me rodean, y también me impide llegar a la raíz de mí mismo. Desearía, pues, preguntarle: ¿Por qué piensan los seres humanos? ¿Cuál es la función del pensar humano? Y, ¿por qué exageramos tanto la importancia del pensar?

KRISHNAMURTI: Creía que eso ya estaba zanjado. Muy bien, señor, voy a explicarlo.

El limitarse a escuchar una explicación no es ver el hecho, y no podemos entrar en comunión el uno con el otro por medio de explicaciones, a menos que usted y yo veamos el hecho y lo dejemos así, es decir, sin interferir en él. Entonces estamos también en comunión con el hecho. Ahora bien, si usted interpreta el hecho de una manera y yo de otra, no estamos en comunión, ni con el hecho ni el uno con el otro.

Veamos, ¿cómo surge el pensamiento, ése que aísla y que no da amor, sabiendo que el amor es el único medio de comunicación?, y ¿cómo puede poner fin a ese pensamiento? Se ha de comprender el pensamiento con todos sus mecanismos, y la propia comprensión de éste implica su terminación. Con su permiso, vamos a investigarlo.

El pensamiento surge como una reacción cuando hay un estímulo. Si no hubiera un estímulo no pensarían. El estímulo puede adoptar la forma de una pregunta, sea importante o

no, y con arreglo a esa pregunta, responden. En el intervalo de tiempo entre la pregunta y la respuesta empieza el proceso del pensamiento, ¿no? Si a uno le preguntan algo que conoce bien, la respuesta es inmediata. Si, por ejemplo, le preguntan dónde vive, no habrá intervalo alguno, ya que no tiene que pensarlo, y de manera inmediata responde a la pregunta. Pero si la pregunta es un poco más compleja, hay un espacio de tiempo (durante el cual uno está consultando la memoria) entre la pregunta y la respuesta. Pueden preguntarle cuál es la distancia entre la Tierra y la Luna, y uno se dice: «¡Hombre! ¿Sé yo algo de eso? Sí, lo sé». Y entonces respondo. Entre la pregunta y la respuesta hay un lapso de tiempo durante el cual la memoria ha funcionado y facilitado la respuesta, de modo que, cuando se plantea una pregunta, la respuesta puede ser inmediata o puede llevar cierto tiempo. Si le plantean una pregunta sobre algo de lo que uno no sabe nada en absoluto, el intervalo es mucho más largo. Uno puede decir: «No lo sé, pero lo averiguaré»; y al no encontrar la respuesta entre las cosas que recuerda, recurre a alguien para que se lo diga, o lo busca en un libro. Durante este intervalo mucho más largo, también se pone en marcha el proceso del pensamiento. Con estas tres fases, estamos muy familiarizados.

Ahora bien, hay una cuarta fase, que tal vez no conozcan, o que nunca la hayan distinguido con claridad, y es ésta: me hacen una pregunta, pero en realidad no sé la respuesta. Mi memoria no la recuerda, y no espero que nadie me la diga. No tengo respuesta ni expectativa alguna. En realidad, no lo sé. No hay intervalo, y por tanto tampoco hay pensamiento, ya que la mente no está investigando, no está buscando, no está a la espera de nada. Ese estado es efectivamente una negación total, es una liberación de todo lo que la mente ha conocido, y sólo en ese estado se puede comprender lo nuevo, lo supremo, o cualquier otra palabra

con la que quieran designarlo. En ese estado ha concluido todo el proceso del pensar; no existe el observador ni lo observado, no existe el experimentador ni lo experimentado. Toda experiencia ha cesado, y en ese silencio total hay una mutación total.

19 de julio de 1964

CAPÍTULO V

Esta mañana me gustaría, si se me permite, hablar de algo que me parece muy importante. No es una idea ni un concepto, ni una fórmula que se haya de aplicar. Los conceptos, las fórmulas y las ideas impiden la profunda comprensión de los hechos tal como son. Cuando digo «comprender un hecho» me refiero a observar una actividad; un movimiento del pensar o del sentir, y apercibirse de su significado en el momento mismo de la acción. La percepción de un hecho tal como es tiene que realizarse en el momento mismo de la acción, y si uno no comprende los hechos con todo detalle, siempre estará acosado por el miedo.

Creo que la mayoría de nosotros llevamos esa enorme carga del miedo, consciente o inconsciente, y esta mañana quisiera examinar este problema con ustedes para ver si podemos alcanzar una comprensión total y, por consiguiente, una completa resolución del miedo, con el fin de que cuando uno salga de esta cálida carpa esté libre del temor de manera literal y verdadera. Permítanme, pues, sugerirles que escuchen en silencio, en lugar de estar peleándose interiormente conmigo. Un poco más adelante discutiremos e intercambiaremos palabras y verbalizaremos nuestros pensamientos y sentimientos. Pero, por el momento, escuchemos con cierto sentido negativo, es decir, sin ninguna aserción positiva del acto de escuchar. Simplemente escuchar. Me estoy comunicando con ustedes: ustedes no se están comunicando conmigo. Les estoy diciendo algo, y para comprender lo que quiero

transmitir, tienen que escuchar, y en el propio acto de escuchar, podrán entrar en comunión con el que habla.

Desgraciadamente, la mayoría de nosotros somos incapaces de escuchar de forma negativa y en silencio, no sólo aquí, sino también en nuestra existencia cotidiana. Cuando salimos a dar un paseo, no escuchamos a los pájaros ni el susurro de los árboles ni el murmullo del río; no escuchamos las montañas, ni los cielos que están más allá. Para estar directamente en comunión con la naturaleza y con las personas, tienen que escuchar; y sólo pueden escuchar cuando están en silencio de una forma negativa, es decir, cuando escuchan sin esfuerzo, sin que haya ningún proceso mental, sin verbalizar, luchar ni discutir.

No sé si han tratado alguna vez de escuchar de manera completa a su esposa o a su marido, a sus hijos, el coche que pasa por su lado o la actividad de su propio pensamiento y de sus sentimientos. En esa forma de escuchar no hay acción alguna, no hay intención ni interpretación, y ese acto mismo de escuchar produce una enorme revolución en la raíz misma de la mente.

Pero la mayoría de nosotros estamos muy poco acostumbrados a escuchar. Si oímos cualquier cosa contraria a nuestra forma habitual de pensar, o si alguien desprecia uno de nuestros ideales favoritos, nos inquietamos sobremanera. Tenemos intereses creados en ciertas ideas y en ciertos ideales, al igual que los tenemos en propiedades y en nuestra experiencia y conocimiento, y cuando se pone en tela de juicio cualquier cosa de éstas, perdemos el equilibrio y oponemos resistencia a todo lo que nos dicen.

Pues bien, si realmente quieren escuchar esta mañana lo que vamos diciendo, escuchar con una percepción alerta, sin elección, verán que siguen de forma no verbal al que habla, es decir, sin análisis lingüístico y, por tanto, irán avanzando con el sentido, con el significado que está tras las palabras. Ello

no significa que se pongan a dormir, o que se encuentren en un estado beatífico de sentimentalismo satisfactorio. Al contrario, escuchar requiere mucha atención, no concentración, sino atención. Las dos cosas son muy distintas. Si escuchan con atención, ustedes y yo tal vez podamos adentrarnos en esas inmensas profundidades en las cuales puede producirse la creación. Eso es esencial, porque una mente que sea superficial, que esté ansiosa o incesantemente preocupada por muchos problemas, no puede comprender el temor, que es una de las cosas más fundamentales de la vida. Si no comprendemos el miedo, no puede haber amor, ni puede haber creación, la cual no es el acto de crear, sino ese estado de creación intemporal que no puede expresarse con palabras, cuadros ni libros.

Así pues, uno tiene que estar libre del miedo. El temor no es una abstracción, no es simplemente una palabra, aunque para muchos de nosotros la palabra ha llegado a ser más importante que el hecho mismo. No sé si han pensado alguna vez en liberarse del miedo de modo total y absoluto. Puede hacerse de forma tan completa que nunca haya una sombra de temor, porque la mente irá siempre por delante del acontecimiento, es decir, en vez de perseguir al temor y tratar de vencerlo después de que haya surgido, irá por delante y, por tanto, estará libre del temor.

Ahora bien, para comprender el miedo uno tiene que abordar la comparación. ¿Por qué comparamos? En lo tecnológico, la comparación revela progreso, lo cual es algo relativo. Hace cincuenta años no habia bombas atómicas, no existian los aviones supersónicos, pero ahora contamos con esas cosas; y pasados otros cincuenta años, tendremos otras que ahora no poseemos. A esto se le llama progreso, el cual es siempre comparativo, relativo, y nuestra mente está presa respecto a esa manera de pensar. No sólo en lo externo, sino también en lo interno, en la estructura psicológica de nues-

tro propio ser, cuando pensamos, lo hacemos siempre comparando. Y decimos: «Soy esto, he sido aquello y seré algo más en un futuro».

A este pensar comparativo lo llamamos progreso y evolución, y toda nuestra conducta, en lo moral, ético, religioso, así como en nuestras relaciones profesionales y sociales, se basa en eso. Nos observamos a nosotros mismos de forma comparativa, en relación con una sociedad que precisamente es en sí misma el resultado de esta lucha comparativa.

La comparación engendra miedo. Observen este hecho en ustedes mismos. Uno quiere ser mejor escritor o una persona más guapa e inteligente, quiere poseer más conocimientos que otros, quiere tener éxito, ser alguien, tener más fama por todo el mundo. El éxito y la fama son psicológicamente la esencia misma de la comparación, mediante la cual engendramos miedo constantemente. Y la comparación también provoca que surja el conflicto y la lucha, lo cual se considera altamente respetable. Dicen que tienen que ser competitivos para sobrevivir en este mundo, por lo que comparan y compiten en los negocios, en la familia y en los denominados temas religiosos. Deben llegar al cielo y sentarse junto a Jesús, o quien quiera que sea su salvador. Ese espíritu comparativo se refleja en el sacerdote que se hace arzobispo, cardenal y, por fin, papa. Con mucha frecuencia cultivamos ese mismo espíritu durante toda la vida, pugnando por ser mejores o por alcanzar una categoría mejor que otra persona. En eso se basa nuestra estructura social y moral.

Así pues, en nuestra vida existe este constante estado de comparación y competitividad, y la perpetua pugna por ser alguien o por no ser nadie, que es lo mismo. Esto, creo yo, es la raíz de todo temor, porque crea envidia, celos y odio. Donde hay odio es evidente que no hay amor, y que se engendra cada vez más miedo.

Como ya he dicho, les ruego que simplemente escuchen. No pregunten: «¿Cómo puedo no ser comparativo? ¿Qué voy a hacer para dejar de comparar?». No pueden hacer nada al respecto. Si lo hicieran, su motivo nacería también de la comparación. Lo único que pueden hacer es limitarse a ver el hecho de que eso tan complejo a lo que llamamos existencia, es una lucha comparativa y que, si actúan en consecuencia, si tratan de cambiarla, caen de nuevo presos del espíritu comparativo y competitivo. Lo importante es escuchar sin distorsión alguna; pero desde el momento en que quieran hacer algo habrá distorsión de lo que estén escuchando.

Ve uno, pues, las implicaciones y el significado de esta evaluación comparativa de la vida y la ilusión, de creer que la comparación otorga comprensión: comparar las obras de dos pintores o dos escritores, compararse uno mismo con otra persona que no es tan lista, que es menos eficiente, más guapa, etcétera. Pero ¿puede uno vivir en el mundo, tanto interior como exteriormente, sin comparar en ningún momento? Ya saben, el darse cuenta del estado de la mente que está siempre comparando, simplemente el reconocerlo como un hecho y permanecer con ese hecho, requiere mucha atención. Esa atención genera su propia disciplina, que es extremadamente flexible; no tiene modelos, no es compulsiva, no es el acto de someter algo a control, subyugar ni negar, con la esperanza de comprender mejor todo lo relativo al temor.

Esta actitud frente a la vida, que se basa en la comparación, es un factor muy importante en el deterioro de la mente, ¿no es así? El deterioro de la mente implica embotamiento, insensibilidad, decadencia y, por tanto, una completa falta de inteligencia. El cuerpo va deteriorándose lentamente porque vamos envejeciendo, pero la mente también se desgasta, y las causas de ese deterioro son la comparación, el conflicto y el esfuerzo competitivo. Es como un motor que funciona

con gran fricción: no puede funcionar debidamente y se deteriora con rapidez cada vez que se pone en marcha.

Como hemos visto, la comparación, el conflicto y la competitividad no sólo crean más conflicto, sino también miedo, y donde hay miedo hay oscuridad, no hay afecto ni comprensión ni amor.

Pero ¿qué es el miedo? ¿Se han enfrentado alguna vez de verdad, cara a cara, con el temor, o sólo con la idea del temor? Hay diferencias entre ambos, ¿no? El hecho real del miedo y la idea de él son dos cosas enteramente distintas. La mayoría de nosotros nos encontramos presos de la idea del miedo, de una opinión, de un juicio, o de una valoración del miedo, y nunca estamos en contacto con el hecho real del miedo en sí. Creo que esto es algo que tenemos que comprender con mayor amplitud y profundidad.

Uno tiene miedo, por ejemplo, de las serpientes. Un día vio una y le causó mucho miedo. Aquella experiencia se le ha grabado en la mente en forma de recuerdo. Cuando uno sale de paseo una tarde, ese recuerdo entra en acción y de inmediato siente miedo de encontrarse con una serpiente; así pues, la idea del miedo es mucho más vital y más potente que el propio hecho, y esto ¿qué significa? Que nunca estamos en contacto con el temor, sino sólo con la idea del temor. Simplemente observen este hecho en ustedes mismos; no pueden eliminar artificialmente la idea. Pueden decir: «Bueno, trataré de afrontar el miedo sin la idea», pero no pueden. Mientras que si realmente ven que la memoria y la ideación les están impidiendo estar en comunión directa con el hecho (con el hecho del miedo, con el hecho de los celos y con el hecho de la muerte), podrán observar que entre el hecho y ustedes hay una relación completamente distinta.

Para la mayoría de nosotros, la idea es mucho más importante que la acción, nunca actuamos de manera completa,

siempre estamos limitando la acción con una idea, ajustando o interpretando la acción con arreglo a una fórmula o un concepto, y, por tanto, no hay acción en absoluto, o mejor dicho, la acción es tan incompleta que crea problemas; pero una vez que comprendan este hecho extraordinario, la acción será algo sumamente vital porque ha dejado de aproximarse a una idea.

El miedo no es una abstracción, siempre existe en relación a algo. Temo a la muerte, temo a la opinión pública, temo no ser popular, no ser conocido, no conseguir nada, etcétera. La palabra "miedo" no es el hecho real, es sólo un símbolo que representa el hecho, y para muchos de nosotros, el símbolo es más importante que el hecho, en lo religioso y en todo lo demás. Pero ¿puede la mente librarse de la palabra, del símbolo y de la idea, y observar el hecho sin interpretación alguna, sin decir: «Tengo que mirar el hecho», sin ninguna idea sobre ese hecho? Si la mente mira el hecho con una opinión acerca de él, está tratando tan sólo con ideas, ¿no? Así pues, esto es algo cuya comprensión es muy importante: cuando miro un hecho a través de una idea no hay comunión con el hecho. Si quiero estar en comunión con él, la idea tiene que desaparecer por completo. Ahora, sigamos adelante partiendo de esto y veamos adónde nos conduce.

Existe el hecho de que temen la muerte, temen lo que alguien diga y temen muchas otras cosas. Cuando dejan de mirar ese hecho a través de una idea, de una conclusión, de un concepto o de un recuerdo, ¿qué es lo que sucede realmente? Ante todo, no hay división entre el observador y lo observado, no hay ningún "yo" separado de ese algo observado; se ha eliminado la causa de la separación y, por tanto, están directamente en relación con la sensación a la que llaman miedo. Entonces, el "yo", con sus opiniones, ideas, juicios, valoraciones, conceptos, recuerdos... todo eso está ausente, y sólo existe lo observado.

Lo que estamos encarando es arduo, no se trata de simplemente pasar aquí el rato esta mañana. Creo que cuando salgan de esta carpa podrán estar completamente libres de temor, y entonces uno es un ser humano.

Se encaran, pues, con el hecho: la sensación o aprensión a la que llaman miedo y que ha sido creada por una idea. Temen a la muerte; tomo esto como ejemplo. De ordinario, para ustedes la muerte es tan sólo una idea y no un hecho. El hecho surge sólo cuando uno mismo está muriendo. Saben de otras personas moribundas, y la comprensión de que ustedes también van a morir se convierte en una idea que engendra temor. Miran el hecho a través de la idea, y eso les impide estar en contacto directo con el hecho. Hay un intervalo entre el observador y lo observado. En ese intervalo es cuando surge el pensamiento, que es la ideación, la verbalización y el recuerdo, el cual opone resistencia al hecho. Sin embargo, cuando no existe ese vacío, es decir, cuando no hay pensamiento, el cual es tiempo, están plenamente enfrentados al hecho, y entonces este último actúa sobre ustedes, no ustedes sobre el hecho.

Espero que estén captando todo esto. ¿Es demasiado para esta mañana tan calurosa?

Como ven, considero que vivir con un temor de cualquier tipo, si se me permite hablar así, es algo horrible. Es horrible vivir con el miedo, ya que éste engendra odio, falsea su pensamiento y distorsiona toda su vida. Es, pues, absolutamente necesario que el hombre religioso esté libre de todo temor, en lo exterior y en lo interior. No me refiero a la reacción espontánea del cuerpo físico en defensa propia, lo cual es natural. Es normal saltar a un lado cuando de repente ven una serpiente, eso no es más que el instinto físico de autodefensa; sería anormal no manifestar tal reacción. Pero el deseo de sentirse seguros interiormente, en lo psicológico, en

cualquier faceta de nuestro ser, crea miedo. Uno ve a su alrededor los efectos del miedo y se da cuenta de lo esencial que es que la mente no cree temor en ningún momento.

Si han escuchado con atención lo que hemos dicho esta mañana, habrán visto que el miedo nunca está en el presente, sino siempre en el futuro; lo evoca el pensamiento, por pensar en lo que puede pasar mañana o en el próximo minuto. En consecuencia, el miedo, el pensamiento y el tiempo van juntos; y si uno quiere comprender y trascender el miedo, tiene que comprender el pensamiento y también el tiempo. Debe cesar todo pensamiento comparativo, toda sensación de esfuerzo, en el cual están implicados la competitividad, la ambición, el culto al éxito y la pugna por ser alguien, todo ello tiene que terminarse; y cuando se haya comprendido todo ese proceso, no habrá conflicto alguno, ¿a qué no? Así, la mente ya no se encuentra en estado de deterioro, porque es capaz de afrontar el temor y deja de ser el campo de cultivo de éste. De manera que este estado de liberación del temor es absolutamente necesario si uno quiere comprender qué es la creación.

Para la mayoría de nosotros, la vida es una rutina fastidiosa y no hay nada nuevo en ella. Cualquier cosa nueva que surja la convertimos inmediatamente en una rutina. Alguien pinta un cuadro y, durante un segundo, es algo nuevo, pero luego todo ha pasado. Placer, dolor y esfuerzo, todo se convierte en algo rutinario, en un aburrimiento o en una perpetua pugna faltos de sentido. Siempre estamos buscando algo nuevo: lo nuevo en los cuadros y lo nuevo en la pintura. Queremos sentir, expresar algo nuevo, algo que no se interprete de modo inmediato como lo conocido. Esperamos hallar alguna treta o una técnica ingeniosa por medio de la cual poder expresarnos y sentirnos satisfechos. Pero eso también se convierte en una gran molestia, en algo desagradable y digno de des-

precio. Con lo cual, siempre estamos en un estado de reconocimiento, cualquier cosa nueva queda inmediatamente reconocida y, con ello, absorbida por lo conocido. El proceso de reconocimiento es, para la mayoría de nosotros, extremadamente importante, porque el pensamiento está siempre funcionando dentro de lo conocido.

En el momento en que reconocen algo, deja de ser nuevo. ¿Comprenden? Nuestra educación, nuestra experiencia, nuestro vivir diario, todo ello es un proceso de reconocimiento, de constante repetición y da continuidad a nuestra existencia. Como están nuestras mentes cautivas en ese proceso, preguntamos si existe algo nuevo; queremos descubrir si hay Dios o no. Con lo conocido tratamos de hallar lo desconocido. Lo conocido es lo que causa el miedo a lo desconocido, por lo que decimos: «Tengo que encontrar lo desconocido, tengo que reconocerlo y llevarlo al terreno de lo conocido». Eso es lo que buscamos con la pintura, con la música y con todo: lo nuevo, que siempre se interpreta en función de lo conocido.

Sin embargo, ese proceso de reconocimiento e interpretación, de acción y realización, no es creación; ustedes no pueden expresar lo desconocido, lo que pueden expresar es una interpretación o un reconocimiento de lo que denominan lo desconocido. En consecuencia, tienen que descubrir ustedes mismos qué es creación, porque si no, su vida se convertirá en una mera rutina, en la que no hay cambio ni mutación, y de la cual aborrecen muy rápido. La creación es el movimiento mismo de la propia creación; no es la interpretación de dicho movimiento en un lienzo, en la música, en los libros o en cualquier relación humana.

Después de todo, la mente posee en su interior millones de años de recuerdos y de instintos, y el impulso de trascender todo eso sigue formando parte de ella. De ese contexto, de lo viejo y conocido, surge el deseo de reconocer lo nuevo, pero

lo nuevo es algo enteramente distinto, es amor, y no se puede comprender con una mente que sea presa del proceso de lo conocido y que trata de reconocer lo nuevo.

Ésta es una de las cosas más difíciles de comunicar, pero yo desearía comunicarla, si puedo, porque si la mente no se halla en ese estado de creación, siempre se encontrará en un proceso de deterioro. Ese estado es intemporal y eterno, no es comparativo, no es utilitario, ni tiene valor alguno con respecto a la acción; no pueden usarlo para pintar cuadros horrendos, ni para escribir su maravillosa poesía shakesperiana, y sin dicho estado no hay amor en absoluto. El amor que conocemos es el de los celos, está aislado por el odio, la ansiedad, la desesperación, la desdicha y el conflicto; pero nada de eso es amor. El amor es algo perpetuamente nuevo e irreconocible; nunca es el mismo, y por ello es el estado más elevado de incertidumbre. Y sólo en tal estado de amor puede comprender la mente eso tan extraordinario llamado creación, que es Dios, o cualquier otro nombre que deseen darle. Sólo la mente que ha comprendido las limitaciones de lo conocido, y que, por tanto, esté libre de él, podrá hallarse en ese estado de creación en que no hay ningún factor de deterioro.

¿Quieren plantear alguna pregunta respecto a lo que hemos estado hablando esta mañana?

PREGUNTA: ¿La causa del miedo es la sensación de tener una voluntad individual?

KRISHNAMURTI: Probablemente lo es, pero ¿qué quiere decir con esa palabra, "individual"? ¿Es usted un individuo? Tiene un cuerpo, un nombre y una cuenta bancaria, pero si está atado, impedido o limitado internamente, ¿es un individuo? Al igual que todos los demás, está condicionado, ¿no es así? Y dentro del área limitada de su condicionamiento, a lo cual lla-

ma individuo, surge todo: su desdicha, su desesperación, sus celos y sus miedos. Con eso tan limitado y fragmentario, con su alma individual, su voluntad individual, y toda esa pequeña sustancia confusa, siente gran satisfacción y quiere descubrir a Dios, la verdad y el amor, pero no puede. Lo único que puede hacer es darse cuenta de su estado fragmentario y sus esfuerzos y ver que el fragmento nunca puede ser el todo. Haga lo que haga, el radio nunca puede ser la rueda. Así pues, uno tiene que investigar y comprender esta existencia separada, cerrada, limitada: el llamado individuo.

Lo importante en todo esto no es su opinión ni la mía, sino descubrir qué es verdadero, y para descubrir lo verdadero, la mente tiene que estar sin temor, despojada de temor hasta tal punto que sea del todo inocente. Sólo partiendo de esa inocencia hay creación.

21 de julio de 1964

CAPÍTULO VI

Me parece muy importante descubrir uno mismo lo que se está buscando. La palabra "buscar" tiene una enorme relevancia, ¿no es así? Prescindiendo del significado del diccionario, el acto de buscar implica que uno avanza desde la periferia hacia el centro. Y ese buscar, ese investigar, depende del propio temperamento, de la presión y la tensión del ambiente, de las calamidades de la experiencia, de las penalidades de la vida, de los innumerables afanes de nuestra existencia. Todos estos factores lo fuerzan a uno a buscar. Si no hubiera presión, reto, calamidades y desdicha, me pregunto cuántos de nosotros buscaríamos algo.

Investigar significa andar buscando algo con la esperanza de encontrarlo. Esta mañana he buscado la palabra en el diccionario. Viene de una palabra latina cuyo significado es "ir a buscar, pedir, preguntar, inquirir, explorar". Me pregunto para qué estamos explorando, qué es lo que buscamos. ¿Podremos descubrirlo algún día? ¿O es algo vago, fugaz, en constante cambio según las circunstancias, según el propio temperamento, los placeres y dolores peculiares de cada uno?

Hablamos incesantemente de buscar e investigar. Pero ¿qué implican estas palabras? Implican que desde lo exterior ustedes se trasladan gradualmente al centro, con arreglo a sus particularidades, idiosincrasia, gustos y presión del ambiente. Es como ir de tienda en tienda probándose varios trajes hasta que les viene bien algo que les gusta y se lo quedan. Cuando dicen que están buscando, lo que en realidad quieren

decir es que están experimentando diferentes ideas, conceptos y fórmulas, pasando de una religión a otra, de un maestro a otro, hasta que con el tiempo, hallan algo que les gusta, algo que se ajusta a su particular temperamento o idiosincrasia. Si no les gusta lo que hallan en Occidente, pasan a Oriente, con su antigua y compleja filosofía en la que hay innumerables maestros y *gurús* donde elegir; y ahí se quedan estancados, en un remanso de pensamientos, imaginando que es la realidad perenne. Y si no hacen eso, se convierten en un católico aún más ardiente, o se suman a los existencialistas. ¡Dios mío! ¡Hay tantas cosas de ésas en el mundo! Para mí no hay ni Occidente ni Oriente; la mente humana no es occidental ni oriental. Sea cual sea su origen, todas las teologías son inmaduras, como lo son todas las filosofías. Son invenciones del ser humano, que al estar preso en una cárcel que él mismo ha construido, cree en algo, y en torno a esa fe, crea una teología o proyecta alguna filosofía extraordinaria; y cuanto más listo sea el filósofo o el teólogo, más aceptable resulta para el público, para el lector o para el seguidor.

¿Es eso lo que todos estamos haciendo? Vienen aquí y pasan dos o tres semanas escuchando lo que decimos. Si les parece que no es muy satisfactorio, que no se les da lo que quieren, acuden a algún otro instructor o adoptan otra filosofía de la que obtienen más satisfacción. Así que, si no quedan estancados de modo permanente en un remanso de pensamientos, seguirán adelante, hasta que otro año tal vez vuelvan aquí y, entonces, empiecen de nuevo.

Creo, pues, que deberíamos comprender este fenómeno tan extraordinario, ya sea en Occidente o en Oriente, de pasar de una cosa a otra con el fin de buscar, preguntar, pedir, reclamar y tantear de modo incesante. Es decir, creo que deberíamos ver nosotros mismos, y con mucha claridad, qué es lo que estamos buscando y por qué; y si hay siquiera necesidad

alguna de buscar. Seguramente, toda búsqueda implica un movimiento de la periferia al centro, de la circunstancia a la causa, de los confines al origen mismo de la existencia, es decir, pasamos de lo externo a lo interno, esperando encontrar algo real, profundo, vital, algo con un significado extraordinario. En el curso de dicho proceso, nos esforzamos por practicar distintos métodos y sistemas, nos torturamos con varias formas de disciplina, de modo que al final de nuestras vidas, estamos magullados, con la mente casi traumatizada.

Me temo que a la mayoría de nosotros nos ocurre esto, entramos desde la periferia al centro, porque queremos descubrir el modo de ser felices, qué es la verdad, si existe Dios, algo que sea perpetuo, y por ello estamos siempre luchando, adaptándonos, imitando, siguiendo, brutalizándonos las mentes y los corazones con la disciplina, hasta que no quede nada de nosotros que sea original, verdadero, real. Así es nuestra vida, y cuanto mayor sea la presión, el dolor y la furia de la vida en lo periférico, más querremos avanzar hacia el centro.

Ahora bien, ¿hay una llegada inmediata al centro –sin esta lucha interminable por llegar a él– y un florecimiento desde el centro? ¿Comprenden la pregunta? Durante millones de años nos hemos esforzado por pasar de lo exterior a lo interior a fin de descubrir qué es real, y acabamos de ver lo que está implicado en este proceso. Uno se dice, pues: «¡Qué absurdo es todo esto! ¿Por qué he de torturarme? ¿Por qué he de copiar, imitar, seguir a alguien? ¿No hay una posibilidad de descubrir o estar en el centro mismo y florecer desde ahí, en vez de al revés?». Porque, al menos para uno, el hacerlo al revés carece de sentido, vamos, no tiene ningún sentido, y por tanto lo rechaza por completo. Uno no quiere atormentarse, ni seguir a nadie. No quiere leer ni un solo libro de filosofía, ni aguzar la mente con sutiles argumentos. La mente de uno ya está

bastante aguzada tal como está, por la ambición, la ansiedad, la desesperación y por todas las brutalidades de la vida, y no quiere practicar otro método o sistema ni seguir a otro *gurú*, maestro o salvador: no quiere hacer nada de eso.

Que conste que estoy pensando en voz alta, no sólo para mí mismo, sino para aclarar ciertas cosas y con el fin de que ustedes y yo podamos estar en comunión el uno con el otro con respecto a lo que es real, y no luchar continuamente mediante la reacción para pasar de lo externo a lo interno. Estoy expresando con palabras lo que pueden sentir en raras ocasiones, cuando están hartos de todo, de sus iglesias, sus políticos, sus bancos y la mezquindad de sus relaciones familiares, del aburrimiento de la oficina, de todas las tonterías de la vida, las cuales son un insulto a la dignidad humana. Después de haber pasado veinte años o más yendo a la oficina día tras día o haciendo la comida y pariendo hijos, uno tras otro; después de haber experimentado tanto el placer como el aburrimiento, la mezquindad y la desesperación de todo ello, tienen que haberse preguntado alguna vez si hay una posibilidad de llegar de repente, de modo inesperado, a la fuente original, a la esencia misma de las cosas e ir viviendo, desenvolviéndose y floreciendo para que nunca tengan que leer un solo libro, ni estudiar ninguna filosofía, ni adoptar ninguna imagen ni salvador, porque, lo miren como lo miren, ahí estará ese centro del que parten toda acción, todo amor y todas las cosas.

Lo que es evidente es que, con nuestra codicia, nuestros celos, nuestro afán de poseer, nuestro temor, nuestro sentimentalismo, nuestros fugaces placeres y con nuestro ronroneo de satisfacción, somos animales, animales altamente evolucionados. Si contemplan un animal, verán que tiene los mismos conflictos que ustedes. Los simios son celosos y tienen sus dificultades matrimoniales; se unen en grupos, pri-

mero la familia, luego la tribu, y todo eso, lo mismo que nosotros; y alguien decía el otro día que estos monos podrían sentarse en las Naciones Unidas, exactamente igual que cualquier humano. Es un hecho evidente que nuestro carácter, nuestra devoción, nuestro valor, el miedo, las guerras, nuestra llamada paz social y nuestras luchas, todo parte de este pasado animal. No tienen que discutir de esto conmigo. Los biólogos y los antropólogos dicen que es así, si prefieren lo que dicen los expertos.

Ahora bien, ¿es posible estar libre de todo eso, no con el tiempo ni gradualmente, sino cortar por lo sano y así tener una moralidad, una ética y una noción de la belleza totalmente distinta, algo bien diferente del pasado animal? Es evidente que para vivir juntos en el mundo, necesitamos una moralidad en la conducta social, pero actualmente nuestra moralidad diaria sigue siendo la del animal, y no queremos reconocerlo. Nos gusta creer que, porque somos un poco más capaces, eficientes e inventivos que los monos, somos también más humanos, pero también los monos utilizan instrumentos para agarrar objetos e inventan cosas a medida que avanzan, de modo que hay muy poca diferencia entre ellos y nosotros.

Así pues, existe esta extraordinaria actividad de los animales y la igualmente extraordinaria actividad de la mente humana, que quiere sentirse segura, no sólo en el plano físico, sino también interiormente, lo cual sigue siendo resultado del instinto animal. Y existe, al mismo tiempo, el deseo de encontrar algo real, original, un estado sin contaminación, inocente. Pero ¿es posible alcanzar ese estado de manera súbita, de modo que no sea cultivado ni buscado? Sabiendo que la belleza no puede cultivarse, al igual que ocurre con el amor, tienen que alcanzarla de repente, como lo harían con una vista que jamás han contemplado. De súbito ahí está, frente a ustedes, rica, plena, vital, y forman parte de ella; y entonces,

viven, actúan, son. Sin esforzarse, sin disciplinar, controlar, forzar lo externo, sin imitar, ni todo eso, de súbito, llegan a la fuente natural de la vida, al manantial de la existencia. Y, una vez que la mente ha bebido de esa fuente, habrá vivido y vive de ella para siempre. ¿Es posible algo así?

¿Comprenden la pregunta? Esto no es algo sentimental ni místico, no es algo que deba entusiasmarles o inspirarles, ni es nada que sientan intuitivamente. No es nada de eso. Mientras llevemos una vida animal, con nuestras envidias, celos y desesperanzas, nada de ello es posible, la faceta animal y humana resultan incompatibles. ¿Es posible cortar por lo sano con todo el pasado animal y empezar de nuevo?

Les mostraré cuán importante y cuán necesario es que esto se pueda conseguir. Si admiten el tiempo: ayer, hoy y mañana, quedarán inevitablemente cautivos del proceso de degeneración, porque siempre estarán mirando el mañana y siempre habrá un ayer que condicione el presente. Y así, la mente, que es el resultado del paso de los siglos, tiene que olvidar el tiempo. De lo contrario, queda presa en sus redes, en el esfuerzo por lograr un propósito, ser algo o alcanzar una meta; pasa por todo eso que sólo conduce a la pena, a la desdicha o a la decadencia. ¿Qué ha de hacer uno, pues?

Uno quiere descubrir de modo inmediato qué es la verdad, y no esperar unos pocos segundos ni hasta pasado mañana; quiere "experimentarla", está demasiado impaciente como para esperar. No le sirve el tiempo ni la idea de alcanzar un propósito en el término de la vida o después de diez mil vidas. Para uno, eso es totalmente infantil e inmaduro. Todo eso es una invención de la mente sumida en la pereza, en la confusión y en la desesperación. Uno quiere estar tan despierto que, cuando abra los ojos, el corazón y la mente, esté ahí la verdad; y, partiendo de ahí, desenvolverse, actuar, vivir, disfrutar de la belleza de la Tierra.

Ahora vamos a hablar de algo que no puede copiarse ni imitarse de ningún modo. Voy a explorar, y espero que ustedes exploren conmigo, pero, si se limitan a seguirme, están perdidos.

Por muy distintas que sean los tipos de temperamento, todo movimiento de la periferia al centro es un movimiento positivo, una búsqueda deliberada, una reacción motivada por el deseo de hallar y, por tanto, implica disciplina, imitación, seguimiento, obediencia y la práctica de un sistema. Todo ello es un proceso positivo, o al menos eso es lo que ustedes llaman positivo.

Deben comprender esto, no se peleen conmigo interiormente. Verán lo verdadero que es a medida que vayamos avanzando. No les estoy hipnotizando, ni tratando de imponerles nada, ni estoy haciendo ninguna clase de propaganda. Eso sería ridículo.

Así pues, uno percibe ese movimiento positivo y ve toda su importancia, la ve inmediatamente, y no de una manera casual, distraída, ni con la idea de «mañana me lo pensaré». No hay pensamiento del mañana, no existe la idea de "entretanto". Uno lo ve de modo inmediato y, por tanto, cesa por completo el movimiento positivo. Uno no ha hecho nada, no ha habido ningún acto de voluntad, ningún motivo, ninguna búsqueda deliberada para llegar a un resultado. Uno ve lo inmaduro de este movimiento positivo, con sus sacerdotes; ve la completa inutilidad de todo eso. Sacerdotes, iglesias, teologías, los inventores de ideas, todo esto se desvanece porque uno percibe la verdad de que dicho movimiento positivo de la periferia al centro nunca puede llegar al centro. Se trata del movimiento de lo exterior que trata de entrar y, por tanto, sigue siendo lo exterior. Uno ve ese hecho con agudeza, con una extraordinaria claridad, y entonces empieza a comprender la belleza del movimiento negativo, ese movimiento negativo

de la mente que no es lo opuesto a lo positivo, sino que aparece cuando la mente ha captado el significado de todo movimiento positivo. Así pues, la mente deja de ser presa del movimiento positivo y, por ello, se encuentra en un estado de negación. Es decir, habiendo visto, no de modo fragmentario sino completo, la trascendencia de ese movimiento positivo, la mente deja de estar en movimiento, de actuar, ni de hacer nada; está, pues, en un estado que puede llamarse negativo. ¿Comprenden? Voy a explicarlo de otra manera.

Personalmente, uno nunca lee libros de esas cosas; no quiere, no le interesa, porque ve en sí mismo a la humanidad entera, no de forma mística, metafórica o simbólica, sino real. Uno es ustedes y el mundo. En uno está todo el tesoro del mundo y, para descubrirlo, tiene que comprenderse e ir más allá de sí mismo. Si no se comprende, no tiene razón de ser, no tiene esencia, no es más que una entidad confusa. Y cuanto más busca, estudia y sigue, más confuso está; depende de un maestro, de su temperamento, de los deseos, y por tanto la confusión crece.

Uno ve, pues, lo importante que es comprenderse a sí mismo de una manera total, sin esfuerzo, es decir, sin convertir en un problema la comprensión de sí mismo. Para comprenderse a sí mismo, uno debe poseer una mente que no haga ningún movimiento positivo a fin de corregir o no corregir lo que ve. Como dije el otro día, tanto la mente consciente como la inconsciente son triviales, y uno tiene que comprender esa trivialidad; ha de comprenderla inmediatamente, para que el inconsciente no le juegue una mala pasada, no proyecte visiones, imágenes, secretos ni deseos, cuando no le presta una atención total, lo cual se convierte a su vez en otro problema.

¿Entienden todo esto?

Uno ve que, para comprenderse por completo, hace falta una mente que no esté influida, una mente sin motivo ni mo-

vimiento, vacía por completo de cualquier acción positiva. Y cuando puede mirarse con esa claridad mental, ese mirar mismo disuelve lo trivial, que es el "yo".

Que conste que no estoy inventando una filosofía; y, por el amor de Dios, no interpreten esto como algo peculiar de Oriente y todos esos disparates. No es una idiosincrasia del que habla, que casualmente ha nacido en un país donde el Sol calienta mucho y tuesta la piel. A causa de ese calor y de la indolencia que suscita, y también por la pobreza, están los que siguiendo un camino interior escriben filosofía, inventan religiones, dioses, etcétera. Dejen eso para ellos, no estoy hablando de eso. Estoy hablando de algo que no es de Oriente ni de Occidente, que no es personal ni impersonal: es lo verdadero. Uno ha llegado de modo súbito a un estado en que la mente ya no se mueve por el deseo de quedar satisfecha, ya no exige experiencia, ni la busca. Uno tiene que dar con ello –ya que no hay nadie que pueda enseñárselo–, y eso requiere energía. Con la palabra "energía" me refiero al enfoque de toda nuestra atención, sin ningún sentido de distracción. En realidad, no existe la distracción, sólo existe la inatención. ¿No? Me alegro de que alguien no esté conforme.

¿Existe eso que llamamos distracción? Al caminar o al avanzar, uno mira. La mente va de acá para allá, a distintos puntos, y si se mueve, si se sale del camino principal, del propio centro, uno lo llama distracción; pero cuando no hay un centro, ni un camino directo, no hay distracción.

Es muy importante comprender esto. Si comprenden esto con toda claridad, verán que desaparece por completo todo esfuerzo por concentrarse, con todo el conflicto que ello crea; y entonces no hay distracción. Mirar al cielo, ver el rostro de un niño hermoso, oír el murmullo de un riachuelo y el terrible ruido de un avión que pasa por encima, observar a la gente, a los políticos, a los sacerdotes, escuchar su propia men-

te y su propio corazón, percibir sus propias exigencias y su desesperación: no hay distracción respecto a ninguna de estas cosas, desde el mirar al cielo hasta el mirarse a ustedes mismos. Todo ello forma parte de un todo, y éste sólo se puede ver cuando hay atención absoluta; y la atención absoluta es imposible cuando claudican ante la distracción. ¡Ojalá lo vean claro!

Cuando hay atención absoluta, nunca consideran nada como distracción. Sexo, celos, ansiedad, miedo, amor, pasión, nada de lo que observan es distracción, todo está dentro de la llama de la atención, y, por tanto, no hay nada fragmentario. Los políticos, los sacerdotes, los rituales, todos ellos forman parte de la totalidad. En el movimiento positivo de la mente hay distracción y fragmentación, pero cuando la mente no está en movimiento y es, por tanto, negativa –si se me permite usar esa palabra–, no hay fragmentación en la vida. Entonces la nube del cielo, el polvo del camino, la flor al lado del camino y el susurro de su propio pensamiento, todo ello, forma parte de la totalidad. Sin embargo, esa totalidad sólo puede comprenderse cuando ha cesado por completo el movimiento positivo de la mente.

Ven, pues, por ustedes mismos, que para dar con ese centro, con esa fuente original de las cosas, que es lo supremo, tiene que terminar toda actividad de la mente, pero no torturándola con la disciplina, ni como hacen en ciertas sectas, planteando la cuestión de manera tan extraordinariamente difícil o fantástica, que la mente tenga que callarse asustada. Eso carece por completo de madurez. Desde el principio, tienen que ver la verdad de todo movimiento de su pensar y su sentir; y eso sólo lo pueden hacer cuando la mente es por completo "negativa", está en silencio, está en calma. Y eso puede hacerse inmediatamente; es como salirse del camino, el camino de la acción positiva que el ser humano ha seguido por inercia durante miles y

miles de años. Pueden, simplemente, salirse de ese camino sin ninguna expectativa, sin exigir ni buscar nada. Sólo lo pueden hacer cuando ven todo el movimiento de la especie humana, y no sólo el de una persona determinada, es decir, cuando vean en ustedes mismos el movimiento de la totalidad. Cuando perciban todo esto en un abrir y cerrar de ojos (y eso es lo único que tienen que hacer, nada más), sí que estarán caminando en libertad; y partiendo de esa libertad hay acción, la cual no deja la mente paralizada.

Les ruego que, si así lo desean, hagan preguntas sobre todo lo que hemos tratado. ¿O no hay nada que preguntar?

PREGUNTA: ¿Qué es la madurez?

KRISHNAMURTI: ¿Estamos hablando sobre la madurez? Muy bien. Señor, ¿qué es la madurez? ¿Tiene algo que ver la madurez con la edad? ¿Tiene algo que ver la madurez con la experiencia, con el conocimiento o con la capacidad? ¿Tiene algo que ver con la competitividad y con la acumulación de dinero? Si no es ninguna de estas cosas, entonces, ¿qué es la madurez? ¿Tiene algo que ver con el tiempo? No digan que «no» tan fácilmente. Si en realidad estuvieran libres del tiempo, si el tiempo no tuviera ninguna importancia para ustedes, ¿cuál sería el estado de su mente? No hablo del tiempo cronológico; es evidente que éste tiene importancia. Sin embargo, si el tiempo no significa nada para ustedes en sentido psicológico –tiempo para lograr algo, tiempo para triunfar, tiempo para vencer, para conquistar, para volverse inteligentes, tiempo para entender, para comparar–, ¿no serían entonces maduros? Así pues, sólo la mente inocente es madura, no la que haya acumulado conocimientos durante un millar de años. Se necesita el conocimiento y tiene importancia en ciertos aspectos, pero el conocimiento no contribuye

a que haya claridad ni inocencia. Sólo hay inocencia cuando todo el conflicto ha terminado. Cuando la mente deja de moverse siguiendo un propósito determinado porque se ha comprendido todo propósito, se encuentra en ese estado original que es inocencia, y a partir de ahí puede penetrar en la distancia inconmensurable donde puede estar lo supremo; y sólo una mente así es madura.

23 de julio de 1964

CAPÍTULO VII

Me gustaría continuar desde donde terminamos el otro día. Creo que es fundamental comprender todo lo relacionado con la acción; y uso esta palabra no en un sentido abstracto ni como una mera idea. Me refiero al hecho real de la acción, de hacer algo. Tanto si están cavando en un jardín como si van a la oficina, si miran un árbol, si siguen el movimiento de un río, o tan sólo van por un camino, sin pensamiento alguno, observando calladamente las cosas, hagan lo que hagan, forma parte de la acción, y en la mayoría de nosotros la acción crea conflicto. Nuestra acción, por mucho que la llamemos profunda o por muy superficial que sea, se vuelve repetitiva, cansada y aburrida; se convierte en mera actividad de poca importancia. Creo, pues, que es muy importante comprender qué es la acción.

Para hacer cualquier cosa: caminar, hablar, mirar, pensar, sentir, hace falta energía; y la energía se disipa cuando hay conflicto inherente a la expresión de esa energía. Como podemos observar, todas nuestras actividades, en cualquier aspecto, engendran alguna clase de conflicto, crean dentro de nosotros un sentido de esfuerzo, cierta resistencia y negación. Pero ¿es posible actuar sin conflicto, sin resistencia y aun sin esfuerzo? De esto es de lo que, si se me permite, quisiera hablar esta mañana.

Uno ve lo que está pasando en el mundo: los ordenadores, los cerebros electrónicos y diversas formas de automatización, conceden al ser humano cada vez más tiempo para

el ocio, y ese tiempo libre va a ser monopolizado por la religión organizada y por las diversiones organizadas. No sé si hay mucha diferencia entre ambas, pero por el momento, no las mezclemos. Cuando una persona cuenta con muchos ratos de ocio, posee más energía –mucha más energía–, y la sociedad le reclama que utilice esa energía, no de forma antisocial; para dominar el sentimiento antisocial, se sumergirá en la religión organizada o en todo tipo de diversiones, o bien se zambullirá en la literatura, en el arte o en la música, lo cual es otra forma de diversión. Como resultado de ello, el ser humano se volverá cada vez más superficial. Puede leer todos los libros del mundo y tratar de comprender las complejidades de la teología, de la filosofía y de la ciencia; puede familiarizarse con ciertos hechos y verdades de la literatura, pero seguirá siendo algo externo, lo mismo que lo son las diferentes formas de religión y de diversión. Las religiones organizadas afirman que buscan las cosas internas de la vida, pero reclaman creencia, dogma, rito y conformismo, como todos sabemos.

Ahora bien, si no estamos alerta a todas estas cosas inherentes a la civilización moderna, nuestras energías se verán consumidas por esas condiciones, y nuestra acción seguirá, pues, siendo muy superficial; y debido a esa superficialidad, seguirá habiendo conflicto dentro de nosotros, así como con otras personas y con la sociedad en general; seguirá habiendo conflicto en toda forma de esfuerzo humano –artístico, científico, matemático e industrial– y en la relación de uno mismo con su propia esposa o con el marido, los hijos o el prójimo, y el conflicto es un derroche de energía. Para que el conflicto deje de existir y con ello haya ahorro de energía, uno debe comprender qué es la acción; y sin esa comprensión, nuestra vida se volverá cada vez más superficial y seremos cada vez más vacuos internamente. Éste no es un punto

que haya de discutirse o del cual haya de dudarse, no se trata de mi opinión frente a la suya: son hechos reales.

Ante todo, ¿qué es, pues, la acción tal como la conocemos ahora? Toda nuestra acción tiene un motivo, sutil o evidente, ¿no es así? O vamos tras una recompensa, o actuamos por miedo, o tratamos de ganar algo. Nuestra acción siempre es una adaptación a un modelo, a una idea, o es una aproximación a algún ideal; el conformismo, la adaptación, la aproximación, la resistencia y la negación: eso es todo lo que conocemos de la acción, y ello implica una serie de conflictos.

Como decía el otro día, estar en comunión con algo con lo que no mantenemos una relación profunda siempre es bastante difícil. Quiero entrar en comunión con ustedes respecto a un estado de la mente que es la antítesis completa de ese conflicto al que llamamos acción. Hay una acción total, una acción sin conflicto, y quiero decirles algo sobre ella. No es que deban aceptar ni rechazar lo que digo, ni tampoco dejarse hipnotizar. Como saben, una de las cosas más difíciles de hacer es sentarse en una tarima y hablar mientras otros escuchan –si es que de verdad escuchan– y establecer una relación acertada entre el que escucha y el que habla. No están aquí para quedar hipnotizados por una serie de palabras, ni tampoco quiero influir en ustedes en ningún sentido. No estoy haciendo propaganda a favor de una idea, ni es mi propósito instruirles. Como ya he señalado muchas veces, no hay ni enseñante ni enseñados. Sólo hay un estado de aprender; y no es posible que ustedes y yo podamos aprender si están esperando a que les instruyan o a que les digan lo que hay que hacer. No nos referimos a opiniones, yo no las tengo. Lo que trato de hacer es simplemente exponer ciertos hechos, y ustedes mismos pueden observarlos o examinarlos, o no. Eso significa que ustedes y yo debemos establecer la relación acertada para que haya una comunión que no sea meramente intelec-

tual, sino la percepción total de un hecho que ambos estamos contemplando. No estamos en comunión unos con otros, sino que más bien lo estamos con el hecho, y, por tanto, éste se convierte en algo mucho más importante que ustedes y yo. Es el hecho y nuestra mutua percepción de éste lo único que puede crear el ambiente o la atmósfera acertados, y eso tiene que afectarnos. Estimo, pues, que es sumamente importante escuchar algo –ese riachuelo, o el murmullo de esos árboles, o los propios pensamientos y sentimientos– a la hora de considerar el hecho mismo y no una idea u opinión sobre él.

Todos sabemos que nuestra acción crea conflicto; tiene que crearlo inevitablemente toda acción que se base en una idea, un concepto, una fórmula, o que se acerque a un ideal; tiene que crearlo inevitablemente, eso es evidente. Si uno actúa según una fórmula, un modelo o un concepto, está siempre dividido entre el hecho de lo que es y lo que uno cree que debería hacer con relación a ese hecho; de modo que nunca hay una acción completa; siempre hay un acercamiento a una idea o a un ideal, y por eso el conflicto es inherente a toda acción tal como la conocemos, la cual es un desperdicio de energía y deteriora la mente. Les ruego que observen el estado y la actividad de su propia mente y verán como es verdad.

Pero uno se pregunta: ¿existe una acción sin idea y, por tanto, sin conflicto? O, para decirlo de un modo distinto: ¿acaso la acción siempre tiene que engendrar esfuerzo, lucha o conflicto? Por ejemplo, yo estoy hablando, lo cual es una forma de acción. Seguramente, en esa acción sólo hay conflicto si trato de afirmarme, de ser alguien o de convencerles. Es, pues, enormemente importante descubrir uno mismo si hay una posibilidad de vivir y hacer las cosas sin el más leve conflicto, es decir, si puede haber una acción en que la mente quede intacta, sin deterioro, sin ninguna forma de distorsión; pero tiene que haber distorsión si la mente se ve influida de alguna

manera, o si queda presa del conflicto, el cual es un derroche de energía. Es de verdadero interés para mí, y tiene que serlo también para ustedes, el descubrir la verdad de esta cuestión, porque lo que tratamos de hacer aquí es ver si es posible vivir sin penas, sin desesperación, sin miedo, sin ninguna forma de actividad que deteriore la mente. Si eso es posible, ¿qué le pasa entonces a una mente así? ¿Qué le ocurre a una mente que nunca ha sido influida por la sociedad, que no tiene miedo, codicia ni envidia, que no siente ambición, que no busca poder?

Para descubrirlo, tenemos que empezar por darnos cuenta del estado actual de nuestra mente, con todos sus conflictos, desdichas, frustraciones, perversiones, deterioro y desesperación. Tenemos que ser conscientes de nosotros mismos y, con ello, hacer acopio de energía; y el acopio mismo de esa energía es la acción que limpiará la mente de toda la basura que el ser humano ha acumulado a lo largo de los siglos.

No nos interesa, pues, la acción en sí misma; queremos descubrir si hay una acción que no engendre contradicción en ningún sentido. Como hemos visto, las ideas, los conceptos, las fórmulas, los modelos, los métodos, los dogmas y los ideales, son los que crean contradicción en la acción. Pero ¿es posible vivir sin ideas, sin un modelo, sin un ideal, sin un concepto o creencia? Por supuesto que es muy importante descubrir uno mismo la verdad de este asunto, porque uno puede ver perfectamente que el amor no es una idea ni un modelo ni un concepto. La mayoría de nosotros tenemos un concepto del amor, pero es evidente que ese concepto no es el amor. O amamos o no amamos.

¿Es posible vivir en este mundo e ir a la oficina, cocinar, lavar los platos, conducir un coche y hacer el resto de cosas de la vida que actualmente se han vuelto repetitivas y crean conflicto, es posible hacer todas estas cosas, vivir y actuar sin ninguna ideación y así librar la acción de toda contradicción?

Me pregunto si alguna vez han caminado por una calle concurrida o por un camino solitario, simplemente mirando las cosas sin pensamiento alguno. Existe un estado de observación sin la intromisión del pensamiento. Pese a que se den cuenta de todo lo que les rodea y puedan reconocer a las personas, la montaña, el árbol o el vehículo que se acerca, la mente no está procediendo según el patrón de pensamiento habitual. No sé si les ha ocurrido eso alguna vez. Prueben a hacerlo alguna vez, cuando vayan conduciendo o andando. Observen sin el pensamiento, observen sin la reacción que produce el pensamiento. Aunque reconozcan el color y la forma, aunque vean el arroyo, el coche, la cabra, el autobús, no hay reacción, sino tan sólo observación negativa; y ese estado mismo de la llamada observación negativa es acción. Una mente así puede utilizar el conocimiento para la realización de lo que tiene que hacer, pero está libre del pensamiento, en el sentido de que no funciona con la reacción. Con una mente así –una mente que está atenta sin reacción– pueden ir a la oficina y llevar a cabo cualquier cosa.

La mayoría de nosotros estamos pensando en nosotros mismos todo el día, y nos movemos dentro de la estructura de esa actividad egocéntrica. Toda actividad de esta naturaleza, la cual es reacción, lleva a diferentes formas de conflicto y deterioro. Pero ¿es posible no actuar dentro de esa estructura y, aun así, vivir en este mundo? No me refiero a que vivan apartados y solos, en la cueva de una montaña o algo parecido; pero ¿es posible vivir en este mundo y manifestarse como ser humano total, partiendo de ese estado de vacuidad, si es que no han malinterpretado el uso que hago de esta palabra? Tanto si pintan como si escriben poemas, van a una oficina o hablan, ¿pueden tener siempre en el interior un espacio vacío, y actuar a través de él? Porque cuando existe tal espacio, la acción no engendra contradicción.

Creo que es algo muy importante descubrir esto. Y tienen que descubrirlo ustedes mismos, porque no puede enseñarse ni explicarse. Para descubrirlo, antes tienen que comprender de qué modo engendra conflicto toda acción egocéntrica y, luego, preguntarse si la mente puede estar satisfecha con este tipo de acción. Quizá lo esté momentáneamente, pero, en cuanto perciben que en toda acción así es inevitable el conflicto, están tratando de descubrir si existe otra clase de acción, una acción que no lleve al conflicto; y entonces tienen que llegar al hecho de que efectivamente existe.

Surge, pues, la cuestión: ¿por qué estamos siempre buscando satisfacción? En todas nuestras relaciones y en cualquier cosa que hagamos, siempre está el deseo de quedar satisfechos, de quedar complacidos y de seguir con esa satisfacción. Lo que llamamos descontento sólo surge cuando las cosas no nos complacen, y tal descontento no hace sino engendrar otra serie de reacciones.

Pues bien, yo pienso que una persona que sea muy seria y vea todo esto –la forma en que los seres humanos han vivido durante miles de años en completa confusión y desdicha, nunca en una acción completa– tiene que descubrir por sí misma si es capaz de desenvolverse con una mente que no esté contaminada por la sociedad; y eso sólo lo puede averiguar cuando esté libre de la sociedad. Hablo de la liberación de la estructura psicológica de la sociedad, que es la codicia, la envidia, la ambición y el afán de engreimiento. Cuando se ha comprendido y desechado toda esa estructura psicológica, uno está libre de la sociedad; y puede seguir yendo a la oficina, comprando pantalones, etcétera, pero uno está libre de la estructura psicológica que tanto distorsiona la mente.

Llega uno, pues, a un punto en que descubre por sí mismo que la completa liberación de la estructura psicológica de la sociedad es inacción total; y esa inacción completa es ac-

ción total que no crea contradicción y, por tanto, tampoco deterioro.

Ya he dicho lo que quería decir esta mañana, y acaso podamos hablar de ello ahora, o bien pueden plantear algunas preguntas si quieren.

PREGUNTA: ¿Podemos ir al trabajo y trabajar sin ser competitivos?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿acaso no puede uno? ¿Pueden ir a la oficina y conservar su empleo sin competir? No me corresponde a mí decir si pueden o no, o si tienen que hacerlo, etcétera. Pero ya saben lo que hace la competitividad, cómo engendra antagonismo, miedo, una búsqueda implacable por satisfacer sus propias demandas, no sólo en su interior, sino exteriormente, en el mundo. Ven todo eso y se preguntan si es posible vivir en este mundo sin competir. Eso significa vivir sin comparar, significa hacer algo que de verdad nos gusta hacer, que nos interesa enormemente. O bien, si están atrapados en un empleo que no les gusta porque tienen responsabilidades, significa descubrir el modo de realizar esa tarea eficazmente, sin competir, y eso requiere mucha atención, ¿no? Tienen que prestar suma atención a todo pensamiento, a todo sentimiento en su interior, pues de lo contrario, sólo estarán imponiéndose la idea de que no deben competir, y entonces eso se convierte en otro problema. Pero pueden percibir todas las implicaciones de la competitividad; pueden ver la realidad de cómo crea conflicto y una lucha incesante; pueden percibir que inevitablemente la competitividad lleva al ser humano (aunque pueda haber mucho del llamado progreso y eficiencia competitiva) al antagonismo, a la falta de afecto. Si ven todo esto, entonces, partiendo de esa percepción, actuarán ya sea competitivamente o sin competitividad alguna.

COMENTARIO: No creo que la acción repetitiva sea necesariamente aburrida.

KRISHNAMURTI: Saben que se ha comprobado que una persona que trabaja en una fábrica haciendo una y otra vez lo mismo, no es muy productiva; y según he podido saber, en Estados Unidos están experimentando con dejar que los obreros de ciertas fábricas aprendan durante su trabajo. El resultado no es tan repetitivo, y por tanto, los trabajadores producen mucho más. Aunque les complazca mucho hacer algo, si siguen repitiendo esa acción incesantemente, se vuelve muy rutinaria y bastante cansada.

PREGUNTA: ¿Y qué me dice del artista?

KRISHNAMURTI: Si el artista se limita a repetir, seguramente ha dejado de serlo. Creo que confundimos las palabras "repetición" y "creación". ¿No es cierto? ¿Qué es creación?

COMENTARIO: Una persona que hace buenos zapatos es creativa.

KRISHNAMURTI: ¿Es creación fabricar buenos zapatos, procrear niños, escribir poemas, etcétera? Les ruego que no asientan ni disientan. Esperen un momento.

COMENTARIO: No sé yo cómo puede uno vivir en un espacio vacío.

KRISHNAMURTI: Señora, creo que no nos hemos entendido, lo siento. Es posible que ello se deba a las palabras que he escogido, que tal vez no sean lo bastante adecuadas, y probablemente no comprendan lo que quiero decir exactamen-

te con la palabra "vacío", pero ahora estamos hablando de creación.

Miren, he oído decir que en cierta universidad enseñan lo que llamamos literatura y pintura creativas. ¿Puede enseñarse la creatividad? ¿Producirá un espíritu creativo la práctica continua de algo? Pueden aprender de un maestro la técnica para tocar el violín, pero es evidente que mediante la técnica no pueden adquirir el talento, mientras que, si uno tiene ese espíritu creativo, producirá la técnica, pero no al revés. La mayoría de nosotros creemos que adquiriendo la técnica encontraremos lo otro. Tomen un ejemplo muy sencillo (aunque todos los ejemplos son malos): ¿Qué es una vida sencilla? Decimos que una vida sencilla es tener muy pocas posesiones, comer muy poco y abstenernos de hacer esto o lo otro. En Asia, se considera que lleva una vida muy sencilla un hombre que lleva un taparrabos, que vive solo y no hace más que una comida al día, pero interiormente puede que esté sumido en la confusión, ardiendo en deseos, pasiones y ambiciones. La vida simple de ese hombre no es un espectáculo exterior que puede ser reconocido por los demás y decir éstos: «¡Qué hombre tan sencillo!». Ése es en realidad el estado de la mayoría de los santos: exteriormente, son muy sencillos, pero en lo interno son ambiciosos, disciplinan la mente, se esfuerzan por ajustarse a cierto modelo, y todo eso. Pienso, pues, que la sencillez primero empieza desde dentro, y no desde fuera. Del mismo modo, la creación no puede darse por medio de la expresión. Uno tiene que estar en ese estado de creación y no buscar a través de la expresión. Estar en ese estado de creación es el descubrimiento de lo supremo. Y eso sólo puede ocurrir cuando no hay actividad del "yo" con un propósito marcado.

Volvamos a lo que dijo la señora sobre el vacío. La mayoría de nosotros, aunque estemos mutuamente relacionados

en lo exterior, vivimos en el aislamiento, y no es de ese aislamiento de lo que estoy hablando. El vacío es algo muy distinto del aislamiento. Tiene que haber vacío entre ustedes y yo para que no nos veamos; tiene que haber un espacio por el cual yo pueda oír lo que dicen y ustedes puedan oír lo que yo digo. Del mismo modo, tiene que haber espacio en la mente, es decir, ésta no debe hallarse tan llena de cosas como para que no quede nada de espacio. Sólo cuando hay espacio dentro de la mente (lo que significa que no está atiborrada de actividad egocéntrica), sólo entonces es posible saber qué es vivir. Pero vivir aislado no es posible.

PREGUNTA: ¿Podría hablar un poco más sobre la energía?

KRISHNAMURTI: Para llevar a cabo cualquier cosa, por pequeña que sea, hace falta energía, ¿no es así? Para levantarse y salir de esta carpa, para pensar, comer, conducir un coche, para una acción de cualquier tipo, se requiere energía. Y, en la mayoría de nosotros, cuando estamos haciendo algo, hay una forma de resistencia que disipa la energía, a menos que dé la casualidad de que lo que estamos realizando nos cause placer, y en tal caso no hay conflicto, no hay resistencia en la continuidad de la energía.

Como iba diciendo antes, uno necesita energía para estar completamente atento, y en esa energía no hay resistencia mientras no haya distracción, por ejemplo, cuando quieran concentrarse en algo, pero al mismo tiempo quieran mirar por la ventana, habrá resistencia y conflicto. Pues bien, el mirar por la ventana es exactamente tan importante como cualquier otra forma de mirar. Y una vez que vean que eso es así, no habrá distracción ni conflicto.

A fin de tener energía física, es evidente que deben tomar los alimentos apropiados, descansar lo suficiente, etcétera.

Eso es algo con lo que ustedes mismos pueden experimentar, no es necesario que hablemos de ello. También tenemos la energía psicológica, que se disipa de varias maneras. Para tener esa energía psicológica, la mente busca estímulos. El ir a la iglesia, presenciar un partido de fútbol, leer literatura, escuchar música, asistir a reuniones como ésta: todas estas cosas les estimulan; y si lo que quieren es que les estimulen, eso significa que psicológicamente son dependientes. Todas las formas de buscar estímulos implican depender de algo, ya sea una bebida, una droga, un orador o ir a la iglesia; y seguramente, el depender de los estímulos, de la forma que sea, no sólo embota la mente, sino que también contribuye a disipar la energía. Así que, para conservar la energía, tiene que desaparecer toda forma de dependencia, toda clase de estímulos; y para que desaparezca esa dependencia, uno tiene que darse cuenta de ésta. Tanto si uno depende del estímulo de su esposa o marido, como de un libro, del trabajo que hace en la oficina o de ir al cine, es decir, de cualquier estímulo que uno busque, ante todo, tiene que darse cuenta del estímulo. El limitarse a aceptar estímulos y vivir con ellos disipa la energía y deteriora la mente. Ahora bien, si uno percibe los estímulos y descubre todo su significado en su propia vida, podrá librarse de ellos. Por medio del conocimiento de uno mismo, lo cual no es condenación de sí mismo ni todo eso, sino simplemente darse cuenta de sí mismo sin elección, uno aprende acerca de todo lo relativo a la influencia, la dependencia y los estímulos; y ese movimiento mismo de aprender le da a uno la energía necesaria para liberarse de toda dependencia del estímulo.

26 de julio de 1964

CAPÍTULO VIII

Esta mañana, tal vez podríamos dejar aparte todos nuestros problemas: el dinero, las relaciones personales, la salud; y también la enorme cantidad de problemas graves que nos rodean, nacionales e internacionales, los de la guerra, el hambre, las sublevaciones, etcétera. No es que estemos eludiéndolos, pero si podemos, al menos esta mañana, dejarlos a un lado, quizá entonces seamos capaces de acometerlos de distinto modo, con una mente más fresca, con una percepción más aguda y, con ello, abordarlos de una manera nueva, con mayor vigor y claridad.

Considero que sólo el amor puede producir la revolución adecuada, y que toda otra clase de revolución, es decir, la basada en teorías económicas, en ideologías sociales, y así sucesivamente, sólo puede producir más desorden, más confusión y más desdicha. No podemos esperar resolver el problema esencial de la humanidad reformando y recomponiendo sus múltiples facetas. Sólo cuando hay un gran amor, podemos tener una perspectiva total y, por tanto, una acción total, en vez de esa actividad parcial y fragmentaria, que ahora llamamos revolución y que no conduce a ninguna parte.

Esta mañana me gustaría hablar sobre algo que incluye la totalidad de la vida, algo que no es fragmentario, sino una actitud total ante la existencia entera del ser humano; y para examinarlo con un mínimo de profundidad, creo que uno tiene que dejar de estar preso de teorías, creencias y dogmas. La mayoría de nosotros aramos sin cesar en el suelo de la mente,

pero parece que nunca sembramos; analizamos, discutimos, fragmentamos las cosas, sin embargo no comprendemos el movimiento total de la vida.

Pues bien, creo que hay tres cosas que tenemos que comprender de modo muy profundo si queremos comprender todo el movimiento de la vida: son el tiempo, el dolor y la muerte. Para comprender el tiempo, para abarcar el pleno significado del dolor y para convivir con la muerte, para todo eso, hace falta la claridad del amor. El amor no es una teoría ni un ideal. O aman o no aman. El amor no puede enseñarse. No se trata de ir a clases de cómo amar, ni existe un método con cuya práctica diaria puedan saber qué es el amor. Pero yo creo que uno llega al amor de forma natural, fácil y espontánea cuando realmente comprende el sentido del tiempo, la extraordinaria profundidad del dolor y la pureza que se manifiesta con la muerte. Así pues, quizás podamos considerar –en la realidad, no en teoría o de manera abstracta– la naturaleza del tiempo, la cualidad o estructura del dolor y eso tan extraordinario a lo que llamamos muerte. Estas tres cosas no están separadas. Si comprendemos el tiempo, comprenderemos qué es la muerte, también comprenderemos lo que es el dolor. Sin embargo, si consideramos el tiempo como algo que está separado del dolor y de la muerte, e intentamos afrontarlo separadamente, nuestro enfoque será fragmentario y, por tanto, nunca comprenderemos la extraordinaria belleza y vitalidad del amor.

Esta mañana vamos a abordar el tiempo, no como una abstracción, sino como algo real, el tiempo como duración y continuidad de la existencia. Está el tiempo cronológico, las horas y días que se extienden hasta millones de años; y el tiempo cronológico es el que ha producido la mente con que operamos; ésta es el resultado del tiempo como continuidad de la existencia, y se llama progreso al perfeccionamiento o refinamiento de la mente gracias a esa continuidad. El tiempo

es también la duración psicológica creada por el pensamiento como medio para lograr algo. Utilizamos el tiempo para progresar, para conseguir o ser algo, para obtener cierto resultado. El tiempo, para la mayoría de nosotros, es un peldaño hacia algo que es mucho más grande: hacia el desarrollo de ciertas facultades, hacia el perfeccionamiento de determinada técnica, hacia el logro de un fin, una meta, sea loable o no; y así, hemos llegado a pensar que el tiempo es necesario a la hora de comprender lo que es verdadero, lo que es Dios, lo que está más allá de todo el afán del ser humano.

La mayoría de nosotros consideramos el tiempo como el periodo de duración entre el momento presente y algún momento futuro en que habremos conseguido algo, y utilizamos ese tiempo para cultivar el carácter, para librarnos de cierto hábito, para desarrollar un músculo o un punto de vista. Durante dos mil años, la mente cristiana ha sido condicionada para creer en un salvador, en el infierno y en el cielo; en Oriente, se ha producido un condicionamiento mental similar a lo largo de un periodo mucho más dilatado. Creemos que el tiempo es necesario para todo lo que tenemos que hacer o comprender y, por tanto, se convierte en una carga, en una barrera contra la percepción afectiva; nos impide ver de manera inmediata la verdad de algo, porque creemos que hay que tomarse tiempo para ello. Decimos: «Mañana o dentro de un par de años comprenderé esto con extraordinaria claridad». Desde el momento en que admitimos el tiempo, estamos cultivando la indolencia, esa peculiar pereza que nos impide ver inmediatamente las cosas como son en realidad.

Creemos que necesitamos el tiempo para abrirnos paso a través del condicionamiento que la sociedad ha impuesto a la mente, con sus religiones organizadas, sus códigos morales, sus dogmas, su arrogancia y su espíritu competitivo. Pensamos con el tiempo, porque el pensamiento es del

tiempo; el pensamiento es la respuesta de la memoria, y ésta es toda la experiencia que se ha ido acumulando, que hemos heredado y adquirido por la raza, la comunidad, el grupo, la familia y el individuo. Estos conocimientos son el resultado del proceso aditivo de la mente y ha requerido tiempo acumularlos. Para la mayoría de nosotros, la mente es memoria, y siempre que hay un estímulo o una demanda, la memoria es la que responde. Es como la respuesta del cerebro electrónico, el cual funciona por asociación. Como el pensamiento es la reacción de la memoria, es, por naturaleza, producto del tiempo y su creador.

Que conste que lo que estoy diciendo no es una teoría, no es algo en lo que se deban poner a pensar. No tienen que pensar en ello, sino más bien verlo porque es así. No voy a entrar en el enredo de detalles al completo, puesto que ya he indicado cuáles son los hechos esenciales, y o lo ven o no lo ven. Si están siguiendo lo que vamos diciendo, no sólo de modo verbal, lingüístico o analítico, sino viendo que efectivamente es así, comprenderán cómo engaña el tiempo; y entonces, la cuestión es si el tiempo puede cesar, si podemos ver todo el proceso de nuestra propia actividad, ver su profundidad, su superficialidad, su belleza, su fealdad, no mañana sino inmediatamente, y esa misma percepción es la acción que destruye el tiempo.

Si no comprendemos el tiempo no podemos comprender el dolor, y no son cosas diferentes como tratamos de hacer creer; ir a la oficina, estar con la familia y tener hijos no son hechos separados o aislados, sino más bien al contrario, están íntimamente ligados; pero no podemos ver esa relación de extraordinaria intimidad si no existe la sensibilidad que conlleva el amor.

Para comprender el dolor, tenemos que comprender la naturaleza del tiempo y la estructura del pensamiento. El tiem-

po tiene que detenerse, pues, de lo contrario, simplemente estaremos repitiendo la información que hemos acumulado como lo haría un cerebro electrónico. Si no termina el tiempo, lo cual significa la terminación del pensamiento, habrá una mera repetición o adaptación, una continua modificación, y nunca habrá nada nuevo. Somos como cerebros electrónicos glorificados, tal vez un poco más independientes, pero, sin embargo, maquinales en la forma en que funcionamos.

Así, para comprender la naturaleza del dolor y acabar con él, uno ha de comprender el tiempo, y comprender el tiempo es comprender el pensamiento, ya que no están separados. Cuando comprendemos el tiempo, damos con el pensamiento, y la comprensión de este último es la terminación del primero, y por tanto la del dolor. Si eso está muy claro, podremos observar el dolor sin rendirle culto, no como hacen los cristianos. Todo lo que no comprendemos lo adoramos o lo destruimos, lo ponemos en una iglesia, en un templo o en un rincón oscuro de la mente, y le tenemos un respeto reverencial; o reaccionamos en su contra y nos deshacemos de él; o lo eludimos, pero aquí no estamos haciendo nada de eso. Vemos que durante miles de años el ser humano ha luchado con el problema del dolor y que no ha podido resolverlo; se ha habituado, lo ha aceptado, diciendo que es una faceta inevitable de la vida.

No obstante, el limitarse a aceptar el dolor no sólo es una tontería, sino que contribuye a embotar la mente, la vuelve insensible, brutal, superficial, y así la mediocridad invade la vida y la deja reducida únicamente a trabajo y placer. Uno vive una existencia fragmentada, como hombre de negocios, científico, artista, como persona sentimental o de las llamadas religiosas, etcétera. Pero para comprender el dolor y librarse de él, tienen que comprender el tiempo y, por consiguiente, el pensamiento. No pueden negar el dolor, ni huir, ni eludir-

lo mediante la diversión, las iglesias o las creencias organizadas, ni tampoco pueden aceptarlo y rendirle culto; y para evitar todo ello, hace falta mucha atención, es decir, energía.

El dolor echa raíces en la autocompasión, y para comprenderlo, primero tiene que haber una implacable actuación frente a este último sentimiento. No sé si habrán observado cómo se compadecen de ustedes mismos cuando por ejemplo dicen: «me siento solo». Desde el momento en que se tienen lástima, queda preparado el terreno para que se arraigue el dolor. Por mucho que justifiquen la autocompasión y la racionalicen, por mucho que la refinen o la escondan con ideas, ahí seguirá, envenenándolo todo en su interior. Así pues, una persona que quiere comprender el dolor debe empezar librándose de esa trivialidad brutal, egocéntrica y egoísta, que representa el sentimiento de lástima por uno mismo. Pueden sentir lástima de sí mismos cuando sufren una dolencia, cuando pierden a alguien, o cuando no se sienten realizados, y a causa de ello, sentirse frustrados o embotados; pero, sea cual sea la causa, la lástima por uno mismo es la raíz del dolor. Una vez que estén libres del sentimiento de lástima, podrán mirar el dolor sin rendirle culto, ni escapar de él, ni darle un significado espiritual, como cuando les dicen que tienen que sufrir para encontrar a Dios, lo cual es una insensatez. Sólo una mente embotada y necia puede soportar el dolor; no tiene que haber, pues, ni su aceptación ni su negación. Cuando no se tengan lástima, habrán privado al dolor de todo sentimentalismo y emotividad, los cuales surgen de la autocompasión; y entonces podrán afrontar el dolor con atención absoluta.

Espero que de verdad estén haciendo eso conmigo, esta mañana, según vamos avanzando, y que no se limiten a aceptar verbalmente lo que vamos diciendo. Dense cuenta de su aceptación tan poco inteligente del dolor y de su racionalización, sus excusas, autocompasión, sentimentalismo y actitud

emotiva frente al dolor, porque todo ello disipa la energía. Para comprender el dolor, tienen que prestarle gran atención, y en esa atención no caben excusas, el sentimentalismo ni la racionalización, y toda clase de lástima por uno mismo está fuera de lugar.

Espero que lo esté expresando con claridad cuando hablo de prestar toda nuestra atención al dolor. En esa atención, no hay esfuerzo para resolver o comprender el dolor, uno está simplemente mirando, observando. Cualquier esfuerzo por comprender, racionalizar o eludir el dolor contradice ese estado negativo de completa atención, en el cual puede comprenderse lo que se llama dolor.

No estamos analizando, no investigamos analíticamente el dolor con el fin de librarnos de él, porque eso no es más que una estratagema de la mente. Ésta analiza el dolor y, entonces, imagina que lo ha comprendido y que está libre de él, lo cual es un disparate. Pueden librarse de un determinado tipo de dolor, pero éste volverá a surgir de otra forma. Hablamos del dolor como algo total –del dolor en sí– sea suyo, mío o de cualquier otro ser humano.

Como he dicho, para comprender el dolor tiene que haber comprensión del tiempo y el pensamiento, tiene que haber una comprensión sin selección, comprensión de todos los modos de escapar, de toda lástima por uno mismo y de todo juicio verbal, para que así la mente esté completamente apacible ante algo que ha de comprenderse; y para ello, no hay división alguna entre el observador y lo observado. No es que ustedes –el observador, el pensador– sientan dolor y estén observándolo, sino que sólo existe un estado de dolor. Y ese estado de dolor no dividido es necesario, porque cuando miran el dolor como observadores crean conflicto, lo cual embota la mente y disipa la energía, y por consiguiente, no hay atención.

Cuando la mente comprende la naturaleza del tiempo y el pensamiento, cuando se ha despojado de la autocompasión, del sentimentalismo, de la emotividad y todo eso, el pensamiento –que ha creado toda esa complejidad– termina y no existe el tiempo; por tanto, están directa e íntimamente en contacto con eso a lo que llaman dolor. Éste sólo se sustenta cuando uno escapa de él, cuando desea eludirlo, resolverlo o adorarlo. Pero cuando no hay nada de todo eso, porque la mente está en contacto directo con el dolor y, por tanto, en completo silencio con respecto a él, descubrirán por ustedes mismos que no hay dolor de ningún tipo en la mente. Desde el momento en que la mente está en contacto directo con el hecho del dolor, ese mismo hecho da solución a todas las cualidades del tiempo y el pensamiento que producen el dolor, y éste, por consiguiente, termina.

¿Cómo vamos a comprender lo que llamamos muerte y que tanto miedo nos da? El ser humano ha creado múltiples maneras enrevesadas de afrontar la muerte: rindiéndole culto, negándola, aferrándose a innumerables creencias, etcétera. Sin embargo, para comprender la muerte, tienen que afrontarla con una mente fresca, porque, en realidad, no saben nada sobre ella, ¿verdad? Puede ser que hayan visto morir a gente y hayan observado en ustedes mismos o en otras personas que llegan desgastadas a la vejez. Saben que la vida física termina con el envejecimiento, por accidente, enfermedad, asesinato, o suicidio, pero no conocen la muerte como conocen el sexo, el hambre, la crueldad o la brutalidad. No saben qué es morir, y hasta que no lo sepan, la muerte no tendrá ningún sentido. Eso a lo que temen no es sino una abstracción, algo que desconocen. Y al no conocer la plenitud de la muerte, ni lo que ésta implica, la mente tiene miedo del pensamiento y no del hecho, ya que lo desconoce.

Les ruego que examinen esto un momento conmigo.

Si muriesen instantáneamente, no tendrían tiempo de pensar en la muerte ni de sentir miedo, pero hay un lapso entre ahora y el momento en que llegará la muerte, y durante ese intervalo, tienen mucho tiempo para preocuparse y racionalizar. Quieren llevarse a la otra vida –si es que hay otra vida– todas las preocupaciones, los deseos y el conocimiento que han acumulado, y así inventan teorías o creen en alguna clase de inmortalidad. Para ustedes, la muerte es algo que está separado de la vida; la muerte está más allá, mientras que ustedes están aquí, ocupados conduciendo su coche, dedicados al sexo, sintiendo hambre, inquietud, yendo a la oficina, acumulando conocimientos, etcétera. No quieren morir porque no han acabado de escribir su libro o de tocar perfectamente el violín. Separan, pues, la vida de la muerte y dicen: «Quiero comprender la vida ahora y luego ya comprenderé la muerte». Pero no están separadas la una de la otra y eso es lo primero que hay que comprender. La vida y la muerte son una, están íntimamente relacionadas, y no pueden aislar una de ellas y tratar de comprenderla por separado. Pero la mayoría de nosotros hacemos eso, separamos la vida en compartimientos estancos, no relacionados. Si son economistas, la economía es lo único en que se interesan y no saben nada de lo demás. Si son médicos especialistas de la nariz y la garganta, o el corazón, viven en ese terreno limitado de conocimiento durante cuarenta años y se sienten en el paraíso cuando mueren.

Como ya he dicho, afrontar la vida de modo fragmentario es vivir en constante confusión, contradicción y desdicha. Deben ver la totalidad de la vida, y sólo pueden ver esa totalidad cuando hay afecto y amor. El amor es la única revolución que puede aportar orden. De nada sirve adquirir más y más conocimientos de matemáticas, medicina, historia y economía, y luego juntarlo todo; eso no resolverá nada. Sin

amor, la revolución sólo lleva al culto del Estado o al de una imagen, o bien al de innumerables corrupciones tiránicas y a la destrucción del ser humano. Del mismo modo, cuando la mente, al estar asustada, aleja la muerte y la separa del vivir cotidiano, esa separación sólo sirve para engendrar más miedo y más inquietud, y para multiplicar las teorías sobre la muerte. Para comprender la muerte, tienen que comprender la vida, la cual no es la continuidad del pensamiento. Esa propia continuidad es lo que ha engendrado toda nuestra desdicha.

¿Puede, pues, la mente aproximarse a la muerte en el presente inmediato? ¿Comprenden? La muerte en realidad no está tan lejos: está aquí y ahora, está aquí cuando están hablando, cuando disfrutan, cuando escuchan y cuando van a la oficina; está aquí en cada minuto de la vida, lo mismo que el amor. Una vez que perciban este hecho, verán que no hay miedo alguno a la muerte. Uno no teme a lo desconocido, sino a perder lo conocido; temen perder a su familia, quedarse solos, sin compañía; les da miedo la tristeza de la soledad, estar sin las experiencias y sin las posesiones que han ido acumulando. Lo conocido es lo que nos da miedo dejar. Lo conocido es memoria, y la mente se aferra a esa memoria. Pero la memoria es sólo algo mecánico, tal como lo demuestran maravillosamente bien los ordenadores.

Para comprender la belleza y la extraordinaria naturaleza de la mente debe haber liberación de lo conocido. Al morir para lo conocido empieza la comprensión de la muerte, porque entonces la mente se vuelve fresca, nueva, y no hay miedo; y por tanto, uno puede entrar en contacto con ese estado que se llama muerte. Así que, desde el principio hasta el final, vida y muerte son una sola cosa. Las personas sabias comprenden el tiempo, el pensamiento y el dolor, y sólo ellas pueden comprender la muerte. La mente que está muriendo

a cada minuto sin acumular nunca, sin acopiar jamás experiencia, es inocente y, por tanto, se halla en un constante estado de amor.

No sé si quieren preguntar algo sobre todo esto, y así poder profundizar con más detalle.

PREGUNTA: Señor, ¿en qué se diferencia lo que usted piensa sobre el amor y lo que piensan los cristianos?

KRISHNAMURTI: Temo no poder decírselo. No estoy pensando en el amor. No se puede pensar en él; si se piensa, no será amor. Ya saben que hay una enorme diferencia entre el sexo y el pensamiento sobre el sexo, el cual estimula la sensación. La mente que sólo se concentra en el disfrute del sexo, que sólo piensa en el sexo, que se excita con imágenes, ilustraciones o pensamientos, esa mente posee un rasgo destructivo. Pero lo otro, el sentimiento, cuando no hay pensamiento acerca de él, es por completo distinto. Del mismo modo, no pueden pensar en el amor. Pueden pensar en él conforme al modelo del recuerdo, o basándose en lo que les han dicho: que es bueno, profano, sagrado, etcétera. Pero ese pensar no es amor. El amor no es cristiano ni hindú, no es oriental ni occidental, no es suyo ni mío. Sólo cuando se libren de todas esas ideas –de su nacionalidad, raza, religión, etcétera– sabrán qué es amar.

Como ven, esta mañana he hablado de la muerte, para que de verdad comprendan todo esto, no sólo mientras estén aquí en esta carpa, sino durante el resto de su vida, y así se liberen del dolor y el miedo, y que efectivamente sepan qué significa morir. Si ahora, en los días venideros, su mente no está completamente alerta, inocente y profundamente atenta, el escuchar palabras es del todo inútil. Pero si se dan cuenta, si están profundamente atentos y son conscientes de sus propios

pensamientos y sentimientos y si no están interpretando lo que dice el que habla, sino que en realidad se observan mientras él describe y profundiza en el problema, cuando salgan de esta carpa, vivirán, no sólo con gozo, sino también con la muerte y con el amor.

28 de julio de 1964

CAPÍTULO IX

Esta mañana quisiera hablar de algo que puede resultar un poco ajeno a la mayoría de las personas. Creo que una de las cosas más importantes en la vida es aclarar la mente, vaciarla de toda experiencia y pensamiento, para que se vuelva nueva, fresca e inocente; porque sólo la mente inocente, con su libertad, puede descubrir qué es verdadero. Esa inocencia no es un estado de permanencia, no es que la mente haya logrado un resultado y se quede así; es el estado de una mente que, como es libre por completo, puede renovarse a cada instante y sin esfuerzo. Y esa inocencia, esa libertad para descubrir, es de gran importancia, porque la mayoría de nosotros vivimos de forma muy superficial; vivimos con el conocimiento y la información, y creemos que eso es suficiente, pero sin meditación nuestra vida es muy superficial. Al decir "meditación" no me refiero a contemplación o plegaria. Para hallarse en un estado de meditación o, más bien, alcanzarlo con naturalidad y sin esfuerzo, uno tiene que empezar a comprender la mente superficial y cotidiana, la que se satisface tan fácilmente con la información. Al haber acumulado conocimientos o adquirido una capacidad técnica que nos permita especializarnos en un campo determinado y vivir en este mundo de manera más bien superficial, la mayoría de nosotros nos contentamos con vivir de ese modo sin comprender cualquier problema psicológico que pueda surgir. Me parece, pues, fundamental observar lo superficial que es la mente hoy en día, y preguntarnos si ésta puede ir más allá de sí misma.

Cuanto más conocimiento y preparación adquiere uno, mayor es su capacidad en la vida diaria, y es evidente que uno debe contar con ese conocimiento, esa preparación, esa capacidad, porque no podemos renunciar a la maquinaria y a la ciencia y retroceder a las costumbres de la Antigüedad. Eso sería como hacen las llamadas personas religiosas, que tratan de volver a una tradición o revivir antiguos conceptos y fórmulas filosóficas, destruyéndose con ello a sí mismas y al mundo en que viven. La ciencia, las matemáticas y la tecnología de que dispone ahora el ser humano son absolutamente necesarias. Sin embargo, vivir en este mundo de tecnología, información y conocimientos que se desarrollan tan rápidamente, tiende a hacer la mente muy superficial, y la mayoría de nosotros nos contentamos con seguir con esa superficialidad, porque el conocimiento y la tecnología nos dan más dinero, más comodidad, más de la llamada libertad; cosas, todas ellas, que son altamente respetadas por una sociedad degradada, que está desintegrándose. Así pues, la mente que quiere ir más allá de sí misma, ha de comprender las limitaciones de la tecnología, el conocimiento y la información, y estar libre de tales limitaciones.

Como puede observar uno, todas nuestras actividades, emociones y reacciones nerviosas, son muy superficiales, no son profundas. Viviendo en la superficie, como lo hace la mayoría de nosotros, tratamos de buscar lo profundo, tratamos de ahondar cada vez más bajo la superficie, porque uno se cansa pronto de esa manera tan superficial de vivir. Cuanto más inteligentes, intelectuales y apasionados seamos, más viva será nuestra percepción de lo superficial de nuestra existencia, la cual se vuelve bastante cansada, aburrida y de escasa importancia. Así pues, la mente superficial trata de descubrir el propósito de la vida, o bien busca una fórmula que dé un motivo a la vida, y lucha por vivir siguiendo

un concepto que ha ideado, o una creencia que ha aceptado, y por ello, su acción sigue siendo superficial. Hay que ver con mucha claridad este hecho.

Lo que vamos a hacer esta mañana es quitar una capa tras otra de la superficialidad para poder llegar al origen, a la verdadera profundidad de las cosas. La superficialidad se perpetúa mediante la experiencia, y por eso es muy importante comprender todo el significado de la experiencia.

Lo primero que uno ve es cómo la especialización técnica de cualquier tipo tiende a hacer la mente pequeña, mezquina y limitada; todas ellas cualidades que son la esencia misma de lo burgués. Luego la mente, como es superficial, busca eso que llama lo importante de la vida, y por eso proyecta un modelo que es complaciente, beneficioso y placentero, y que se ajusta a ese patrón. Este proceso le da un determinado propósito, un impulso y una sensación de triunfo.

También tenemos que comprender plenamente lo que llamamos experiencia. Como vivimos una vida muy superficial, siempre estamos buscando experiencias cada vez mayores y más profundas. Por eso acude la gente a las iglesias, toma mescalina, prueba con el LSD-25, el ácido lisérgico y otras drogas, para conseguir un nuevo placer, un nuevo estímulo, una nueva sensación. La mente busca también experiencias a través del arte, de la música y de las más recientes formas de expresión.

Ahora bien, una mente que se encuentre en lo profundo –encontrarse, no provocar ese estado– ha de comprender todas estas cosas. Comprender no es tan sólo abarcar intelectualmente la comunicación verbal, sino más bien ver de modo inmediato la verdad de las cosas; y esa comprensión inmediata es compasión. Uno puede contar con muchos argumentos e investigar la verdad de las opiniones, pero eso no puede otorgar comprensión. Lo que se necesita es sensibili-

dad, atención, duda, vacilación, lo cual confiere a la mente la capacidad de darse cuenta con celeridad.

¿Cuál es, pues, la naturaleza de la experiencia? Todos queremos nuevas experiencias, ¿no es así? Estamos cansados de lo conocido, de las cosas que nos han provocado dolor y que nos han causado pena, de la rutina de la oficina, de los ritos de la iglesia, del culto al Estado. Uno está harto de todo eso, cansado, agotado. Así pues, uno quiere más experiencias en diferentes ámbitos y de diferentes maneras, pero sólo la mente que no busca ni acumula experiencia puede hallarse en un estado de profundidad total.

La experiencia es el producto de un estímulo y de una respuesta. La reacción de la mente a un estímulo puede ser adecuada o inadecuada, según su pasado y su condicionamiento, es decir, que respondemos a cada estímulo de acuerdo con nuestro pasado, con nuestro condicionamiento particular. Esa respuesta a un estímulo es la experiencia, y toda experiencia deja un residuo al cual llamamos conocimiento.

O dicho de otro modo, al pasar por diversas experiencias, la mente actúa como un tamiz, en el cual cada experiencia deja cierto sedimento; ese sedimento es la memoria, y con ese recuerdo se afronte la siguiente experiencia. De modo que cada experiencia –por muy grande, profunda o vital que sea– deja un nuevo depósito de sedimento o recuerdo, y con ello refuerza el condicionamiento de la mente.

Les ruego que no tomen esto como una opinión, ni tampoco se trata de que crean lo que estamos diciendo. Si se observan, verán que eso es lo que sucede en realidad. El que habla describe la acumulación mental de la experiencia, y ese proceso lo observan en ustedes mismos. Así que no hay nada que creer, ni les estoy hipnotizando con mis palabras.

Así, toda experiencia, sea la que sea, deja un sedimento, el cual se convierte en el pasado en forma de recuerdo, y vivi-

mos en ese sedimento. Se trata del "yo", es la estructura misma de la actividad egocéntrica. Viendo la naturaleza limitada de esa actividad egocéntrica, cada vez buscamos más y mayores experiencias, o insistimos en averiguar cómo superar esas limitaciones a fin de dar con algo más grandioso. Pero toda esa búsqueda sigue siendo la actividad de la acumulación, y no sirve más que para aumentar lo que ya había, el sedimento de la experiencia, ya sea la de un minuto, la de un día o la de millones de años.

Pues bien, tienen que ver claramente ese hecho, tienen que darse cuenta, al igual que se dan cuenta de que sienten hambre. Cuando sienten hambre, nadie tiene que hacérselo saber; es su propia experiencia. Del mismo modo, han de ver claramente y por ustedes mismos que toda experiencia –ya sea de afecto, de simpatía, de orgullo, de celos, de inspiración, de miedo o de lo que quieran– deja un residuo en la mente; y han de ver también que la constante repetición y superposición de ese residuo o sedimento constituye todo el proceso del pensar, de nuestro ser. Cualquier actividad que surja de dicho proceso, en cualquier sentido, inevitablemente tiene que ser superficial; y una mente que quiera investigar la posibilidad de descubrir un estado original o un mundo no contaminado por el pasado, ha de comprender este proceso de la experiencia.

Surge, pues, la cuestión de si es posible estar libres de toda autoridad egocéntrica, sin esfuerzo, sin tratar de disolverla ni de convertirla en un problema.

Espero estar presentando con claridad la cuestión, pues de lo contrario, no estará nada claro lo que voy a decir ahora.

La palabra "meditación" significa en general reflexionar, investigar o considerar algo; o puede significar un estado contemplativo de la mente, sin el proceso del pensamiento. Es una palabra que tiene muy poco sentido en Occidente,

pero en Oriente adquiere gran importancia. Se ha escrito mucho sobre el asunto y hay muchas escuelas que propugnan diversos métodos o sistemas de meditación.

Para mí, la meditación no es nada de eso. La meditación es el vaciamiento total de la mente, y uno no puede vaciarla de manera forzada, según un método, una escuela o sistema. Además, uno debe ver la completa falacia de todos los sistemas. Practicar un sistema de meditación es ir en pos de la experiencia, es un intento de lograr una experiencia más elevada o la experiencia máxima y definitiva. Cuando uno comprende la naturaleza de la experiencia, rechaza todo eso, lo da por terminado para siempre, porque la propia mente ya no sigue a nadie, no persigue la experiencia, no tiene deseo de visiones. Toda búsqueda de visiones, toda intensificación artificial de la sensibilidad –por medio de drogas, disciplina, rituales, culto o plegaria– implica actividad egocéntrica.

Nuestra pregunta es, pues: una mente que se ha vuelto superficial por la tradición, por el tiempo, por la memoria o por la experiencia, ¿cómo podrá liberarse sin esfuerzo de su superficialidad? ¿Cómo puede estar tan sumamente despierta como para que ya no tenga ningún sentido toda búsqueda de experiencia? ¿Lo comprenden? Lo que está lleno de luz no necesita más luz: es la luz misma; y toda influencia, toda experiencia que penetre en esa luz, se quema, desaparece en ese mismo momento, de modo que la mente queda siempre clara, inmaculada, inocente. Sólo una mente clara e inocente puede ver lo que está más allá de los límites del tiempo. Pero ¿cómo va a producirse ese estado mental?

¿He planteado la pregunta con claridad? No es mi pregunta, es, o debe ser, la de todos, de modo que yo no se la estoy formulando. Si yo les impusiera esta pregunta, la convertirían en un problema, dirían: «¿Cómo voy a hacerlo?».

Esa pregunta ha de nacer de su propia percepción, puesto que han vivido, han observado y visto qué es el mundo, y se han observado a ustedes mismos en sus acciones; han leído y acumulado información, han progresado en conocimientos, han visto a personas muy listas, con cerebros que parecen computadoras, catedráticos que pueden soltar una retahíla de conocimientos, y también han estado con teólogos de ideas fijas, con las cuales han formulado maravillosas teorías. Puesto que han percibido todo esto, inevitablemente, deben de haberse formulado la pregunta: «¿Cómo va la mente, que es esclava del tiempo y producto del pasado, a prescindir del pasado por completo, con facilidad y sin esfuerzo? ¿Cómo se va a librar del tiempo sin ninguna directriz ni motivo, de modo que se encuentre en la fuente original de la vida?».

Ahora bien, cuando se plantean esa pregunta, o si se la plantea otra persona, ¿cuál es su respuesta? No me respondan, sino tan sólo escuchen. Es una pregunta inmensa, no es una simple cuestión retórica que puedan contestar rápidamente o descartarla; es una pregunta de enorme importancia para una mente que haya visto con claridad lo estúpido de la religión organizada y haya dejado de hacer caso a sacerdotes, *gurús*, templos, iglesias, rituales, incienso... todo descartado. Y si han llegado a ese punto, se tienen que haber preguntado: ¿cómo va a ir más allá de sí misma la mente?

¿Qué hacen cuando se ven enfrentados directamente con un inmenso problema, cuando les sucede algo tremendo e inmediato? La experiencia es tan vital, tan exigente, que les absorbe por completo, ¿no es así? La mente se sobrecoge ante ese enorme acontecimiento, de modo que se queda quieta. Ésa es una forma de silencio. Su mente responde como un niño al que le dan un juguete muy interesante. Ese juguete lo absorbe, le hace concentrarse de modo que, de momento,

deja de ser travieso, deja de alborotar y todo eso Lo mismo les sucede a los adultos cuando se enfrentan con un problema peliagudo. Como la mente no comprende todo su significado, se entrega a esa experiencia y se embota, se conmociona y se queda paralizada, de modo que se queda fugazmente silenciosa. Eso es algo que hemos experimentado la mayoría de nosotros.

Luego existe un silencio en la mente que se produce cuando se afronta un problema con suma concentración. En ese estado no hay distracción, porque por el momento, la mente no tiene otro pensamiento o interés, no mira a ninguna parte, pues sólo le interesa ese silencio; se intensifica la concentración y se excluye todo lo demás. En ese esfuerzo hay vitalidad, una demanda y una premura que también producen cierto silencio.

Cuando la mente está absorta en un juguete o en un problema cualquiera, lo único que está haciendo es escapar. Cuando se apoderan de la mente imágenes, símbolos o palabras tales como "Dios", "Salvador", etcétera, se trata de una profunda evasión, una huida de lo real, y en esa fuga hay cierto silencio. Cuando la mente se sacrifica, o se olvida de sí misma mediante la identificación total con algo, puede estar perfectamente en calma, pero entonces se encuentra en un estado neurótico. La demanda de identificarse con un propósito, con una idea, con un símbolo, con un país o con una raza... todo eso es neurótico; como lo son todas las personas que aspiran a ser religiosas. Se han identificado con el Salvador, con el Maestro, con esto o con aquello, lo que les da una enorme sensación de alivio y les proporciona cierta perspectiva beatífica de la vida, lo cual es una actitud enteramente neurótica.

Luego existe la mente que ha aprendido a concentrarse, que se ha entrenado en no desviar nunca la mirada de la idea,

de la imagen, del símbolo que ha proyectado frente a sí misma. Pero ¿qué ocurre en ese estado de concentración? Toda concentración es esfuerzo y todo esfuerzo es resistencia. Es como construir una muralla defensiva en torno de ustedes, con un pequeño agujero por el cual miran sólo una idea o un pensamiento, de modo que nunca se vean desconcertados, que nunca se vuelvan inseguros. No están nunca abiertos a nada, sino que siempre viven presos de su concentración, tras los muros de su inspirada persecución de algo, y obtienen así, una enorme sensación de vitalidad, un impulso que les permite hacer cosas extraordinarias: ayudar a personas que viven en los barrios pobres, a las que viven en el desierto y realizar toda clase de buenas obras; pero sigue siendo la actividad egocéntrica de una mente que se concentra en una sola cosa, excluyendo cualquier otra. Y eso da también a la mente cierta paz, cierto silencio.

Ahora bien, existe un silencio que no tiene nada que ver con ninguno de esos estados neuróticos, y ahí es donde reside nuestra dificultad; porque desgraciadamente, y digo esto con mucha cortesía, la mayoría de nosotros somos neuróticos. Así pues, para comprender qué es el silencio, primero uno tiene que estar libre de toda neurosis. En el silencio del que estoy hablando, no hay autocompasión, no se persigue ningún resultado, ni se proyecta ninguna imagen; no hay visiones, ni se pugna por concentrarse. Ese silencio surge por sí solo, cuando han comprendido la absorción de la mente en una idea y las diversas formas de concentración que ésta lleva a cabo; y también cuando han comprendido el proceso del pensar. Partiendo del hecho de observar y vigilar la actividad egocéntrica de la mente, se manifiesta un sentido de disciplina extraordinariamente flexible. Y ésa es la disciplina que han de tener, no una disciplina defensiva y reaccionaria; no tiene nada que ver con sentarse con las piernas cruzadas en un rin-

cón, ni todas esas cosas tan pueriles. Y en ello no hay imitación ni conformidad ni esfuerzo por lograr un resultado. El observar todos los movimientos del pensamiento y el deseo, el hambre de nuevas experiencias, el proceso de identificarse con algo; simplemente el observar y comprender todo eso crea de modo natural una facilidad de disciplina en libertad. Con esta disciplina de la comprensión surge una peculiar cualidad de atención inmediata, de una percepción directa, de un estado de completa atención. Y en dicha atención, hay virtud, y ésa es la única virtud. La moral social y el carácter que se desarrolla con la resistencia de acuerdo con la respetabilidad y la ética de la sociedad, no son virtud en absoluto. La virtud es la comprensión de toda esa estructura social que el ser humano ha construido en torno a sí mismo; y también la comprensión del llamado sacrificio de la mente mediante la identificación y el control. La atención nace de esa comprensión, y sólo existe la virtud con la atención.

Deben poseer una mente virtuosa, pero no es virtud si se limita a ajustarse a los patrones sociales y religiosos de una determinada sociedad, ya sea capitalista o comunista. Tiene que haber virtud porque sin ella no hay libertad. Sin embargo, al igual que sucede con la humildad, la virtud no puede cultivarse. No pueden cultivar la virtud, lo mismo que no pueden cultivar el amor. Pero cuando hay atención absoluta, también hay virtud y amor. De la atención absoluta, surge el silencio total, no sólo en la mente consciente, sino también en la inconsciente. Tanto lo consciente como lo inconsciente en realidad son muy triviales, y la percepción de dicha trivialidad libera la mente del pasado y el presente. Al prestar total atención a lo presente, se manifiesta un silencio en el cual la mente deja de experimentar. Toda experimentación ha terminado porque ya no hay nada que experimentar. Como la mente está totalmente despierta, es luz para sí misma, y en

ese silencio hay paz; no la paz de los políticos, ni la que hay entre dos guerras, sino una paz que no nace de la reacción. Y cuando la mente está en ese estado, en completa quietud, puede seguir adelante. El movimiento de la quietud es enteramente distinto del movimiento de la actividad egocéntrica. Y ese movimiento de la quietud es creación. Cuando la mente es capaz de moverse con quietud, conoce la muerte y el amor, y entonces puede vivir en este mundo sin ser esclavo de él.

¿Quieren hacer alguna pregunta?

PREGUNTA: Anhelo el silencio, pero veo que toda tentativa por alcanzarlo es cada vez más digna de lástima a medida que pasa el tiempo.

KRISHNAMURTI: Para empezar, no pueden anhelar ese silencio; no saben nada acerca de él. Y aun cuando lo supieran, no sería así, porque lo que saben no es "lo que es". Así pues, uno tiene que ir con mucho cuidado para no decir nunca «yo lo sé».

Mire, señor, lo que usted conoce, lo reconoce. Yo les reconozco porque estuve ayer con ustedes. Entonces, como escuché lo que decían y vi su modo de ser, digo que les conozco. Lo que conozco ya es del pasado, y con ese pasado puedo reconocerles. Sin embargo, ese silencio no puede reconocerse; en él, no hay proceso alguno de reconocimiento. Esto es lo primero que hay que comprender. Para reconocer algo tienen que haberlo experimentado previamente, haberlo conocido, o tienen que haber leído sobre ello, o alguien tiene que haberlo descrito; pero lo que se reconoce, lo que se conoce, lo que se describe, no es ese silencio porque nuestra vida es tan superficial, tan vacía, tan monótona y tan estúpida, que queremos escapar de toda su sordidez. Pero no podemos es-

capar de algo tan deplorable, no podemos huir. Lo que tenemos que hacer es comprenderlo, y para comprender algo es preciso que no lo rechacen, que no escapen. Deben sentir un gran amor, un verdadero afecto por todo lo que quieren comprender. Si quieren comprender a un niño, no pueden obligarlo, ni forzarlo, ni compararlo con su hermano mayor; tienen que mirarlo, observarlo con sumo cuidado, con ternura, con afecto, con todo lo que tengan. Del mismo modo, debemos comprender eso tan mezquino a lo que llamamos vida, con todos sus celos, conflictos, desdichas, afanes y sufrimientos. De esa comprensión surge cierta paz, la cual no pueden buscar a ciegas.

Tal vez ya conozcan esa bonita historia del discípulo que fue a ver a su maestro. Éste se encuentra sentado en un hermoso jardín, bien regado, y el discípulo va a sentarse cerca de él, no enfrente, porque sentarse directamente ante el Maestro no es muy respetuoso. Así, sentado un poco a un lado, cruza las piernas y cierra los ojos. Entonces el Maestro le pregunta: «Amigo mío, ¿qué estás haciendo?». Y al abrir los ojos, el discípulo dice: «Maestro, trato de llegar a la conciencia del Buda», y cierra los ojos de nuevo. Poco después, el Maestro coge dos piedras y empieza a frotarlas una con otra haciendo mucho ruido; así, el discípulo bajando de las alturas dice: «Maestro, ¿qué estáis haciendo?». El Maestro replica: «Estoy frotando estas dos piedras para convertir una de ellas en espejo». Y dice el discípulo: «Pero, Maestro, seguro que nunca lo conseguiréis, aunque las estéis frotando durante un millón de años». Entonces, el Maestro sonríe y responde: «De la misma manera, amigo mío, puedes estar sentado así durante un millón de años, y nunca llegarás a lo que estás tratando de alcanzar». Y eso es lo que todos estamos haciendo. Todos adoptamos posturas, todos queremos algo, andamos a tientas en busca de algo, lo cual requiere esfuerzo, lucha y discipli-

na. Pero me temo que nada de eso abrirá la puerta; lo que sí la abrirá es comprender sin esfuerzo, simplemente mirar, observar con afecto, con amor, pero no pueden sentir amor si no son humildes; y la humildad sólo es posible cuando uno no quiere nada, ni de los dioses ni de ningún ser humano.

30 de julio de 1964

CAPÍTULO X

Esta mañana quisiera hablar del significado de la religión, pero no simplemente explicarla de modo verbal, sino también comprenderla profundamente. Pero antes de que podamos comprenderla bien, tendremos que ver con absoluta claridad qué es la mente religiosa y cuál es el estado de una mente que de veras inquiere todo lo que implica la religión.

Me parece muy importante comprender la diferencia entre aislamiento y soledad. La mayor parte de nuestra actividad diaria se centra en nosotros mismos, se basa en nuestro punto de vista particular, en nuestras propias experiencias e idiosincrasias. Pensamos en nuestra familia y en nuestro empleo, lo que deseamos alcanzar, así como en nuestros temores, esperanzas y desesperanzas. Es evidente que todo ello es egocéntrico y produce un estado de aislamiento, como podemos ver en nuestra vida diaria. Tenemos nuestros propios deseos secretos, metas ocultas y ambiciones, y nunca estamos profundamente relacionados con nadie, ni con nuestra esposa, marido o hijos. Y ese aislamiento es igualmente el resultado de escapar de nuestro tedio cotidiano, de las frustraciones y trivialidades de nuestra vida diaria; lo causa también nuestras diferentes formas de escape y la extraordinaria sensación de aislamiento que nos invade cuando de repente sentimos que no estamos relacionados con nada, cuando todo está lejos y no hay comunión, no hay relación con nadie. Creo que la mayoría de nosotros –si es que percibimos siquiera el pro-

ceso de nuestro propio ser– hemos experimentado de manera muy profunda este aislamiento.

Debido a ese sentimiento de soledad y a esa sensación de aislamiento, tratamos de identificarnos con algo más grande que la mente: puede ser con el Estado, o con un ideal, o con un concepto de qué es Dios. A esa identificación con algo grande o inmortal, algo que está fuera del pensamiento, se le llama generalmente religión, y conduce a la creencia, al dogma, al ritual y a los propósitos separatistas de grupos en competición, creyendo cada uno de ellos en diferentes aspectos de la misma cosa, de modo que lo que llamamos religión produce aún mayor aislamiento.

Entonces, uno ve que la Tierra está dividida en naciones que compiten, cada una con su propio gobierno soberano y sus barreras económicas. Aunque todos seamos seres humanos, hemos alzado murallas entre nosotros y el prójimo a causa del nacionalismo, la raza, la casta y la clase social, lo cual también engendra aislamiento y un sentimiento de soledad.

Ahora bien, una mente que sea presa del sentimiento de soledad, de ese estado de aislamiento, no puede comprender nunca qué es la religión; puede creer, puede tener ciertas teorías, conceptos o fórmulas. Puede tratar de identificarse con eso a lo que llama Dios, pero considero que la religión no tiene nada que ver con ninguna creencia, con ningún sacerdote, con ninguna iglesia ni con ningún libro sagrado. El estado de la mente religiosa sólo puede comprenderse cuando empezamos a comprender qué es la belleza; y la comprensión de la belleza sólo puede abordarse por medio de la soledad total. La mente sólo puede saber qué es la belleza cuando está sola por completo, y no en ningún otro estado.

Es evidente que la soledad no es aislamiento ni tampoco la peculiaridad de ser único. Ser único es simplemente ser excepcional de algún modo, mientras que estar completamen-

te solo requiere una sensibilidad, inteligencia y comprensión extraordinarias. Estar solo por completo implica que la mente esté libre de toda clase de influencia y, por tanto, que no esté contaminada por la sociedad; y tiene que estar sola para comprender qué es la religión y descubrir por sí misma si existe algo que sea inmortal, que esté más allá del tiempo.

Tal como es ahora, la mente es el resultado de muchos miles de años de influencia biológica, sociológica, del ambiente, del clima, de la alimentación, etcétera. Todo ello es bastante evidente. Están influidos por los alimentos que ingieren, por los diarios que leen, por la esposa o el marido, por el prójimo, por el político, la radio, la televisión y mil cosas más. Les influye por lo que afluye a la mente consciente, así como a la inconsciente, en muchos aspectos. Pero ¿no es posible darse cuenta de todas estas influencias, de tal modo que no quede uno preso de ninguna de ellas, sino que quede del todo libre de su contaminación? De lo contrario, la mente se convierte en un simple instrumento de su propio entorno. Puede crear una imagen de lo que cree que es Dios o la verdad eterna y creer en ella, pero seguirá estando modelada por las exigencias del medio ambiente, las tensiones, supersticiones y presiones; pero la creencia de ésta no tiene nada que ver con el estado de una mente religiosa.

Como cristianos, se les ha educado en una iglesia edificada por el hombre a lo largo de un periodo de dos mil años, con sus sacerdotes, dogmas y rituales; de niños, les bautizaron, y al crecer les dijeron qué tenían que pensar; pasaron por todo ese proceso de condicionamiento y lavado de cerebro. Es evidente que la presión de esta religión propagandística es muy fuerte, particularmente porque está bien organizada y puede ejercer influencia psicológica mediante la "educación", la adoración de imágenes y el miedo; y puede condicionar la mente de mil maneras más. En Oriente, la gente está

también fuertemente condicionada por sus creencias, dogmas y supersticiones, y por una tradición que se remonta a diez mil años o más.

Ahora bien, si la mente no goza de libertad, no puede descubrir qué es verdadero, y tener libertad es estar libre de toda influencia. Tienen que estar libres de las influencias de su nacionalidad y de su iglesia, con sus creencias y dogmas; y también tienen que estar libres de la codicia, la envidia, el miedo, el dolor, la ambición, la competitividad y la ansiedad. Si la mente no está libre de todo ello, las diversas presiones internas y externas crearán un estado neurótico contradictorio, y una mente así no puede descubrir de ningún modo qué es la verdad, o si existe algo que trascienda el tiempo.

Así pues, uno ve cuán necesario es que la mente se libre de toda influencia. Pero ¿es eso posible? Si no lo es, no se puede descubrir lo que es eterno, lo innombrable, lo supremo. Para descubrir por nosotros mismos si es posible o no, tenemos que darnos cuenta de esas numerosas influencias, no sólo aquí bajo esta lona, sino también en la vida diaria; tenemos que observar cómo contaminan, moldean y condicionan la mente. Es evidente que uno no puede percibir en todo momento las múltiples influencias que afluyen continuamente dentro de la mente. Pero lo que sí puede ver uno es la importancia –y creo que éste es el punto crucial de la cuestión– de estar libres de toda influencia; y una vez que uno ha comprendido la necesidad de ello, lo inconsciente percibe la influencia, aun cuando muchas veces no la perciba la mente consciente.

¿Me explico con claridad?

Lo que trato de decir es que existen influencias extraordinariamente sutiles, que les están moldeando la mente, y una mente moldeada por influencias, las cuales siempre están dentro del tiempo, no puede descubrir de ningún modo

lo eterno, si es que existe algo que se llame eterno. La cuestión es entonces: si no es posible que la mente consciente se dé cuenta de las múltiples influencias que existen, ¿qué va a hacer? Si se plantean esta pregunta de forma muy seria y formal, de modo que precise toda su atención, comprobarán que su parte inconsciente, la cual no está del todo ocupada cuando están funcionando las capas superficiales de la mente, recibe y observa todas las influencias que van penetrando en ella.

Creo que es muy importante comprender esto, porque si se limitan a resistir o a defenderse de la influencia, esa resistencia, que es una reacción, crea otro nuevo condicionamiento en la mente. La comprensión del proceso total de la influencia tiene que ser sin esfuerzo, ha de tener la cualidad de la percepción inmediata, es decir, si realmente ven por ustedes mismos la enorme importancia de no estar sometidos a las influencias, cierta parte de su mente se encargará de ello cada vez que estén conscientemente ocupados con otras cosas, y esa parte de la mente estará muy alerta, será muy activa y observadora. Lo fundamental es, pues, ver de inmediato la enorme importancia de que ninguna circunstancia ni persona influyan en nosotros. Ésa es la verdadera cuestión, y no la de cómo resistir a las influencias, ni qué hacer con las que ya existen. Una vez que hayan captado este hecho central, hallarán que hay una parte de la mente que está siempre alerta y vigilante, siempre lista para purgarse de toda influencia, por sutil que sea. Y de esa liberación de toda influencia, surge la soledad, que es enteramente distinta del aislamiento. Y tiene que haber soledad, porque la belleza está fuera del tiempo, y la mente que está por completo sola es la única que puede saber qué es la belleza.

Para la mayoría de nosotros, la belleza es una cuestión de proporción, de forma, contorno y color. Vemos un edificio,

un árbol, una montaña o un río, y decimos que son bellos; pero sigue existiendo el que está fuera, el experimentador que está mirando todo ello y, por tanto, lo que llamamos belleza sigue estando dentro del tiempo. Pero yo creo que la belleza está más allá del tiempo, y que para conocer la belleza tiene que desaparecer el experimentador, el cual no es más que una acumulación de experiencias, con las cuales juzga, valora y piensa. Cuando la mente mira un cuadro o escucha música o ve el rápido fluir de un río, generalmente lo hace partiendo de esas experiencias acumuladas; está mirando con el pasado, con el tiempo y, para mí, eso no es conocer la belleza, la cual significa descubrir lo eterno, ya que tan sólo es posible conocerla cuando la mente está sola por completo, y eso no tiene nada que ver con lo que dicen los sacerdotes ni las religiones organizadas. La mente ha de estar del todo libre de influencias, de la contaminación de la sociedad, de la estructura psicológica de la codicia, la envidia, la ansiedad y el miedo; tiene que estar libre por completo de todo eso. De esa libertad nace la soledad, y la mente sólo puede conocer lo que está más allá del tiempo en un estado de soledad.

La belleza no puede separarse de lo que es eterno. Pueden pintar, escribir y observar la naturaleza, pero si existe cualquier tipo de actividad del "yo" –cualquier movimiento egocéntrico del pensamiento–, lo que perciben deja de ser belleza, porque sigue estando dentro del tiempo; y si no comprenden la belleza, no pueden descubrir lo que es eterno, ya que son consustanciales. Para descubrir lo que es eterno, lo inmortal, deben tener la mente libre del tiempo, el cual es tradición, conocimiento y experiencia acumulados del pasado. No es cuestión de lo que creen o dejan de creer; eso es inmaduro, completamente pueril, y no tiene absolutamente nada que ver con todo este asunto. Pero la mente que es seria, que de verdad quiere descubrir, abandonará por completo la actividad

egocéntrica del aislamiento y, gracias a ello, llegará a un estado en que se encuentre sola; únicamente en ese estado de completa soledad puede darse la comprensión de la belleza, de eso que es eterno.

Las palabras son peligrosas porque son símbolos, y éstos no son lo real. Transmiten un significado, un concepto, pero la palabra no es la cosa. De modo que, cuando hablo de lo eterno, tienen que ver si mis palabras influyen en ustedes, o si se adhieren a una creencia, lo cual sería demasiado infantil.

Ahora bien, para descubrir si existe lo eterno uno tiene que comprender qué es el tiempo. El tiempo es lo más extraordinario, y no estoy hablando del tiempo cronológico, el del reloj, que es tan evidente como necesario. Hablo del tiempo como continuidad psicológica. ¿Es posible vivir sin esa continuidad? Lo que produce la continuidad es, sin duda alguna, el pensamiento. Si uno piensa constantemente en algo, hay continuidad. Si uno mira el retrato de su esposa todos los días, le da continuidad. Pero ¿es posible vivir en este mundo sin dar continuidad a cada acción, de modo que uno afronte cada una de ellas con frescura? Es decir, ¿puede uno morir para cada acción a lo largo del día, de modo que la mente nunca acumule y, por tanto, no sea contaminada por el pasado, sino que siempre sea nueva, fresca e inocente? Yo digo que eso es posible, que uno puede vivir de esa manera, pero eso no significa que sea una realidad para ustedes. Tienen que descubrirlo ustedes mismos.

Así, uno empieza a ver que la mente ha de estar completamente sola, pero no aislada. En ese estado de completa soledad se produce una sensación de extraordinaria belleza, de algo no creado por la mente. No tiene nada que ver con ordenar unas cuantas notas musicales, o utilizar unas cuantas pinturas para crear un cuadro. Al estar sola, la mente está envuelta en belleza y, por tanto, es totalmente sensible; y al

ser totalmente sensible es inteligente. Su inteligencia no es la de la astucia o del conocimiento, ni es la capacidad para hacer algo. La mente es inteligente en el sentido de que no está dominada ni influida, y de que no tiene miedo. Sin embargo, para hallarse en ese estado la mente debe ser capaz de renovarse cada día, lo cual es morir a diario en cuanto al pasado, en cuanto a todo lo que se ha conocido.

Ahora bien, como he dicho, la palabra, el símbolo, no es lo real, la palabra "árbol" no es el árbol, por lo que uno tiene que estar muy alerta a fin de no caer preso de las palabras. Cuando la mente está libre de la palabra y el símbolo, se vuelve asombrosamente sensible y, entonces, se encuentra en un estado de descubrimiento.

Después de todo, el ser humano ha estado buscando eso durante mucho tiempo, desde la remota Antigüedad hasta el día de hoy; quiere hallar algo que no sea obra del ser humano. Aunque la religión organizada no posee sentido para ninguna persona inteligente, las religiones organizadas siempre han dicho, no obstante, que hay algo que está más allá; y el ser humano siempre ha buscado ese algo, porque está perpetuamente sumido en el dolor, la desdicha, la confusión y la desesperanza. Como siempre se encuentra en un estado de transición, quiere hallar algo permanente, algo que perdure, que persista, que tenga continuidad; por tanto, su búsqueda siempre ha estado dentro del tiempo. Pero, como puede uno observar, no hay nada permanente; nuestras relaciones, nuestro empleo: nada es permanente. A causa del enorme miedo que nos da esta impermanencia, siempre estamos buscando algo duradero, lo que llamamos lo inmortal, lo eterno, o como quieran. Pero esa búsqueda de lo permanente, de lo inmortal, de lo eterno, no es más que una reacción, y por ello carece de validez. Sólo cuando la mente está libre de ese deseo de sentirse segura es cuando puede empezar a descubrir si exis-

te lo eterno, algo que está más allá del espacio, más allá del tiempo, más allá del pensador y de lo que éste piensa o busca. Para observar y comprender todo ello, hace falta una atención total y la disciplina flexible que emana de ésta. En una atención así no hay distracción, no hay tirantez ni movimiento con un propósito marcado, porque todo movimiento, todo motivo, es el resultado de la influencia del pasado o el presente. En ese estado de atención sin esfuerzo, surge una extraordinaria sensación de libertad, y sólo entonces, estando totalmente vacía, en silencio, en calma, la mente es capaz de descubrir lo eterno.

Tal vez quieran plantear preguntas sobre lo que hemos dicho esta mañana.

PREGUNTA: ¿Cómo puede uno liberarse del deseo de sentirse seguro?

KRISHNAMURTI: La palabra "cómo" implica un método, ¿no es así? Si usted es constructor y le pregunto cómo se construye una casa, puede decirme qué hay que hacer porque hay un método, un sistema, una manera de hacerlo; pero en cuanto seguimos un método o sistema, la mente queda condicionada; por tanto, vean simplemente la dificultad de usar esa palabra: "cómo".

Luego, también tenemos que comprender el deseo. ¿Qué es el deseo? Hablé de ello el otro día y espero que los que estuvieron aquí ese día captaran de veras el significado de lo que dijimos y no se aburran con lo que estoy diciendo ahora, porque, como saben, uno puede escuchar todas estas charlas mil veces y ver cada vez algo nuevo.

¿Qué es el deseo? Como dije el otro día, primero está el acto de ver o percepción, luego, el contacto o tacto, después la sensación y, finalmente, surge eso que llamamos de-

seo. Así sucede, sin duda alguna. Les ruego que me escuchen atentamente. Tomemos el acto de ver, por ejemplo, un coche precioso. De ese acto mismo de ver, aun sin tocar el vehículo, surge la sensación que crea el deseo de conducir o de poseer el coche. No nos interesa cómo resistir o liberarnos del deseo, porque cualquier persona que ha resistido y cree estar libre del deseo, en realidad está paralizada, muerta. Lo importante es comprender todo el proceso del deseo, que implica conocer tanto su importancia como su falta de importancia. Uno ha de descubrir no cómo terminar con el deseo, sino qué le da continuidad.

¿Qué es, pues, lo que da continuidad al deseo? Es el pensamiento, ¿no? Primero uno ve el coche y luego viene la sensación, a la cual le sigue el deseo. Y si no interviene el pensamiento para dar continuidad al deseo, diciendo: «Tengo que tener ese coche, ¿cómo lo conseguiré?», el deseo termina. ¿Lo comprenden? No pido que haya liberación del deseo, al contrario, tienen que comprender toda su estructura; y entonces comprobarán que ya no hay continuidad del deseo, sino algo totalmente distinto.

Lo importante no es, pues, el deseo, sino el hecho de que le damos continuidad. Por ejemplo, damos continuidad a la sexualidad por medio de pensamientos, imágenes, ilustraciones, sensaciones o recuerdos; mantenemos el recuerdo pensando en todo eso, y así la importancia del sexo y de los sentidos permanece, continúa. No es que los sentidos no sean fundamentales, lo son, pero nosotros introducimos una continuidad en el placer de los sentidos que se convierte en algo sumamente importante en nuestra vida. Lo importante no es, pues, estar libres del deseo, sino comprender su estructura, y cómo le da continuidad el pensamiento. Y eso es todo. Entonces la mente es libre, y no tienen que tratar de librarse del deseo. Desde el momento en que buscan esa liberación

del deseo, son presos del conflicto. Cada vez que ven un coche, a una mujer, una casa, o cualquier cosa que les atraiga, interviene el pensamiento y continúa el deseo, y entonces todo ello se convierte en un problema interminable.

Lo importante es vivir una vida sin esfuerzo, sin un solo problema; y pueden vivir sin tener ningún problema si comprenden la naturaleza del esfuerzo y ven con suma claridad toda la estructura del deseo. La mayoría de nosotros tenemos infinidad de problemas, y para liberarnos de ellos tenemos que ser capaces de acabar con cada uno de modo inmediato, según van surgiendo.

Creo que ya hemos hablado de ello lo suficiente y no vamos a continuar con el tema. Pero es absolutamente necesario que la mente no tenga ningún problema y, de este modo, viva una vida sin esfuerzo.

Sólo a una mente así podemos calificarla de religiosa, ya que ha comprendido el dolor y su terminación; carece de miedo y, por tanto, es luz para sí misma.

2 de agosto de 1964